

ARTE DE SER FELIZ

o

EL DECÁLOGO EN ACCIÓN



Este Libro es propiedad de la Eiblioteca  
Nacional de la Casa de la Cultura  
Su Venta es penada por la Ley



BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOBRE EL ALMA

# ARTE DE SER FELIZ

## El Decálogo en Acción

POR

W. J. COLVILLE

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FELICÍSIMO LÓPEZ

CÓNSUL GENERAL DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

EN NUEVA YORK

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
No. 14018	AÑO 1999
PRECIO	DONACION

000 1-D

Barcelona — CARBONELL Y ESTEVA — Editores

ES PROPIEDAD  
DE LOS EDITORES

Imprenta de Carbonell  
y Esteva, Rambla de  
Cataluña, 118.-Barra.

## Introducción

*Las doce conferencias siguientes se publican por insistente petición de los oyentes y aficionados á estos estudios en varias partes de América, de Inglaterra y también de Australia, quienes se han manifestado bondadosamente deseosos de que esta exposición sencilla y práctica de los Diez Mandamientos, bajo su aspecto literal y espiritual, tuviera una vasta circulación en una forma permanente y manuable.*

*Se ruega á los lectores que tomen en consideración que este asunto no está tratado intencionadamente en una forma crítica, ni se pretende, al discurrir sobre este tema, hacer luz especial en sus fases de historia bíblica y de enseñanza, que en la actualidad ha producido una viva agitación en los círculos de controversia.*

*Como el aspecto moral del Decálogo es mucho más importante que el histórico, y además, como el primero puede ser probado y aplicado en la vida*

*diaria y hacerse muy útil en relación con las necesidades del momento, al paso que el último aspecto puede sólo servir para las investigaciones de los que se dedican á los estudios históricos, estos ensayos sugestivos se ofrecen al público con la vehemente esperanza de que, si cuando fueron hablados recibieron bondadosa aceptación, impresos serán todavía de mayor utilidad.*

*No se ha pretendido agotar lo inagotable, pero los siguientes puntos se han presentado claramente ante la visión mental del autor: 1.º Robustecer la saludable doctrina de la continuidad y universalidad de la inspiración divina. 2.º Contestar de una manera precisa á aquellos lectores superficiales del Decálogo y sus aditamentos tradicionales, que arguyen que los Diez Mandamientos no son otra cosa que un depósito salvado de la verdad universal. 3.º Apartar la atención de circunstancias meramente literales de una narración poética alegórica, y poner á la vista, hasta donde sea posible y en un lenguaje ligeramente sugestivo, algunas de aquellas saludables significaciones que permanecen ocultas profundamente bajo la superficie del texto literal.*

*Finalmente, séame permitido afirmar, que no se ha tratado de forzar conclusiones para el lector. Este libro es hijo de la concepción, no del dogmatismo, y es dado al mundo únicamente para elevar el pensamiento y la profunda fe, contrarrestar el*

*inútil excecpticismo, y sobre todo, para ayudar á muchos que están vacilantes á causa de la gerigonza de discusiones tenidas sobre este asunto y que buscan honradamente algún modo razonable de fundar sus creencias sobre la continua revelación.*

*La experiencia personal del autor le lleva á la siguiente afirmación inflexible: Mientras más estudiemos el Decálogo, más apreciaremos el profundo y permanente bien que ha hecho á la humanidad civilizada; y mientras más tratemos de vivir según él, más le amaremos y honraremos.*

W. J. Colville.

Christmas, 1904.





# Conferencia I

---

## La aproximación al Sinai

---

UNA INVESTIGACIÓN ACERCA DE LA NATURALEZA Y EL MÉTODO DE LA REVELACIÓN DIVINA. LA ETERNA BASE DE LA LEY MORAL.

Cuando Mateo Arnold declaró que, en el porvenir, mucho de lo que está escrito en la Biblia se aceptaría con agrado y se apreciaría debidamente lo que durante su vida terrenal fué desechado con dureza por los iconoclastas intelectuales, dando por motivo para ello que el fluyente lenguaje de la poesía, y no el rígido y exacto de la ciencia, había sido empleado por los escritores, Arnold hizo una profecía que se está cumpliendo ahora estrictamente.

La Biblia es atacada de una manera tonta por literatos ciegos que parecen completamente incapaces de apreciar la sublimidad de la prosa oriental, con sus espléndidas imágenes poéticas; pero esos ataques que se hacen ahora contra el sagrado libro, son en gran parte debidos á la esclavitud idolátrica de la letra que prevalece todavía, aunque res-

tringida constantemente, entre aquellos ultraconservadores en el campo de la estricta ortodoxia, quienes obran como si su fe y su moral se hiciesen inseguras al abandonar las masas su ruda adoración á los accidentes locales.

Cualquiera que se atreva á manifestar sus convicciones debe resolverse á afrontar la oposición de dos distintas fases de estrechez de miras, la una de los agnósticos ó materialistas, y la otra de la mogaistería eclesiástica. Los pensadores animosos deben tratar de permanecer serenos en medio de todas las controversias, y los profetas de la actualidad, como aquellos de la antigüedad, deben proclamar el espíritu vivificante de la continua revelación, apesar de todos los obstáculos que la ignorancia y la preocupación puedan arrojar en su camino. *La letra mata, mas el espíritu vivifica*, es una sentencia de eterna verdad.

Nos proponemos en esta serie de conferencias una investigación acerca de las dos *montañas* y, aunque parezca extraño, la una está dentro de la otra. El Siná es el cuerpo, Sión es el alma.

Los verdaderos hijos de Israel no son exclusivamente judíos ni exclusivamente gentiles. Todos ellos son personalidades propias en cualquier punto que estén dentro del proceso de su adelanto y regeneración. El Egipto es una figura de la vida sensual de la humanidad; Canaán es un tipo del estado espiritual á que la humanidad quiere y puede alcanzar; pero únicamente por medio de un proceso que podemos llamar muy bien «evolución», evolución que envuelve potencia.

Las revelaciones son continuas, pero los descubrimientos humanos no son necesariamente sin interrupciones. Hay crisis en nuestras vidas, días y horas de peculiar significación, y éstos son periodos de discernimiento. Nadie diga que porque los procesos de la naturaleza son inmutables, no deban existir gradaciones y descubrimientos repentinos. Cualquiera que arguya así no ha contemplado nunca los fenómenos de la naturaleza ni se ha consagrado á la ciencia de la Geología.

Los aspectos exteriores de la existencia con los que todos estamos superficialmente familiarizados, ilustran precisamente la obra interior de la fuerza espiritual. La ley y el orden son los mismos. Cualquiera que comprendiese la obra y el propósito divinos en las cosas humanas debe comprender y apoyar el pensamiento supremo de la unidad universal. Nuestra apelación á todo el mundo puede estar basada razonablemente sobre la afirmación incontrovertible de que todos los más grandes maestros de la raza humana han hablado en metáforas naturales y han enseñado á las multitudes en parábolas.

Cualquiera que se consagre á estudiar con inteligencia la Naturaleza, descubre á Dios; pero cualquiera que tome á la Naturaleza con sus prejuicios y su presunción, recibe en retorno solamente el eco de sus propias opiniones. El necio dice en su corazón: «No hay Dios», y entonces proclama que no puede encontrar á Dios, á quien deliberadamente niega en el centro de sus afecciones.

La idea de Dios es innata, pero las múltiples



doctrinas concernientes á Dios, de que está inundada la literatura, son solamente las muchas limitaciones cristalizadas del intelecto humano.

*Dios es Uno y no hay unidad como la Unidad divina.* Así habla Moisés Maimónides, el eminente filósofo judío del siglo XII, y en estas palabras él no fué sino el eco del pensamiento de Dios más antiguo y más sublime que jamás ocupó la mente humana.

Todo descubrimiento arqueológico está probando que detrás del politeísmo está el monoteísmo, porque no importa cuántas revelaciones divinas pueda haber, no hay sino un solo Sér Supremo y un solo Dios que está más allá de la definición humana.

El Génesis enseña en verdad que todos los seres humanos están incluidos en esa divina imagen que es la descendencia de Dios, y el Exodo da una historia dramática de cuán variadas son las experiencias del hombre cuando trata de interpretar su propio sér.

Moisés y Aarón son hermanos. Aarón es el mayor, pero el más débil; Moisés es el menor, el designado profeta, mientras que Aarón, el mayor, es solamente el sacerdote oficiante; Moisés, aunque de ochenta años de edad, cuando ve la misteriosa zarza ardiendo en fuego, pero sin consumirse, es un hombre madurado para una misión.

Teodoro Parker, Jhon Greenleaf Whittier y otros maestros modernos, iluminados y poetas, han tratado de universalizar esta zarza, pero en sus comentarios y versos han dejado que permaneciese como un vegetal. Esta zarza en su más íntima significa-

ción es la Naturaleza humana, ni más ni menos.

Moisés es un antropólogo, un estudiante de la Naturaleza humana en su más elevada y en su más baja esfera.

A todos nosotros se nos ofrecen innumerables oportunidades para investigar la corteza de la existencia humana; todos podemos inspeccionar la piel del animal humano, el mero bípedo que con frecuencia proclama al cuadrúpedo por su antecesor. Pero sólo es dado al vidente, dotado de vista interna, mirar á través de esta cubierta y contemplar algo de la angélica majestad de la divinidad que hay adentro. Felices aquellos que en todos los tiempos y en todos los lugares se ponen al lado de Moisés para ver esta gran *vista*.

La palabra de Dios es la Verdad, y la verdad es la única palabra que habla siempre la divinidad. Esta palabra es hablada por medio de la llama de fuego, por medio del yo interno del hombre, porque el alma de la humanidad es el lugar en que habita Dios. Si deseamos ser los libertadores de nuestros hermanos, los emancipadores de la esclavitud de toda una raza, debemos escuchar con oídos internos y mirar con ojos interiores, porque ninguna inspección exterior de nosotros mismos ó de nuestros semejantes nos convencerá de que somos otros que el egoísmo, la sensualidad y, aunque adelantados, todavía animales.

Tenemos dos conciencias distintas: una elevada y otra baja. Un testimonio incontestable de esto tiene cada uno de nosotros á toda hora por el inequívoco medio de nuestra propia experiencia. Podemos es-

cuchar atentamente, y aun con reverencia, las prudentes palabras que salen de los labios de los sabios aceptados por los tiempos antiguos y modernos, pero el individuo humano debe oír un eco que responda dentro de su propio pecho y pueda decir «Amén» al testimonio de otro.

Moisés, como individuo, aparece como una personalidad respecto de la cual muchos sabios vacilan expresarse, mientras que la narración tradicional de la Revelación del Sinaí, como hecha á Moisés por el Sér Supremo hace más de tres mil cuatrocientos años en el desierto de la Arabia, puede ser libremente depreciada por los teólogos racionalistas y por esa clase de pensadores modernos, que, aunque no son adversos á lo que ellos comprenden por Religión Natural, no tienen confianza alguna en el testimonio de aquellos que están versados en la Biblia y tratan de convertir en una lectura literal lo que es obviamente poético. No hay, pues, necesidad de repetir que muchas partes del Antiguo Testamento son de un origen oscuro, como documentos históricos, ni tampoco parece necesario afirmar, por la millonésima vez, que todos los maestros orientales usaban en gran parte de alegorías poéticas para inculcar la moral y las lecciones espirituales.

Si algún crítico del Decálogo dijera que los Diez Mandamientos están registrados tres veces y que las tres narraciones no están enteramente de acuerdo, responderíamos solamente que no nos preocupamos mucho respecto del tiempo y de la manera como fueron dados, pues nuestro único interés

vital se fija en el Espíritu y no en la letra del Decálogo, y si todavía se objetase que no necesitamos buscar la inspiración ó la sanción moral en medio de los dudosos registros de una época muy antigua, nuestra contestación sería que, como al presente estos Diez Mandamientos forman la base reconocida de la jurisprudencia ilustrada, para el mundo no son anticuados, sino fuerzas vivas y efectivas para todas las naciones civilizadas y semicivilizadas de la actualidad.

También se ha dicho con frecuencia que los Mandamientos fueron conocidos mucho tiempo antes del periodo de Moisés, si se admite que dicha personalidad es histórica y que los elementos dispersos de la Ley Moral fueron reunidos, uno por uno, por un proceso de asimilación y de cohesión explicable por la teoría de la evolución moral natural. Sea como fuere, los Diez Preceptos existen hoy aquí y las multitudes que van á las iglesias, en dondequiera que se habla inglés, repiten constantemente: «Señor, ten piedad de nosotros y escribe todas estas leyes en nuestros corazones, te lo rogamos», tan luego como el Decálogo es leído.

La revelación no necesita espantar los sentidos, pero en ocasiones invade la fortaleza de la conciencia humana por la puerta de la sugestión exterior. Todo estudiante de la Terapéutica Sugestiva está familiarizándose cada día más con los benéficos efectos de los medios externos, que se emplean hoy constantemente para inculcar más pronto la idea de proposiciones espirituales. La gente sencilla, como los niños, debe recibir las declaraciones de la

verdad, no sólo adaptadas á su inteligencia, sino presentadas también bajo una forma exterior halagadora. La importante cuestión no está en *cómo* la verdad llega hasta nosotros ó por *qué conducto* la hemos obtenido, sino en si ha llegado ciertamente hasta nosotros y si de algún modo consciente sentimos su presencia dentro de nosotros mismos como una fuerza vital que nos eleva.

Las tres maneras inequívocas cómo llegamos á la verdad son:

1.<sup>a</sup> Por medio de los sentidos corporales, que es la manera más baja y rudimentaria.

2.<sup>a</sup> Por la facultad intelectual, que nos conduce á ver lo razonable y lo factible de cuanto se nos recomienda.

3.<sup>a</sup> Por medio de la luz interior. El Sinat, en su aspecto más externo, está en la primera clase. Las apelaciones razonables de la conveniencia pueden ser colocadas en la segunda clase. La iluminación interior pertenece á la tercera clase, y por ese medio llegamos á Sión.

Si algún individuo particular, algún pueblo ó raza, puede ser educado con buen éxito por uno ú otro de estos distintos modos de apelación, depende necesariamente del grado de desenvolvimiento alcanzado por el individuo, la comunidad ó la nación á quien se dirige la apelación. Enseñamos las mismas verdades fundamentales en las «escuelas primarias» que en las universidades, pero no podemos adoptar precisamente idénticos métodos, y seguramente no podemos emplear los mismos libros de texto.

No hay contradicción alguna en adaptar la verdad á la comprensión del escolar; pero nunca debería ser mirado como tolerable el decir falsedades á los niños y dejar que la falsa enseñanza crezca hasta la madurez, para que haya de corregir luego los errores que le inculcaron sus padres y sus maestros en la niñez.

Uno de los puntos fundamentales en que convienen todos los moralistas es en que, mientras toda clase de medios pueden ser empleados en transmitir ó ilustrar la verdad, esta misma verdad no diluida ó pura es la que todos nos atrevemos á llamar «leche genuina» adaptada á la digestión infantil. Así como es un error, desde el punto de vista higiénico administrar leche agria á un niño, lo es también inculcar lo falso en cualquiera medida para que lo acepten el joven ó el viejo.

Pedimos á todos nuestros lectores considerar atentamente la siguiente proposición incontestable: La verdad es invariable en cuanto á la cualidad, pero siempre susceptible de aumento en cuanto á la cantidad, en nuestra aceptación de ella. Todo lo que sea real y sustancialmente verdadero no cambia jamás; pero la medida de la verdad percibida una vez por el mismo individuo es mucho menor ó mayor que en otra ocasión.

El tipo de Moisés como hombre es un glorioso estudio y como tipo de su superioridad sobre Aarón es inmenso. Moisés es el vidente; Aarón es el sacerdote; esto significa que el uno es incorruptible, mientras el otro es fácilmente corrompible.

El tiempo presente necesita de profetas, y aquél

es solamente un profeta ó una profetisa de lo Más Elevado, el ó la que, sin temer absolutamente las consecuencias, se mantiene siempre fiel en absoluto á la visión de la verdad percibida en su interior.

Cuando estudiamos la narración de Moisés en el Hareb, en que él se vuelve hacia un lado para ver la gran visión, la zarza ardiendo pero sin consumirse, lo que representa el tipo de nuestra humanidad, podemos muy bien preguntar: cuántos ha habido en todo tiempo y en todo país, que, dejando á un lado toda otra cosa, se han vuelto completamente hacia aquel de donde partía la visión para contemplarla?

El explorador científico está siempre lundido en el genuño molde profético, al paso que el predicador mercenario de una teología convencional puede ser un sacerdote de la orden de Aarón, ofreciendo perpetuamente oblaciones semejantes, que nunca pueden hacer perfectos á los que las presencian.

Qué significa volverse á un lado para ver? Miriadas de admiradores se extienden por dondequiera que uno anda ó viaja; pero á menos que tengamos el ojo abierto y la oreja atenta, nada sabemos de todos los esplendores y las maravillas que rodean y adornan nuestro camino.

Nunca se debe dudar de lo que conduce al conocimiento, sino buscar la mayor verdad, aún cuando el honrado excepticismo es infinitamente preferible á la creencia ciega é irracional ó á esa credulidad apática que todo lo acepta tácitamente por no tomarse el trabajo de investigar.

La genuña revelación viene más perfectamente

á aquellos hombres y mujeres intrépidos, que son suficientemente valerosos y filantrópicos para no considerar como importante nada de interés personal, cuando se pesa en la balanza del bien general humano. Mucha luz se hace acerca del tipo característico de Moisés, cuando leemos en la historia la vida del gran profeta egipcio-hebreo. Aunque no fué nacido entre la púrpura, pero educado en ella bajo la apariencia de heredero al trono de los Faraones, este vidente consagrado por sí mismo no sólo deseó tácitamente sino que quiso con eficacia someter toda su esperanza de prosperidad y lujo á su papel de libertador de una raza esclava.

Inglaterra y América nos han dado durante el siglo XIX muchos ejemplos brillantes de que esas naturalezas heroicas existen actualmente, y son, como los cénicos lo hubiesen dicho, las creaciones fantásticas de la exaltada imaginación de los poetas y novelistas románticos. Entre muchas brillantes estrellas de primera magnitud, los nombres inmortales de John Howard y Florencia Nightingale, Abraham Lincoln, Wendell Phillips, William Lloyd Garrison, George Thomson, Lucrecia Mott y cientos de otros menos conocidos por la fama universal, se destacan notoriamente, y cada uno de ellos, en esta ilustre falange, puede ser señalado como un brillante luminar, en el camino que recorrerán ejércitos de reformadores en el porvenir.

Aquellos que obran únicamente por el aplauso del mundo, ó que buscan las alabanzas de aquellos que deben ser beneficiados, harían bien en estudiar la carrera de esos antiguos profetas de quienes han

dicho los piadosos Israelitas: «Nunca se ha levantado un profeta en Israel como Moisés que llevara la semejanza de Dios». Innumerables veces se nos ha pedido una explicación de aquellas aparentes contradicciones como diametralmente opuestas á las sentencias «Ningún hombre ha visto jamás á Dios» y «nadie puede ver á Dios cara á cara y vivir», con las explícitas declaraciones hechas de que Moisés vió y conversó con Dios cara á cara como un hombre conversa con otro hombre. Dejando á un lado por ahora toda interpretación secundaria, que envuelve una discusión de los ángeles y el ministerio de los espíritus, como intermediarios entre Dios en el cielo y el hombre en la tierra, nos referimos á esa palabra «semejanza», que los sabios escritores judfos han aplicado diversamente, y en estricto acuerdo con el primer capítulo del Génesis, que declara que el género humano es á la imagen divina, no física sino espiritualmente.

Los términos «revelación» y «descubrimiento», aunque no idénticos, están estrechamente relacionados en su aplicación tanto en el sentido moral como en el astronómico, químico ó en general el científico.

Una estrella del cielo ha estado girando en su órbita particular por innúmeros miles de años, contribuyendo con su luz á la belleza del universo; pero hasta que un astrónomo de la tierra no descubrió su existencia no fué ésta revelada á los habitantes del planeta.

Dios es comparado al gran Sol Central del Universo, que envía rayos de amor y sabiduría, á los cuales corresponden la luz y el calor solar, según

Swedenborg y otros videntes iluminados y sabios. Por tanto, como una analogía, no sería una vana pretensión el establecer la siguiente comparación: Para la ciencia astronómica son necesarias ciertas condiciones é instrumentos de observación preparados al efecto; no sólo debe haber uno que mira á las estrellas, como se llamó á los antiguos astrólogos y astrónomos, sino también telescopios y espectroscopios y otros observadores para seguir las investigaciones en medio del glorioso universo estrellado. Físicamente considerado Dios es incognoscible, aún para los intelectuales que tratan de encontrar á la Divinidad en el protoplasma, que el eminente Profesor Tyndall descubrió en la ortiga común y en alguna otra especie sencilla del mundo vegetal; pero es cognoscible en verdad, para los que están incluidos propiamente en la lista de aquellos que, por tener un corazón puro, ven á Dios con el ojo del discernimiento espiritual.

Moisés fué uno que hizo precisamente lo que la conciencia y el sentido moral le dictaban, y se conservó fiel á esos dictados de su elevado yo, sin cuidarse de todas las consecuencias externas. Muchos miembros de la raza oprimida que él resolvió emancipar estaban tan sumidos en la abyección de la esclavitud, que no sintieron ninguna gratitud hacia su heroico caudillo, pero su actitud ingrata no le libertó á él ni le impulsó á buscar una gota de alivio de la tremenda carga de responsabilidad moral que pesaba sobre él; por consiguiente, en medio de la execración, como en medio de las bendiciones, él marchaba adelante al cumplimiento de su colosal



tarea y obraba maravilla tras maravilla por medio de la divina facultad que se le había dado, que hizo ilustre para siempre la exacta línea de demarcación entre la magia blanca y la magia negra.

Los mágicos de la corte de Faraón fueron indudablemente algo más que charlatanes vulgares, ó falsos pretendientes de conocimientos mágicos. Aunque hubiesen sido adivinos genuínos ó poderosos ocultistas, como el Egipto de ese tiempo estaba sumido en la más asquerosa degradación y toda clase de inmoralidad acompañaba á las ceremonias religiosas que prevalecían entre el pueblo, estos mágicos encargados del servicio religioso fueron Mágicos Inversos, ó, como se los llamaba entonces en los tratados de Ocultismo, «los Hermanos de la Sombra».

Sobre los bancos del Nilo, durante la ardiente competencia entre estos adivinos egipcios y Moisés y Aarón, el libro del Exodo nos manifiesta todo el poder que poseían esos mágicos negros poco escrupulosos. Las serpientes podían ser convertidas en azotes y éstos en serpientes; el agua podía ser alterada hasta parecer sangre; langostas, moscas, piojos, ranas y toda clase de formas elementales de vida podían ser evocadas é infestar la ciudad sin que se escapase ni la misma cámara del Rey; tumores se veían salir en los cuerpos de los hombres y del ganado; todo esto podía ser hecho tanto por Moisés y Aarón como por los mercenarios de Faraón, diestros en esas artes de encantamientos. La distinción clara entre las magias blanca y negra se descubre por el hecho benéfico que puede resultar. Podéis



curar á la gente enferma, ó aliviar los sufrimientos de animales afligidos? Los mágicos de Faraón fueron compelidos á responder que no podían. Pero cuando se pidió aquéllo á Moisés y Aarón ellos pudieron demostrar su dón divino de curar á todos los enfermos.

Ni un solo animal sagrado que estaba dedicado á los dioses del Egipto pudo escapar de las plagas que visitaron el país á causa de la imperfección é impureza del pueblo y sus gobernantes; ningún sacerdote de Osiris ó de Isis dejó de participar de la calamidad que cayó sobre toda la nación egipcia; pero los Hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones, salud en sus cuerpos y seguridad en sus hogares á pesar de la extensa desolación que les rodeaba.

Sea mucha ó poca la creencia que se tenga en esta narración, como descriptiva de la situación del país del Nilo hace pocos miles de años, la sencilla interpretación espiritual es la siguiente: Las circunstancias no nos dominan si sabemos hacernos superiores á su influencia. No obstante somos sus servidores sumisos mientras permanecemos en el sombrío estado moral «Egipcio», dominados por apetitos animales y gobernados por deseos de honores terrenales.

Durante una serie de nuestras conferencias en California hace algunos años, un joven de alguna prominencia en los círculos sociales y de negocios, nos manifestó su deseo de que la próxima conferencia fuese sobre un asunto que él nos propondría, y como su petición fué satisfecha en el acto, el joven se paró y dijo con voz estentórea y entre la hi-

laridad de una gran mayoría de oyentes: «No hubo moscas para los hijos de Israel».

Risas, aplausos y unos pocos silbidos produjo el anuncio de un asunto tan desusado para un discurso, mas para el conferenciante la indicación fué decididamente bienvenida, para dilucidar nuestras convicciones profundamente arraigadas sobre asuntos metafísicos y de Ocultismo. Nuestros amigos pueden creer desde luego que no hicimos ningún esfuerzo para ensalzar una raza ó pueblo á expensas de otros, ni para inculcar indebidamente la dudosa historia basada sobre una versión literal de una parte del Pentateuco. Procediendo sin dilación sobre el tema indicado, tratamos de explicar cómo, en el sentido esotérico, egipcios é israelitas significaban dos clases de pueblos, viviendo unos y otros en el mundo hoy tan efectivamente como en el tiempo pasado; siendo el primero inclinado á la esclavitud de la sensualidad, al paso que el último está todo él despertando á la comprensión vital de su origen, naturaleza y posibilidades divinas.

El problema literal de los judíos no deja de ser importante, á causa de la notable vitalidad, inteligencia y longevidad desplegadas por los israelitas ortodoxos; aunque estén confinados en ruinosos pueblos ó expuestos á los destructores fuegos de insensatas persecuciones, pueden siempre producir un Israel Zangwill, ó algún otro brillante escritor descriptivo, con abundante material no sólo para un libro, mas también para librerías enteras de literatura instructiva y amena. Si fuese verdad, como se dice, que el judío moderno ultrareformado está

siendo presa de la consunción y de otra enfermedad gentílica, debido no á la civilización, sino á malos artificios, tenemos que decir que hay dos causas palpables para este hecho deplorable: Primera, la dieta ó razón fisiológica, que recomendamos á la consideración de todos los higienistas en general. Segunda (la más importante desde el punto de vista metafísico), la poca voluntad de permanecer «propio» ó peculiar, por el temor de las exteriores consecuencias sociales. Una antigua tradición nos dice que cuando los Diez Mandamientos, grabados en dos tablas de piedra, fueron halladas arrojadas á un lado del Monte Sinat, las varias naciones de la tierra subieron hasta donde estaban las tablas, y cada nación, después de haber examinado su contenido, se volvió, rehusando el levantarlas, porque eran muy pesadas y sus preceptos muy difíciles de obedecer. Cuando vino Israel y las inspeccionó, este pueblo, al contrario de las otras naciones, las levantó y las llevó, asumiendo voluntariamente «El yugo del Torah». Aunque no se puede decir que tan racional fábula sigue inmediatamente al texto del Pentateuco, ella arroja mucha luz sobre la más admirable historia nacional y religiosa, porque nos dice que si cualquiera de nosotros está en posesión de una porción más considerable de la verdad, no es debido á un favoritismo divino, sino por razón de nuestra voluntaria aceptación de las responsabilidades morales, ó por habernos calificado en cierta manera á nosotros mismos, para tomar una posición directiva entre los otros como un pueblo elegido, que está puesto para ser «la luz del mundo», «la sal de la tierra» y otras

designaciones honrosas con que ha sido conocido.

Entre los poetas modernos ninguno ha expresado la más elevada idea de la revelación divina, como universal más bien que como seccional ó de tribus, que Samuel Longfellow, hermano de Henry Wadsworth Longfellow, que es tenido entre los principales bardos modernos. Qué puede ser más expresivo de la verdadera idea de la revelación universal, que las exquisitas líneas de uno de los himnos escogidos de Samuel Longfellow:

«Aquello que vino de los antiguos sabios,  
griegos, bárbaros, romanos y judíos,  
escrito en las profundas páginas del corazón,  
brilla hoy y siempre como nuevo».

Por imperfectas que puedan ser estas conferencias (si alguien las mira como una pretensión ambiciosa de explicar un asunto tan grandioso como la revelación desde sus innumerables aspectos), considerando que el objeto del autor es más bien el provocar mayor reflexión sobre ella que difíciles controversias, no puede ser infructuoso llamar la atención á unos pocos y principales caracteres de una teoría racional de la revelación en general, antes que pasar una revista *seriaria* de los Diez Mandamientos, que nos proponemos considerar en las diez conferencias siguientes, sin ninguna referencia restrictiva á su origen milagroso ó supernatural, mirándolos mejor como monitores del presente que como reliquias de un tiempo ya pasado.

1.º—Revelación y descubrimiento son términos

sincrónicos y no pueden ser separados lógicamente cuando tratamos de mirarlos como experiencias humanas.

2.º—La Revelación no puede ser otorgada sólo sobre cierto pueblo escogido y como un favor, sino que viene en donde quiera y en cualquier tiempo á todo aquel que está en aptitud receptiva del corazón ó la voluntad y del entendimiento ó comprensión.

3.º—Aceptándose las anteriores proposiciones, se sigue necesariamente que todos los elementos cronológicos y geográficos pueden ser enteramente eliminados del estudio de una revelación práctica y provechosa, de modo que podamos emplear ventajosamente los textos que arrojan luz sobre las condiciones favorables para recibir la revelación, sin cuidarse de sus elementos geográficos é históricos.

4.º—Los profetas son para hoy, como lo fueron para ayer. La profecía tiene más que hacer con las exhortaciones para una vida justa, que para satisfacer la curiosidad de aquel que desea levantar el velo del futuro.

Con estas consideraciones en la mente, no será difícil extender nuestros pensamientos, desde el ventajoso campo de la historia pasada hasta el presente. La venida del Espíritu de Verdad que ocurrió en Pentecostés, es muy posible que ocurra también hoy; pero, ahora como entonces, debemos recibirlo con un espíritu acorde, estemos reunidos en una ciudad llamada literalmente Jerusalém ó en cualquiera otra parte. El actual movimiento Sionista, que está llamando mucho la atención, especialmente en los círculos judíos en donde su interés está sin

duda alguna centralizado, es uno de esos grandes problemas que sirven para conservar vivas las tradiciones del pasado y al mismo tiempo para llenar las aspiraciones del presente.

Existen en la actualidad millones de judíos que ruegan ardientemente por la restauración de Israel, para que pueda consolidarse en una grande y próspera nación que habite en la Palestina, pero hay también otros millones de judíos que no desean dejar las tierras de nacimiento ó de adopción en Europa, América, Africa del Sur ó Australia, en donde son ciudadanos en pleno ejercicio de sus derechos.

Dejad que aquellos que desean ir al Asia Menor se congreguen allí para recolonizar ese admirable lugar histórico de la tierra, pero Jerusalém y Sión, como el Hareb y el Sinat, significan para todos los pueblos verdaderos estados espirituales, y no localidades geográficas.

El verdadero cumplimiento de todas las profecías relativas á la nueva Jerusalém debe ser espiritual antes que literal, pues un nuevo cielo, que es la condición interior del hombre regenerado, puede al fin tener lugar en una nueva tierra ó condición en que reinará la paz absolutamente triunfante.

## Conferencia II

---

### El Primer Mandamiento

---

TÚ NO TENDRÁS OTRO  
DIOS QUE EL ETERNO

Sabiendo que hay varias traducciones del Primer Mandamiento, y sabiendo también que hay ancho campo para la discusión, acerca de cuál de las traducciones del original está más íntimamente conforme con el espíritu del texto hebreo, no trataremos de argüir sobre los varios escritos y hacer vacilar á nuestros compañeros de investigación con inútiles discusiones de los conceptos más altos ó más bajos, más amplios ó más estrechos de la Divinidad, que tenían las gentes de remotos tiempos, ó de mejorar los Diez Preceptos que se nos dice fueron dados milagrosamente. Siendo nuestro objeto inmediato una elucidación sencilla y práctica del espíritu más bien que de la letra del primero de estos Diez Mandamientos, necesitamos indicar simplemente que siempre que tratemos de transmitir el pensamiento, acerca de la Divinidad absoluta, usaremos el término ó título de el Uno Eterno, mas cuando tra-

temos de los espíritus tutelares, de los ángeles protectores y de todas las concepciones locales y limitadas de la divinidad, seguiremos el uso convencional de los términos Dios y Señor que encontramos empleados en todas las sagradas escrituras.

El salmo noventa y cinco es un ejemplo de este uso: «El Uno Eterno es un gran Rey sobre todos los Dioses». Esta es una sentencia clara y definida, mientras que la traducción que se emplea con frecuencia: «El Señor es un gran Rey sobre todos los Dioses» es algo ambigua. La palabra hebrea *Adonai* casi invariablemente se vierte al inglés «Señor» y es una palabra sustituida, mientras que ningún israelita pronunciará el nombre *Jahveh* ó *Jehovah* cuando lee en los pergaminos de la Ley. *El-Shadai*, significando el Todopoderoso, es un término de uso frecuente, pero el verdadero nombre del Sér Supremo, según la tradición judía ortodoxa no será pronunciado en la tierra hasta que el Mesías venga y hable.

Israel Zangwill, cuyas narraciones están repletas de información histórica, dice en una de sus cortas novelas «El Mesías Turco», que hace solamente unos pocos cientos de años se levantó en Europa un supuesto Mesías, que llegó á convertirse al Mahometismo, y que, en sus primeros días mucho antes de su apostasía de la fe judía, habló con entusiasmo del Nombre Divino, el espantoso *Tetragrammaton* de la *Kabalah*, pero ningún resultado ó fenómeno se siguió al pronunciar «Sabbatai» del grande y terrible Nombre, porque no era el Mesías verdadero.

Innumerables supersticiones y leyendas se agru-

pañ alrededor del Nombre Impronunciable, entre las cuales es también muy común la afirmación de que la divinidad tutelar de la familia hebrea, el Dios de las montañas, rehusó dar su nombre á los sensitivos especial y singularmente dotados entre los antiguos israelitas con quienes se comunicaba con frecuencia.

No trataremos de refutar á esos sabios, cuyos medios de exégesis son puramente esotéricos, y quienes por consiguiente no ven nada bajo la más exterior superficie de la revelación espiritual, porque en el plano sobre el cual examinan el Pentateuco ellos están ciertamente en lo justo. Nuestra mira no es remendar ó rehacer antiguos relatos de los ángeles tutelares y guardianes de los israelitas y de otras tribus, sino de cavar lo más profundamente posible en la rica mina del precioso metal espiritual, cuya entrada puede ser descubierta en la tradición bíblica relativa á la recepción de la Ley en el Monte Sinat. No es cierto que el Sinat fuese nunca un volcán, la relación de su maravillosa erupción puede entenderse mucho mejor en el sentido alegórico que en el literal. El fuego, el humo, los truenos y relámpagos, el temblor de la tierra y el sonido de las trompetas, todo aquello debe ser considerado por sus correspondencias, si se ha de aplicar á la presente época la narración como revelada en los capítulos que rodean al vigésimo del Exodo. Miramos á Moisés como típico entre los hombres y las mujeres de cualquiera parte, que son legales y de conciencia más allá del tipo común. Ninguna bestia podía permitirse subir á la montaña, porque moriría inme-

diatamente que pusiera sus pies en la cima ardiente. Esto no necesita traducción para quien estudia los Misterios, pues para todo aprendiz en Ocultismo lo que se significa aquí es que: toda propensión animal debe ser completamente sometida y mantenida en sujeción bajo la activa voluntad del espíritu que lo habita, antes que el neófito pueda terminar su noviciado y tomar dominio sobre sí mismo para afrontar la sublime y terrible ordalía que siempre aguarda al incipiente jerofanta.

Moisés debe subir solo dentro del humo y de la nube; debe arrostrar con valor la oscuridad y ser fuerte para oír la solemne voz que habla después de la conmoción de los elementos, una voz que resuena fuerte y más alta á proporción que el héroe sube paso á paso hasta la cima del Sinaí.

No presumimos decir lo mucho ó poco que los modernos Libres Masones entienden por esta luminosa imagen, que se exhibe en varias logias durante los solemnes ritos de la iniciación literal; pero si los exaltados miembros de las fraternidades masónicas esotéricas están familiarizados con la significación íntima ó no, no tememos anunciar que hay agnósticos y hermetistas genuínos sobre la tierra en la actualidad, que saben lo que dicen cuando aseguran que hay una llave importante, que ha podido estar oculta por mucho tiempo pero jamás perdida, por cuya acción el alma del Torah se encuentra reposando en su cuerpo.

Cuando el ministro que oficia en la sinagoga descubre el sagrado rollo de pergamino y lo sostiene en alto á la vista de la congregación reunida, él sim-

boliza, si sigue fielmente las prescripciones de un ritual ortodoxo, precisamente lo que los maestros esotéricos explican acerca de la ley divina dentro de la cubierta exterior de una extraña legislación.

Todo aquel que escucha puede oír el sonido de la voz del lector, todo lector puede pronunciar las palabras que están ante sus ojos, y todo el que escribe en los pergaminos puede marcar los caracteres correctamente; pero sólo aquellos que oyen y ven debajo de la apariencia literal, tienen una concepción verdadera é ideal de lo que significa la narración de las aterradoras experiencias de Moisés, cuando ascendió al humeante y tembloroso Sinaí, y recibió las dos tablas de piedra de los cielos de las manos de los ángeles mensajeros de Dios.

Indudablemente hay en la actualidad y en todo el mundo multitudes que rinden un culto sincero, no simplemente á una divinidad antropomórfica, sino á una divinidad exclusiva de su patria ó tribu. Para muchos el Dios de Israel es el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y sus descendientes, pero de ningún otro. Tal concepción puede ser espiritualista y no necesita ser falsa en una medida limitada, pero resulta inmensamente más pequeña que aquel monoteísmo universal exaltado, que no niega los hechos del politeísmo cuando un sistema politeístico puede hallar hechos que lo apoyan; pero en su grandeza y magnificencia única é impresiva, sola en medio de todos los sistemas de teología y filosofía, llama á la humanidad de todo el mundo al conocimiento de un Dios único, como Creador y Conservador de toda la familia humana.



Muchos hablan del «hermoso sentimiento» de la fraternidad universal, pero ponen todos los obstáculos intelectuales imaginables para su realización. Entre las más comunes objeciones á esta concepción sublimemente ideal de la solidaridad humana, hallamos por una parte una etnología estrecha, y por otra una teología igualmente estrecha. Está muy lejos de nosotros la idea de fraguar ante los pensadores de este siglo xx la doctrina completamente antehistórica de que los judíos de ahora, tres mil ó más años há, habían llegado á la más sublime concepción de la Divinidad, y que todo hombre, mujer y niño entre ellos tenían la idea más completa y enteramente universal del Espíritu Supremo, á quien daban el nombre de «Dios de Israel», porque éste no ha sido ciertamente el caso.

La parcialidad distinguía á la raza hebrea, que la religión judía civilizó gradualmente, y no había llegado al alto pináculo del desarrollo intelectual ó moral, y para los noventinueve por ciento de los miembros de esa raza, el Dios Judío era, sin duda, un sér más ó menos incomprendible, que vigilaba sobre los destinos del «Pueblo Escogido» y peleaba por ellos contra sus enemigos literales siempre que salían á la guerra. Pero no necesitamos ir tres mil años atrás para encontrar judíos de tan estrechas ideas é igualmente cristianos tan estrechos, porque acontecimientos recientes han probado perfectamente cuán ciegos son muchos patriotas americanos é ingleses, para quienes las palabras de Decatur, el general americano, que dijo: «Mi país, recto ó torcido, siempre es mi país», expresan el más elevado ideal

posible del sentimiento genuinamente patriótico. Sin embargo, son más nobles las palabras de otro general más sagaz que dijo: «Mi país es recto ó torcido; si él está recto, pueda yo trabajar por conservarlo así; pero si está torcido, pueda yo usar mis mejores esfuerzos para enderezarlo».

Sobre la base del anterior texto el Rev. Samuel Richard Fuller, de Boston, un predicador independiente de gran poder, dió unas conferencias en Greenacre, una hermosa población del Maine, en julio 4 de 1899. En esa ocasión una Bandera de Paz de siete colores fué presentada á la señorita Sara J. Farmer, la querida presidente de las conferencias. A estas conferencias concurrían personas de diferentes opiniones, y su interés había aumentado año tras año desde su inauguración en 1894, pues se trabajaba en beneficio común, á pesar de la diferencia de opiniones y credos, porque su principal mira era la paz universal.

«No tenemos todos un solo Padre, un solo Dios no nos ha creado á todos?» fué el texto ó epígrafe del Parlamento de las Religiones del mundo que tuvo lugar en Chicago durante el mes de setiembre de 1893. Es digno de tomarse en cuenta que esta cita de uno de los profetas hebreos fué sugerida por el Rabbi Adler de la Gran Bretaña y aceptado por el Comité del Parlamento con preferencia á muchos otros que fueron presentados. Ese texto no permitirá que se confundan las enseñanzas más elevadas, más profundas, más puras, más sabias y de mayor alcance de los videntes antiguos, con las estrechas doctrinas puestas sobre ellas por inteligencias me-

dioces. Nos hacemos una grande injusticia á nosotros mismos y á nuestros antepasados, si persistimos en leer de las antiguas Escrituras únicamente las hinchadas y pretenciosas notas que han agregado las inteligencias superficiales. Strvanos para ésto una ilustración artística: algún gran pintor, escultor, poeta ó músico, que vivió hace mucho tiempo, ha legado á la posteridad una joya del arte. El observador ú oyente vulgar percibe únicamente los elementos más exteriores de esta obra maestra en pintura, estatuaria ó composición musical, y para él no tiene mayor significación que un bosquejo ordinario ó una balada de café concierto.

Podremos decir que si el ojo común ve sólo la superficie del cuadro, y el oído común oye sólo una extraña combinación de notas musicales, el gran artista ó compositor no tenga una concepción más elevada del producto de su inspirado genio, que la que el hombre mediocre le atribuye?

Innumerables tesoros literarios y artísticos se están descubriendo y exhumándose ahora, y entre los más antiguos hallamos algunos que se comparan muy favorablemente con las más grandes producciones de hoy día. Los reformadores iconoclastas, en su leroz retroceso de ciega idolatría del pasado y su necia bibliolatría, han dejado de apreciar las muchas joyas preciosas de la verdad y de descubrir la profundidad de la significación escondida que contiene nuestra Biblia Hebrea tan glorificada y también execrada; pero, cuando notamos que ha sido fuerte la influencia por el bien que han ejercido por todas partes muchos de sus pasajes nobles, no tendríamos

la justicia ni la razón de nuestra parte si tratásemos de demoler lo que sólo necesita ser debidamente entendido para ser vitalmente apreciado.

El Dr. Joseph Parker, autor de «La Biblia del Pueblo», un comentario en veinticinco volúmenes, decía con frecuencia durante el curso de sus treinta años de servicio ministerial en el «Templo de la Ciudad» de Londres: «No necesitamos un nuevo libro, lo que se requiere son nuevos lectores», á lo cual podemos responder, de corazón, *Amén*. Los nuevos lectores, si son sinceros y de provecho, deben ser capaces de mirar á través del vestido exterior de una revelación literal aceptada, y apreciar la fuerza y la belleza interiores. Los secuaces de Swedenborg, creían absolutamente en dos sentidos interiores ocultos bajo el sentido natural, que ellos llamaban los sentidos espiritual y celestial, y estos buenos creyentes eran más libres de lo que parecía para recorrer otro campo que el de las definiciones algo arbitrarias de las correspondencias, que ellos pudieron inculcar luego al mundo religioso; pero algunos de ellos han sido tristemente extraviados á causa del propio sentido literal de las iluminaciones de un corifeo singularmente dotado.

Ningún escritor antiguo ó moderno ha sobrepasado á Swedenborg en la grandeza de su profunda y trascendental filosofía, pero la exajeración que dieron sus decididos secuaces al texto literal de sus escritos teológicos, vino en positivo perjuicio contra la benigna influencia que su filosofía es capaz de ejercer sobre el mundo.

Dios, como la Suprema Vida, el Amor y la Sa-

bidurfa Infinitas, comparable únicamente á un glorioso Sol Central, y revelado en la esencia interna del Hombre, es la antigua enseñanza universal de los Iluminados, que siempre hay en el mundo y que están prontos para instruir á todos los que quieren ser leales y fervientes investigadores del conocimiento esotérico; ésta es esencialmente una escuela que trata de graduar sus discípulos tan pronto como ellos pueden dejar los solcitos brazos del Alma Madre protectora de su infancia espiritual, y van, confiados en la vida divina interior, á establecer nuevas y amplias Escuelas de los Profetas, en cuya enseñanza genufna serán instruídos todos los aspirantes al ministerio espiritual, enteramente distinto del prescrito por la rutina escolástica, á que están sujetos todos los sacerdotes y rabinos convencionales. Hay verdaderamente una larga jornada espiritual desde el culto ritualista que prevalece en el «Egipto» actual, hasta el sublime servicio espiritual del Alma superior universal, que es también el Espíritu Viviente; es una adoración que marca el «Israelita» libre que ha pasado el desierto de dilatadas jornadas transitorias y que ha llegado al «Canaán» del alma, la tierra por donde corren innumerables manantiales de «leche y miel» celestiales.

No hay sino una manera en que la revelación divina puede ser probada y perfectamente separada del vallico y la cizaña que crece en el mismo campo con el trigo, hasta que venga la eliminación al tiempo de la cosecha.

Todos los sistemas hechos por el hombre son limitados, ambiciosos y calculados para exaltar inde-

bidamente á alguna personalidad ó prelado y, por consiguiente, apropiados para poner en olvido á otras personalidades igualmente dignas.

Echemos una rápida ojeada á algunos de los sistemas actuales del pensamiento humano que se caracterizan con los nombres de «Avanzado», «Libertad», «Progreso» ó «Nuevo», y veamos á qué triste estado han llegado con el antiguo error de la idolatría de la persona. La Ciencia Cristiana durante los veinte años pasados ha hecho progresos asombrosos. Las iglesias de los «Cristianos Científicos» están aumentando por todas partes el número de sus adeptos y su influencia, y á pesar de los ataques hechos por todos lados contra este culto, el joven gigante crece más fuerte y más próspero. Con su primer vagido, la Ciencia Cristiana presenta al hombre como hijo de Dios libremente nacido, pero enseguida formula un sistema que lo ata con las viejas cadenas gastadas, limitándose los ministros oficiantes á la recitación de sermones estereotipados, y publica un libro: «La Ciencia y la Salud, con la Clave de las Escrituras», por Mary B. G. Eddy, como una regla infalible de fe y de práctica. «Todo es el bien; el mal no existe» es la sentencia fundamental, como raíz de la doctrina de la Ciencia Cristiana, y sin embargo, el mesmerismo malicioso y el magnetismo animal son temidos con terror por muchos que están proclamando en alta voz que la verdad les ha hecho libres. Hay mucha verdad en la Ciencia Cristiana, pero todo el sistema no es completamente verdadero. Nos conviene, pues, distinguir inteligentemente entre la verdad que ella contiene y el error

que está mezclado con la verdad. El error brota por la falta de confianza en la Omnipotencia; el confiar á medias en la Divinidad, jamás ha emancipado de la esclavitud ni á un individuo ni á una raza.

La Teosofía es otro moderno candidato al reconocimiento de todo el mundo, y no sólo su nombre sino también su doctrina inspiran; pero, así como los Científicos Cristianos han hecho un ídolo de Mme. Eddy, así mismo los Teosofistas se han esclavizado al dictado, no sólo de Mme. Blavatsky, sino también de otros corifeos, con gran detrimento del movimiento Teosófico en general. No se puede hacer un llamamiento persistente de la humanidad en favor de la fraternidad universal, para extraviarse en un Arrianismo exclusivo, ni se puede tampoco librar al público de los peligros inherentes á un poder psíquico extraviado, fulminando anatemas contra el hipnotismo, y á veces aún condenando todas las fases de la terapéutica mental de una manera tan errónea que interrumpe la ley Karma.

El Espiritualismo es en muchos respectos el menos exclusivo de todos los movimientos modernos, y el mundo científico está comenzando á aceptar más y más sus principios fundamentales; pero los Espiritualistas, poco satisfechos con la comunicación espiritual legítima, han insistido sobre el «fenomenismo espírita», y en consecuencia, han tenido que tropezar con el terror de la «obsesión». Todas estas debilidades y causas de extravíos contrarios á la razón, toman su origen en la desobediencia del primer mandamiento: «Tú no tendrás otro Dios que el Eterno», y esto han visto más claramente todos los gran-

des maestros que el mundo ha conocido. Aunque Dios es absolutamente universal, hay un profundo sentido de verdad en las palabras del antiguo salmista: «Oh Dios, tú eres mi Dios». Aunque Dios está más allá de toda descripción, que toda tentativa para definirle es una vulgar impertinencia, debe ser sentido por cada sér humano como individuo personal.

No podemos dejar de llamar la atención hacia un equívoco peculiar de la lengua inglesa, que sirve exactamente para ilustrar nuestra manera de hallar ó de no hallar á Dios en el universo. Cómo pronunciaréis la siguiente sentencia ó cómo la escribiréis: *God is now here?* (Dios está ahora aquí). Sin alterar una sola letra podríais hacer leer: *God is nowhere* (Dios está en ninguna parte). Hace muchos años corrió la historia de que un ateo escribió esta sentencia en una pizarra, y pidió á su hijito que la leyera: *God is nowhere* (Dios está en ninguna parte). El niño leyó: *God is now here* (Dios está ahora aquí). El padre creyó que el niño leería en el primer sentido, pero la sencilla sabiduría del niño refutó todos los esfuerzos para inculcarle el ateísmo. Sería mejor no creer en Dios del todo, que pervertir el pensamiento de tal modo que uno crea que vive en un universo sin Dios. Pero no estamos forzados á tan amarga alternativa. El Optimismo y el Pesimismo son dos candidatos rivales para que el pueblo vote hoy. Por cuál votaríais, por ese Optimismo inspirador que halla el bien en todas las cosas, ó por ese Pesimismo depresivo que encuentra el mal en todo? Escoged desde hoy á cuál deberéis servir; por-

que no puede haber más demora, ni puede uno pararse entre estas dos opiniones. «Adorar á Adonai, ó adorar á Baal», dijo Elías al antiguo pueblo, y nosotros estamos ahora al frente del actual monte Carmelo y del actual monte Siná. Siempre se ha anunciado al pueblo toda grande revelación sobre la cima de una montaña. Las maravillas no se han realizado en los valles, sino sobre las altas cumbres, desde donde podemos entrever ligeramente el Infinito.

El Dios que responde por medio del fuego es hoy el verdadero Dios, como en los tiempos pasados. El fuego siempre purifica y alumbra. No es el Dios-idea el que ilumina, no sólo á vos sino también al mundo que os rodea? Sois más fuerte, más valeroso, más puro, más sabio y más feliz á causa de vuestra fe? Si no lo sois, seréis á lo más un adorador de Baal ó del sucesor de Baal, *Mammon*, aunque profeséis con los labios en alta voz la fe en un solo Dios verdadero que es Espíritu y que debe ser adorado solamente en espíritu y en verdad.

Los más de nosotros amamos sólo á Moriah, ó amamos sólo á Gerizim; somos pequeños Judíos ó pequeños Samaritanos, patriotas estrechos, no grandes cosmopolitas; por consiguiente, nos cuidamos más de las exterioridades, que de lo que poseemos dentro de nosotros mismos. Si sois un adorador del Monte Gerizim y de ninguna otra parte, vos y vuestros cofrades los Samaritanos, pronto veréis que vuestro amado templo caerá en ruínas y quedaréis sin él, ú os veréis forzados á marchar á una tierra distante y Dios será dejado atrás por vosotros sobre el monte de vuestra idolatría; así os sentiréis tan distan-

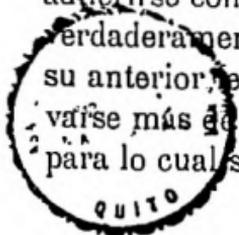
tes de Dios como lo estáis de vuestro hogar, de vuestro altar ó santuario. Si sois un adorador exclusivo del Monte Moriah, podéis vivir para ver un tercer templo desaparecido como los dos templos que desaparecieron antes. Con cuánta frecuencia perdemos todo sentimiento de la íntima comunicación con lo divino, porque en nuestra ignorancia nos agarramos frenéticamente á algún santuario externo ú objeto que, para nosotros, contiene todo cuanto podemos concebir de la Divinidad.

Cualquiera que sea la historia literal del antiguo Israel, ó de cualquier modo que los pequeños judíos en general hayan concebido al Sér Eterno, inmensamente más allá del ideal más sublime de una divinidad de tribu, podemos estar seguros de que el principal entre los profetas de todas partes ha enseñado á la humanidad cómo se va desde un Dios limitado y localizado hasta el Dios íntimo que está dentro de nosotros mismos. Ningún lector inteligente, mucho menos todo el que estudia con alguna profundidad la Biblia, puede imaginarse por un instante, que todas las varias concepciones de la Divinidad que se hallan en las páginas de sus numerosos manuscritos, no son sino variantes de una misma idea. Aún considerando todas las pequeñas concepciones, se encuentra en ellas el pensamiento fundamental de una sola Inteligencia Suprema cuya unidad es incomparable; y este pensamiento se robustece cuando tratamos de trazar las raíces de la idea de Dios, hebrea ó mosaica, en el Egipto, donde, sin embargo de la complejidad extrema del politeísmo popular que preva-

lecta, se estableció la idea monoteísta fundamental de Dios.

El «Libro del Muerto» de Egipto, contiene una larga lista de divinidades menores y da una cuenta detallada de toda clase de seres vivientes que el pueblo veneraba, porque creía que ellos, de una manera misteriosa, participaban de la santidad divina, pero nada hay absolutamente en ese extraño compendio de las creencias y prácticas del antiguo Egipto que milita contra la teoría, hoy en boga entre los más sabios egipcios, de que los egipcios de hace muchos miles de años concibieron una Divinidad Suprema infinitamente superior á todas las divinidades pequeñas, y á la que sólo se podía aproximar por medio de la purificación del corazón y de la mente humanas. Si la narración del Exodo es aceptada literalmente en algún grado, sus elementos históricos conectan la recepción de la Ley del Siná con un pueblo recién emancipado de la servidumbre de Egipto, por la acción de un héroe poderoso, el libertador de una raza, que había sido educado en Egipto en la corte del Faraón y permaneció en esa tierra hasta que tuvo ochenta años de edad.

El primero de los Diez Mandamientos puede ser razonablemente entendido de un modo literal, como un llamamiento á los israelitas para ir delante de todas las prácticas idolátricas de los egipcios y para adherirse con fervor y devoción á todas las que eran verdaderamente esenciales y absolutamente nobles en su anterior vida; al mismo tiempo se les aconsejó elevarse más de lo que lo habían hecho hasta entonces, para lo cual se les anunció leyes más estrictas de



moralidad, que les sirvieran de guía, de las que se les había revelado en sus experiencias anteriores.

La trompeta sonó desde la cima del Sinaí, y el especial mensaje del sonido del *shofar* ó cuerno de carnero fué: «Oye, oh Israel, el Eterno tu Dios, el Eterno es Uno»; y «Amarás al Eterno con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza». Qué significativa es la afirmación del poeta de que la divina voz crecía más y más alta, y que sólo Moisés pudo ascender la montaña y comunicar con la Divinidad cara á cara! Prescindiendo del sentido literal de la imponente escena y siguiendo los senderos de la historia y de la tradición, podemos ocurrir con provecho á la clave del sentido interno del mandamiento que resuena todavía: «Adorarás al Eterno, tu Dios, y á El solo servirás». Nada puede ser más evidente por sí mismo que, con el asombroso avance del pensamiento religioso moderno, las antiguas opiniones concernientes á Dios y á la revelación han sufrido un poderoso golpe, y es igualmente evidente que la época actual es de inquietud, de dudosa espectación y de muchos elementos transitorios combinados.

No podemos retroceder, debemos, pues, avanzar. La idea común de Dios que se tenía hace cincuenta ó más años, no puede ser restablecida en la conciencia humana, y es para nosotros un bien que ello sea así. Una muy urgente investigación se impone sobre nosotros por todas partes. Estamos compelidos á abandonar todo lo que fué excelente, inspirativo y confortante en la idea que nuestros antepasados tenían de la Divinidad, porque no podemos aceptar el

resultado de las mórbidas controversias teológicas y pretenciosas disputas de credos, catecismos y confesiones, que fueron formulados en obediencia a la voluntad tiránica de una mayoría, que nunca aceptó la fe de una minoría más inteligente y espiritual, cuya voz fué ahogada por el clamor de un partido victorioso por el número en las Cámaras y Concilios, donde la fuerza mundanal, más bien que una intuición espiritual, era la que triunfaba.

Al considerar los sabios discursos de grandes filósofos como Moisés-Maimónides, que en Europa durante el siglo XII se expresó acerca de la Divinidad con las siguientes palabras: «Dios es Uno, pues no hay unidad como la unidad divina». «Dios es Espíritu puro y no tiene forma alguna». Estas sentencias han sido tenidas por mucho tiempo como estrictamente ortodoxas por los judíos de la escuela conservadora, y ciertamente que ellas no difieren del Deísmo puro de Fichte y muchos otros escritores modernos, quienes nos dicen simplemente que es en vano que tratemos de escudriñar el Infinito. Un sabio escritor nos ha dado este pensamiento: «Dios definido es Dios destronado». Nada es más verdadero que esto, cuya verdad nos impresiona con una íntima convicción, siempre que se nos pide una opinión acerca de las llamadas revelaciones modernas, algunas de las cuales nos dicen que el pueblo va por transiciones, atravesando siete círculos de luz hasta llegar al centro mismo del Universo para estar en la presencia de Dios. Hay dos explicaciones de tales teorías. Primera, se ha confundido esta visión con una experiencia geográfica actual. Segunda, alguna

persona sensitiva ha visto un ángel y se ha imaginado que ese espíritu personal de brillante y gloriosa presencia era la inelable Divinidad absoluta, á quien ningún hombre puede soportar de una manera externa. La moral sencilla que comprende el Primer Mandamiento, puede muy bien entenderse que significa que la consagración del sentimiento interno de la justicia es la principal obligación que pesa sobre todos nosotros, y debido á las muchas disputas que se han suscitado sobre esta proposición, procederemos á analizarla.

Se ha disputado frecuentemente que el sér humano individual no puede descubrir la verdad por sí mismo, por consiguiente, era menester una jerarquía cuyas reglas infalibles deben ser aceptadas sin discusión, como suprema ley de fe y de conducta. La historia ha probado tan concluyentemente que todas las jerarquías se han corrompido y falseado, que ningún estudiante inteligente de la historia eclesiástica puede aceptar de ningún modo como bien fundada dicha jerarquía. En el otro extremo de la controversia el caso es muy diferente, porque lejos de que la intuición ó luz interior sea desdeñada por los más ilustrados psicólogos experimentales, es ahora casi universalmente admitido, que hay en todo sér humano una luz interior que da á cada cual una concepción adecuada de lo que es recto y justo. El Dr. Jorge Dutton, autor de un admirable tratado de Anatomía y de otros importantes libros de educación, ha dado una gran enseñanza moral en una sentencia de pocas palabras: «*La justicia satisface á todos; la injusticia no satisface*»



á nadie». Si separamos las seis últimas palabras, hallaremos en las cinco primeras la suficiente base para toda obra moral de educación. Alguno preguntará, la justicia satisface á todos? Sí, replicamos sin vacilar. Dejad que el sociólogo ó amante de la economía política avance cuanto pueda en busca de una solución á los muchos y complicados problemas sociales é industriales que preocupan ahora á todos, él se afanará en vano hasta que se atreva á anunciar al mundo el gran descubrimiento hecho en todo tiempo por el genio, el vidente ó el profeta, y es que todo lo que piden los niños es justicia, y los adultos no son sino niños crecidos que piden lo mismo. Es siempre una cuestión debatible hasta donde estamos obligados á aflojar todas las restricciones y dejar á los niños que hagan lo que quieran; pero á la larga estamos forzados á encontrarnos con el precepto de adorar á Dios y honrar á nuestros padres.

Los nuevos métodos de educación—y en éstos incluímos ciertamente el pensamiento fundamental del suizo Pestalozzi y del alemán Froebel—están todos fundados sobre el derecho de un niño á vivir una vida individual y á crecer como crecen las flores en un jardín; de ahí el nombre tan popular ahora de *Kindergarten* (jardín de niños). Nos prescribe el Primer Mandamiento estos sistemas modernos de educación? Ciertamente que sí, y no podemos obedecerla nosotros mismos á menos que estemos prontos para ayudar á los otros en sus esfuerzos para obedecer. La verdad debe ser confesada, aun cuando esa confesión sea muchas veces humillante y por consiguiente desagradable, y la verdad particular

que necesitamos confesar hoy es el derecho de cada niño á la libertad individual, negado hace tanto tiempo que parece una anarquía el defender, en ciertos círculos, que la obediencia es una orden divina innata, en lugar de gritar por una sumisión al hombre que legisla tiránicamente.

El Primer Mandamiento nos enseña á hacer lo que es justo; en lugar de hacer cómo los otros nos dicen, porque nos mandan. El Decálogo viene á ser así fácil, pues penetra profundamente en lo recóndito de la naturaleza humana, y es por lo mismo revolucionario en sus efectos sobre la conducta en donde quiera que es obedecido, que las multitudes temen hoy excesivamente y tiemblan cuando oyen los Diez Mandamientos vueltos á publicar desde el Sinaí viviente, el monte del Dios interior de la misma naturaleza humana.

Qué extrañamente inconsecuentes somos si por una parte glorificamos á aquellos mártires gloriosos que se sometieron á la más cruel persecución antes que comprometer sus convicciones, y por otra parte exaltamos altamente aquellas mismas prácticas instituidas en oposición á las que los propios testimonios por la verdad resisten aun hasta la muerte. «Dejad á mi pueblo ir libre para que me sirva», y «Donde está el espíritu del Señor allí está la libertad», son dos textos que armonizan perfectamente, el uno del Antiguo, y el otro del Nuevo Testamento, que nosotros recomendamos especialmente á todos los que se dedican á estudiar la esencia del Primer Mandamiento. Apelamos, como debiéramos, al sentido innato de la justicia en los miembros menores

de nuestras familias, y entramos en las cámaras secretas de nuestro propio sér con estas palabras en nuestros corazones: «Señor, haced que yo haga lo que vos queréis?» Con cuánta frecuencia oímos las fútiles palabras: «Os castigaré». Probablemente lo harfais, piensa para sí el pretendido transgresor, si me cogierais; pero no me cogeréis, por consiguiente quedaré impune. La voz del Sinaí penetra los oídos de todo sér humano cuando remuerde la conciencia; pero aunque ningún hombre os vea, Dios lo observa todo y los castigos de Dios no son como los del hombre. Los castigos de Dios no son ulteriores, sino interiores. Dios no coge al ladrón por medio de la policía y por agentes secretos. Dios no encarcela á los malhechores en calabozos, ni los pone en cadenas ni en ocasiones los entrega al verdugo.

Dios obra en el hombre por medio de la ley de su propia naturaleza; por consiguiente, todos los premios y las penas son absolutamente inevitables. Aquí aparece la solemnidad de toda la situación: nadie puede escaparse de la elevación interior que sigue á la obediencia, y nadie puede tampoco escapar al daño interior é inevitable como consecuencia de la desobediencia á la ley divina. No se nos exige que miremos á las dos tablas literales de piedra, porque las tablas de la Ley están dentro de nosotros mismos. Una de las tablas se encuentra en el lugar de nuestras afecciones, la otra en la fortaleza de nuestro entendimiento. La ley fué escrita sobre dos tablas de piedra, no sobre una sola, porque por la unión de la voluntad y el entendimiento la vida humana entrará en armonía.

Acompañemos todos á Moisés *dentro* de la montaña como *sobre* la misma, y entonces obedeceremos perfectamente el precepto: «Haced todas las cosas según el modelo que Dios dió á Moisés en la Montaña».





## Conferencia III

---

### El Segundo Mandamiento

---

NO HARÁS PARA TÍ NINGUNA IMAGEN GRABADA.

Probablemente ninguno de los Diez Mandamientos ha excitado tanta controversia como este Segundo, que no sólo previene contra la idolatría sino que introduce al lector á una clara enunciación, hasta aquí mal comprendida, de la doctrina del pecado y sus consecuencias.

La primera parte del mandamiento que concierne á la adoración de los ídolos ha sido por mucho tiempo asunto de controversia, no sólo entre judíos y cristianos, ó entre cristianos y mahometanos, sino también entre católicos y protestantes, entre ritualistas y sus oponentes. Sería menester un gasto de esfuerzo inútil y de ningún provecho para tratar de repasar el largo camino de amargas disputas, en que han traficado los controversistas durante muchos siglos; basta para nuestro inmediato propósito el considerar hasta dónde podemos ir razonablemente

absteniéndonos de hacer imágenes, y hasta qué punto podemos incurrir en el inevitable castigo que se sigue á la desobediencia del precepto divino.

Si se insiste sobre la más estricta interpretación de la letra del mandamiento, suponemos sería necesario convenir, con la decisión de la iglesia greco-rusa, de que las imágenes ó cuadros santos no están prohibidos por la Ley, sino solamente las estatuas.

La Iglesia romana hace mucho tiempo decidió que sólo el culto ó adoración de las imágenes estaba prohibido, y por consiguiente, en la traducción de la Vulgata se lee: «No os postraréis ante ellas y las adoraréis», que en el concepto de los judíos equivale casi á una falsificación del Decálogo, porque la lectura de la Vulgata permite al pueblo inclinarse ante las imágenes pero no adorarlas, una distinción suficiente en sí misma pero no muy fácil de comprender por los iliteratos.

Creemos que es una buena deducción que el espíritu de este Segundo Mandamiento nada tiene que hacer con el arte de la escultura ó con la simple manufactura de estatuas; él se refiere á la actitud hacia las cosas externas en general, más bien que en particular. En otra parte de la Biblia hay un pasaje, que arroja mucha luz sobre esta discusión: «La idolatría es como el pecado de brujería».

El Segundo Mandamiento prohíbe todas las formas de brujería, pero las brujerías no son sino resultados atribuidos á ciertos actos tanto materiales como psíquicos, considerados como esfuerzos para causar sufrimientos y daño á las personas ó sus pertenencias. La idolatría en su sentido más amplio

significa todo afecto desordenado á objetos materiales; todo miramiento indebido por las cosas meramente externas, y en esta parte del asunto deseamos decir unas pocas palabras.

Como la época presente es de renacimiento, en la significación más amplia del término, para todas las prácticas y creencias antiguas y curiosas del pasado, que están reviviendo las varias escuelas de Ocultismo que ahora existen, no podemos prescindir de afrontarnos, en una forma más ó menos moderna, con todas las clases de sortilegio antiguo adaptadas al gusto y exigencia de estos primeros años del siglo xx.

Hay una gran parte de verdad en todas las afirmaciones de los Científicos Mentales y otros que insisten con entusiasmo acerca del soberano poder de la voluntad humana, y se avanzan aún á declarar que tanto la pobreza como la enfermedad pueden desaparecer por la actividad puramente mental ó psíquica, cuando dicha actividad se ejercita de acuerdo con la ley y el orden.

Ciertamente nada hay en el Decálogo que trate de disuadir al pueblo de trabajar por todos los medios legítimos posibles para acumular la fortuna terrenal, y gozar de la vida en este presente mundo. Pero una de las doctrinas esenciales de la religión-sabía de todas las edades, es que no podemos dominar las fuentes materiales mientras mantengamos nuestra actitud mental esclavizada á ellas. Ninguna servidumbre es más amarga, ningún siervo más completamente abyecto, que aquel que hace un dios de algún ídolo material, y se postra en degradante

adoración ante la imagen mental de alguna cosa material, cuya ausencia llora continuamente el desgraciado adorador.

Antes que podamos cultivar suficientemente alguna fuerza psíquica para atraer hacia nosotros las cosas que necesitamos, debemos ser adoradores de Dios y dominadores de Mammón en nuestras propias conciencias. Este es un asunto sobre el cual hay mucha especulación nebulosa y sólo rara vez formulamos una afirmación lúcida, respecto de nuestra actitud verdaderamente necesaria para gobernar las cosas externas.

No podemos servir á Dios y á Mammón, pero podemos servir á Dios y dirigir á Mammón. El servir á Dios puede ser traducido en términos de una moral sencilla, así: El servicio de Dios, que se describe como «perfecta libertad», es una obediencia sin trabas á las concepciones morales más elevadas de las que tenemos alguna conciencia. Servimos á Dios cuando somos verdaderos en todos respectos con lo que sentimos como justo, ya sea que nuestra lealtad á la convicción nos conquiste el elogio ó la censura de nuestros contemporáneos.

Debemos siempre poner lo justo sobre lo poderoso, las posesiones espirituales sobre las pertenencias materiales; pero mientras éste es el orden de una vida bien arreglada, es muy irrazonable afirmar que es la voluntad de Dios que vivamos de privaciones, ó que debemos resignarnos á las circunstancias y en ocasiones someternos á lo que nos rodea, porque nos imaginamos que así lo ha dispuesto Dios.

Una completa revolución está en progreso ahora en los círculos teológicos, cuyos resultados serán seguramente el echar las doctrinas religiosas en los moldes modernos. Nuestras propias simpatías no están enteramente con los conservadores ni con los radicales, puesto que esos títulos se emplean comúnmente, á causa de que nosotros podemos ver llanamente que cada partido se mantiene fuera de algunas fases de la verdad que los otros no dejan de percibir. El lenguaje conservador es objeccionable para los oídos radicales y viceversa, pero debemos tratar de adquirir un conocimiento de lo que nos proponemos, y seguramente el objeto de nuestras miras es el mejoramiento de las condiciones humanas en todo respecto.

El indebido apego á las cosas materiales conduce á una gran suma de crímenes innecesarios; por consiguiente, es deber de los amantes de la humanidad protestar fuertemente contra una forma de idolatría que en el mundo moderno está minando no sólo la salud corporal, sino también el carácter moral de las naciones. La idolatría no es la simple práctica de venerar los altares consagrados ó poner flores y cirios encendidos ante alguna estatua de gran valor, aunque no puede negarse que hay un peligro de que sobrevenga la idolatría, si se permiten tales prácticas de una manera no razonable ó en grado indebido.

En esa parte del asunto apenas necesitamos en estos días distinguir entre las causas normales y anormales para esas prácticas de devoción, y sobre todo debemos tratar los sistemas religiosos del Orien-

te. como el Buddhismo, con la misma consideración con que muchos de nosotros acostumbramos ostentar las fases ceremoniales del Cristianismo.

Nada más irracional que recomendar en la Cristiandad, prácticas que condenamos en la Gentilidad; y, ciertamente, todas las personas que viajan, ya sean sus viajes tan sólo mentales ó á la vez mentales y físicos, que se hayan conservado libres de estúpidas preocupaciones durante sus viajes, han llegado á la conclusión de que no hay más idolatría en levantar la imagen de Buddha, que en erigir un altar en honor de cualquier santo del calendario cristiano.

Tratándose ahora extensamente sobre el poder de la sugestión en muchos periódicos en que colaboran médicos eminentes y personas inteligentes de todas las profesiones, se ha hecho mucha luz acerca del origen y significación de numerosos ritos, que se han tenido hace mucho tiempo como bárbaros é insignificantes, por los cultos misioneros profesionales que han ido á los países del Oriente, para convertir de la «idolatría gentilica» á gentes que, en la mayor parte de los casos, estaban educadas más elevadamente y eran más morales que ellos mismos.

La naturaleza de la idea retratada en la imagen es asunto de considerable consecuencia; no podemos dejar de tratar, aunque ligeramente, sobre el concepto formado por el adorador que ve la imagen y se inclina ante ella.

Los apologistas del ceremonial religioso creen muy apoyada su causa por los descubrimientos de los psicólogos modernos, que están dando gran

atención al valor de la sugestión. Todo lo que se conoce con el nombre de «Terapéutica Sugestiva» arroja luz sobre el culto de la imagen, como se dice ahora, cuando se la mira como una ayuda para la concentración del pensamiento sobre un ideal determinado. El moderno sugestionista está muy distante de creer que su ceremonial satisface á los apologistas de una fase particular de religión, porque ellos, desgraciadamente, tratan de rechazar todo otro sistema que no sea el suyo, cuando el científico y el psicólogo experimental los abraza todos ó ninguno. No es necesario que nos detengamos más sobre este solo punto, pero debemos hacer una aplicación práctica de nuestro tema para insistir sobre una necesidad social de actualidad, cual es el hacer una sincera diferencia en cuanto al espíritu de los dos primeros mandamientos del Decálogo.

La causa de las confusiones de toda clase debe atribuirse á una vana y tonta idolatría de las cosas materiales descuidando de averiguar su origen. En todos los casos en que se ha empleado la inteligencia en la honrada acumulación de riqueza material, el acopiador tiene derecho á un sincero respeto de la sociedad en que reside; por consiguiente, la enseñanza sana no está en contraposición con las miras de aquellos que aprecian la honrada riqueza según sus conceptos.

Nadie puede disputar esta sentencia: «aquel es un bienhechor de la raza humana que hace que crezcan dos yerbas donde antes no crecía ni una», porque tal persona agrega al acervo de la propiedad común y es amigo de la sociedad toda. No hay nin-

guna perversidad en un honrado proyecto de agricultura ó de industria minera, cuando aquello que se propone es hacer la tierra más provechosa y extraer de lugares secretos los tesoros que estaban escondidos por mucho tiempo, tratando de que nadie esté pobre y de que muchos puedan enriquecerse. Dejad, pues, de pensar que la gente que se interesa en el desenvolvimiento espiritual de la humanidad quiere la renuncia del trabajo productivo y tiene la pobreza como signo de piedad. Esa doctrina es completamente errónea y extraviada, y al mismo tiempo es necesario demostrar con el ejemplo como con el precepto, que no apreciamos á las personas por lo que tienen, sino por lo que son.

Eduardo Bellamy en sus dos grandes novelas: «Looking Backward» y «Equality», ha indicado con inequívoca claridad que la posesión del dinero no es una prueba de que ha sido adquirido honradamente, porque la riqueza robada tiene el mismo valor en el mercado social que la ganada con honradez.

Es muy justo mostrar á la generación que se levanta, que la industria y la inteligencia son pasaportes para el honor y la estimación de sus conciudadanos, pero estas cualidades tan apetecibles están con frecuencia notoriamente ausentes en aquellos que forzan su camino hacia lo que se ha dado en llamar «la alta sociedad», porque tiene en sus manos una llave de oro.

Cualquier cosa que se diga en contrario, un gran aumento de exigencias materiales llega á formar el hastío tanto para el alma como para el cuerpo, y

esta observación hace mucho tiempo que fué hecha por el autor del *Eclesiastés*, que dejó escrita esta profunda reflexión como un triste veredicto: «Todo es vanidad para el espíritu», sentencia que de ninguna manera quiere decir que la vida humana es necesariamente vana y vejatoria, sino únicamente que se la vuelve así por el pernicioso aliento que se da á la idolatría intelectual ó sensual, ó á una combinación de las dos. No se puede gozar de cualquier lujo sin sentir la disciplina de poder privarse de ello; de ahí que los profundos pensadores nos han dicho con frecuencia que la pobreza es á veces una verdadera bendición, aunque en otras ocasiones ella parece una maldición inexorable.

Las cosas materiales son por su propia naturaleza disolubles ó destructibles; por consiguiente, nuestra posesión de ellas es precaria é incierta. Si hemos aspirado á un alto grado de desenvolvimiento moral, y descansamos en la seguridad de poseer el propio dominio, de modo que los objetos materiales son nuestros sirvientes, entonces llegaremos á dominar todas las condiciones exteriores, entonces también podemos gozar sin temor de todas las cosas buenas de la tierra que hallemos en nuestro camino; pero mientras algunos de nosotros temen perder lo que ahora tienen, el mismo goce de las cosas buenas en sí mismas está disminuído por el miedo de perderlas; por consiguiente, si estamos provistos de la convicción de que podemos vivir sin muchas cosas que creíamos necesarias, es para nosotros un bien que las perdamos, para que podamos asentar nuestra salud y comodidad sobre una noble base.

En esta época de transportes rápidos y constantes, los viajeros están aprendiendo más y más el arte feliz de hacer las necesidades materiales menos numerosas en lo posible. El paseo al campo y todas las variedades del goce rural, no han menester de muchas cosas materiales, pero la gente no se percibe de que está sometándose involuntariamente á la privación cuando se siente más libre y más feliz sin ellas que con ese vasto conjunto de enseres molestos.

Daniel y sus tres compañeros, en la corte de Babilonia, no estuvieron forzados, por la pobreza, á vivir sencillamente con vegetales y agua, pero ellos preferían más su comida sencilla á todas las regalías de la mesa del Rey. La idolatría en el pensamiento y en la afección secreta, el culto que se tributa á las cosas que nos hemos hecho un deber de usar, es la más perniciosa de todas las formas de idolatría, porque engendra un descontento crónico y mina la salud y el carácter mucho más que cualquier otro acto de reconocida idolatría. El culto ó adoración no consiste realmente en actos exteriores ó en el homenaje de los labios. La oración puede ser siempre silenciosa y secreta; por consiguiente, el aspecto metafísico es el único radical y comprensivo.

Lo que amamos, lo sacamos de nosotros, sea que estemos conscientes de esta verdad ó no. Por cuya razón es siempre de suprema importancia, que debiéramos considerar bien la dirección de nuestras afecciones, antes de emplear el proceso intelectual que lleve al objeto de nuestros deseos una manifestación objetiva. Las idolatrías de toda clase son dañosas á causa de que hacen correr nuestras energías,

por conductos inútiles, ya que no positivamente malignos, ocasionando así una seria pérdida de fuerza vital.

La idolatría produce toda clase de desgaste de fuerza, y es responsable de innumerables casos de debilidad, muy difíciles de prevenir y mucho más de curar por los medios simplemente fisiológicos. Muchas personas se quejan constantemente de una extraña depresión nerviosa, acompañada de extrema debilidad física, y aunque consultan á los médicos, toman medicinas, cambian de aire y dan grande atención á los medios higiénicos, nunca se recobran, sino que por el contrario, se sienten más débiles á pesar de sus esfuerzos para renovar sus energías.

Las fases interiores ó subjetivas de la idolatría son casi siempre responsables de estas tristes condiciones, y el sincero científico espiritualista no debe vacilar, en las consultas privadas, de aconsejar á los pacientes de melancolía que dirijan sus afecciones y sus pensamientos hacia objetos nuevos y provechosos. Todos somos conducidos por nuestras emociones, nuestras afecciones ó simpatías antes de ser guiados por la razón pura.

La adoración es un impulso del corazón y no una operación del cerebro. Adoramos lo que amamos, no lo que creemos simplemente. No podemos reducir la idolatría al nivel de una falsa creencia, aunque ésta pueda sostener y alimentar á aquella. La idolatría toma su origen en las emociones del corazón y arrastra al cerebro á llenar los deseos del corazón.

Bien sabemos que los modernos fisiólogos nos rechazarán el empleo de la antigua terminología é

insistirán en que todas las emociones toman nacimiento en una ó en otra de las tres principales divisiones del sistema nervioso, cerebro, cerebelo y médula oblongada, mas por correcta que pueda ser esta definición fisiológica actual, permanece el hecho de que el cerebro gobierna todas las secciones del cuerpo, de tal manera que cuando se excitan cualesquiera centros emocionales se afecta literalmente el corazón por el gozo ó por el dolor.

Todo el que cura con buen éxito, apela tanto á la afección como á la razón del paciente. Apenas podemos insistir en una verdad frecuentemente olvidada: que la salud genuína consiste primeramente en la elevación espiritual y moral, después en la emancipación y adelanto intelectual y finalmente en la renovación circunstancial del cuerpo.

La segunda parte del Segundo Mandamiento, que contiene las muy conocidas palabras: «Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que conservo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me odian, y tengo misericordia sobre miles de aquellos que me aman y guardan mis Mandamientos», no es difícil de comprender y armonizar con los últimos descubrimientos en el campo de la herencia, con tal que tomemos la significación del texto original.

La palabra «generaciones» se la encuentra usada en el quinto verso del capítulo XX del Exodo; por consiguiente se formaría un concepto erróneo de todo el pasaje si no se la usara también en el versículo sexto. La *generación* aludida, no el *individuo*, se refiere en el original á miles de generaciones en

el segundo caso, correspondiendo á la tercera ó cuarta generación de la primera parte, y á menos de que esto no sea claramente admitido, la doctrina del Decálogo respecto de la perpetuidad limitada del mal, y á la indefinida duración del bien no estaría clara, sino muy confusa.

La palabra «celoso» tan disputada en las controversias de los teólogos, puede entenderse, sin violentar en lo más mínimo el texto hebreo, que envuelve la idea de indefectible. No se necesita sino un estudio ligero ó superficial de la incesante acción de la ley ú orden universal para descubrir que el mal es su propio destructor por ley de causa y efecto.

El antiguo dicho: «Dadle al asesino una soga y él mismo se ahorcará», fué inventado para significar el hecho de que el pecado lleva en sí mismo su castigo, ó para ser más exactos, que el mal se daña á sí propio. Algunos males se suicidan; otros matan á algún otro, y otros engendran descendencia para que les destruyan. El desorden no puede ser de duración eterna en este mundo ni en ninguna otra esfera ó condición de existencia, pues eso sería opuesto al propósito de la energía universal. Epes Sargent, en un hermoso himno que se halla en las colecciones de los Universalistas, ha dado la siguiente interpretación verdaderamente científica del pasaje tan discutido: «El alma que peca con seguridad morirá», agregando al texto estas palabras: «Morirá para el pecado que hizo terminar su vida».

En cierto sentido todos los profundos pensadores son Universalistas, esto es, todos convienen en que el mal no es inmortal porque sólo el bien es eterno;

y aunque parezca extraño, esta doctrina es perfectamente compatible con la versión original del dogma teológico de la felicidad eterna del justo é igualmente la desgracia también eterna del malvado.

Sometemos las siguientes proposiciones á la atenta consideración de todos, para que juzguen si son razonables, lógicas y justas:

1.—Una vida justa da como resultado la bendición llamada comúnmente el premio de la felicidad, siendo la justicia la causa y la felicidad el efecto. En esto se funda la doctrina del Cielo.

2.—La vida injusta trae como resultado la maldición, conocida generalmente como el castigo del pecado, siendo la injusticia la causa y la desgracia el efecto. En esto se funda la doctrina del Infierno.

3.—La felicidad es coetánea con la justicia, la desgracia es asimismo coetánea con la injusticia; por consiguiente, la relación entre las dos es en ambos casos eterna, una relación fija é inalterable, fundada en la voluntad de Dios ó en la Naturaleza de las cosas.

4.—La injusticia no es inherente á la naturaleza del Universo, y, por tanto, no es necesaria; pero puede ser llamada desorden, desacuerdo, enfermedad ó anormalidad, términos todos que implican condiciones que se pueden vencer, pero que no se refieren á la naturaleza absoluta de la vida, la única que es invencible.

5.—Como los seres finitos son capaces de cometer errores, mientras hacen esfuerzos para perfeccionar las substancias plásticas que se les ha dado para que trabajen en la gran obra del orden divi-

no, las consecuencias inevitables de los malos hechos son dolorosas y desagradables, y Dios ha garantido así al Universo contra la posibilidad de caer en una depravación sin esperanza, de modo que las penalidades que siguen á la transgresión son necesariamente remediabiles.

Ningún castigo, dice un escritor del Nuevo Testamento, es otro, desde luego, que el sufrimiento; pero él produce los pacíficos frutos de la rectitud en aquellos que han sido castigados. Nos confesamos completamente adversarios de todas las controversias y nunca levantaríamos ni un dedo para ganar una victoria de palabra sobre un opositor verboso en el curso de un debate; pero aunque nuestro móvil sea completamente pacífico, siendo nuestro único deseo manifestar la manera más excelente de la universal armonía, no podemos gritar: paz, paz, donde no hay paz, y decir pacientemente que no hay una distinción esencial entre el bien y el mal, ó que no hay diferencia alguna ya vivamos virtuosa ó viciosamente.

Hablando con franqueza, la antigua teología ortodoxa, con su horrible doctrina de caprichosa predestinación, no ha dejado lugar para la moral en la teología, al paso que ha introducido al *enviado* en todas sus discusiones sobre expiación y sacrificio, levantando una nube de polvo para los ojos mentales de los disputantes de ambos lados en sus inútiles controversias religiosas.

La ley moral promueve la virtud, suprime el vicio y vuelve al extraviado al camino de la rectitud por medio del amor y del temor á la vez. Es

innecesario argüir si uno se dirige á oyentes que están imbuídos con el espíritu de una elevada educación, puesto que es mejor dirigir por el amor que por el temor. Es en verdad inmensamente mejor apelar al amor innato de la bondad, que amenazar á los culpables con las espantosas consecuencias del pecado. Nunca puede ser erróneo emplear algún método de enseñanza que esté en estricto acuerdo con la verdad, y es tan verdadero declarar que el mal produce sufrimiento como asegurar la dulce certeza de que la virtud trae gozo á todo el que la practica.

La Biblia es una colección de libros que presentan muchos grandes aspectos de la verdad. Es una literatura que requiere un atento estudio, no una historia que pueda leerse como se lee una novela, y por este motivo parece imposible, dentro de límites razonables, presentar los muchos aspectos de la verdad, que están contenidos en esa colección compendiada de escritos.

Se ha dicho algunas veces que el Decálogo y la Beatitud son en esencia la misma cosa, pero anti-téticos en la forma, y también se ha dicho que el Sermón de la Montaña y todo lo que se siguió en la vida y enseñanzas de Jesús son enseñanzas contrarias á las del Pentateuco hebreo.

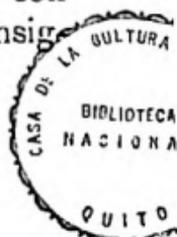
Lo último no es en nuestro juicio una crítica substancial, porque tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento hay bendiciones y maldiciones, aunque en proporción al espacio que ocupan, la forma de bendición en la enseñanza es más notoria que la de maldición en los cuatro Evangelios que

en los cinco libros de la Ley. No queremos decir con esto que los lectores en general no estén familiarizados con el Levítico, que con frecuencia ha sido llamado el «Libro de la Sangre» (algo injustificable, á menos que «sangre» tenga una interpretación espiritual), mas vemos amenudo gente bien educada que se sorprende grandemente cuando se les cita los siguientes textos del capítulo XIX del Levítico: «No odiarás á tu hermano en tu corazón, sino que amarás á tu prójimo como á tí mismo» (versículo 17-18). Y este otro: «El extranjero que habita contigo será para tí como nacido entre los tuyos, y le amarás como á tí mismo» (v. 34).

Aunque simpatizamos completamente con todo aquel que procura rechazar las medidas duras y crueles, que los tiranos tratan de justificar citando en su apoyo algunos pasajes de la Biblia, no podemos adherirnos á los vituperios y á las agresiones contra el Pentateuco y permanecer en silencio cuando vemos la flagrante aserción de que el Dios Judío es un monstruo de crueldad, y que debemos volver nuestras espaldas al Torah, si hemos de progresar en las vías de la paz y la bondad.

Si el capítulo XIX del Levítico, que contiene un resumen del Decálogo con muchos preceptos adicionales, pudiera tomarse hoy por todos como un gufa de la vida, no habría de hoy en adelante más mala voluntad, ni luchas entre las naciones, ni injusticias en perjuicio de los pueblos pequeños.

Sucedo con frecuencia que muchos preceptos nobles y muy grandes se hallan mezclados con otros de dudosa importancia y en apariencia insignificantes.



nificantes, por consiguiente los Diez Mandamientos del Sinaí pueden mirarse, en verdad, como una completa condensación de la Ley Divina obligatoria para toda la humanidad.

En cuanto al importante tópico de la herencia, se puede decir que una lectura atenta del Segundo Mandamiento refuta completamente la interpretación pesimista de la generalidad de que, si hemos nacido heredando ciertos desarreglos, es porque los padres comieron «uvas agrias» y los dientes de los hijos tienen que sufrir de ello.

Aquellos que odian á Dios, ó en otras palabras, aquellos que voluntaria y deliberadamente persisten en el execrable estado en que algunos han nacido, éstos, pero sólo éstos, están comprendidos en la inicua generación, palabra usada una y otra vez en la Biblia en un sentido mucho más amplio que en su significación más obvia.

Considérese atentamente la siguiente ilustración del estilo y uso bíblico: «Esta es la generación de aquellos que Te buscan, de aquellos que tratan de ver Tu cara, oh, Dios de Israel!»

El Salmo XXIV es un hermoso cántico triunfal de alabanza, en el que se habla de todo el que es justo como una santa generación, sin fijarse en el tiempo y lugar de su existencia. Es altamente necesario tomar el asunto de la herencia en un sentido mucho más amplio que el estrecho en que con frecuencia se le encierra, y sea dicho con franqueza una vez por todas, que si nos miramos como esclavizados á las condiciones externas, toda tentativa de cultura moral es en vano y todo esfuerzo por me-

jorar la condición adversa heredada será completamente estéril.

Es inútil tratar de reconciliar el ciego sometimiento fatalístico á las predisposiciones hereditarias, con los nobles esfuerzos filantrópicos que se hacen ahora por todas partes, para librar á los pacientes de la acción del medio ambiente depresivo. Los hechos de la predisposición ó tendencia hereditaria deben ser tratados bajo el mismo punto de vista de los especialistas competentes, cuyos resultados lógicos de sus estudios no disputamos; pero el educacionista práctico está llamado á manifestar el buen éxito de la libertad, mientras muchos alienistas de la escuela materialista muestran los efectos de la cautividad.

Debemos estar seguros de que esa ha sido la condición en que ahora nos encontramos y será bien descubrirla, para prevenir á los hombres y á las mujeres de la presente raza, que llegarán á ser padres, que eviten colocar á sus hijos no nacidos todavía en esas condiciones inarmónicas; pero la gran cuestión que está delante de nosotros es ésta: cómo y cuál es la manera de proceder?

La manera incorrecta es el odio de Dios (el amor extraviado) según el Decálogo. La manera correcta es el amor de Dios (el amor con rectitud) según el mismo Decálogo. Ahora, si hallándoos dentro de un abismo deseáis que os ayuden para salir, y si sois perfectamente filantrópicos, no estaréis simplemente satisfechos con el bien negativo de no dañar á otros, sino que debéis desear proteger á alguno de vuestros prójimos que se encuentre sufriendo.

Cómo procederíamos para vencer los daños hereditarios? Esta es ahora nuestra pregunta pertinente. Los Teosofistas tienen mucho que decir concerniente á Karma, y varias de sus afirmaciones son muy nebulosas y muy depresivas en muchos casos, porque ellos se imaginan que hay algo misterioso que sobrellevar de una encarnación del alma á otra, en lugar de comprenderla como una fuerza continuamente identificable por la ley siempre activa de causa y efecto.

Es ciertamente indudable que «Lo que un hombre siembra tiene que cosechar»; pero es un hecho no solamente arbitrario sino también irracional formar una hipótesis concerniente á sembrar y cosechar, que es del todo extraña á la concepción original de la ley Kármica enunciada por los sabios filósofos del Oriente, cuyo sistema metafísico no siempre ha sido bien interpretado por los hombres doctos del Occidente.

Durante el mes de julio de 1899, un gran número de colaboradores, por medio de correspondencias al «Boletín de Filadelfia», expresaron sus ideas sobre los discutidos problemas de la predestinación y el libre albedrío, y fué muy interesante el notar cuán pocas eran las cartas que arrojaban alguna clara y provechosa luz sobre la interminable cuestión de la predestinación, que aparece no más avanzada ahora que cuando Wesley y sus contemporáneos expusieron el asunto en las grandes discusiones de la Teología Calvinista.

Todos sabemos hoy que en los púlpitos más modernos el antiguo Calvinismo está muerto práctica-

mente; muy pocos presbiterianos lo predicán como en tiempos pasados, pues al presente, en que el llamado agnosticismo científico está muy en boga, estamos tan distantes de ser arrastrados por semejante sustituto científico, como de ser conducidos por los vericuetos de esa fase detestable de la antigua teología que hizo decir á Whittier:

«Nada puede ser bueno en El,  
Cuyo mal está en mí».

Nuestro peligro real está hoy en nuestra facilidad por aceptar una doctrina del fatalismo, en gran parte, sino del todo, pesimista, que hace de cada uno de nosotros un mero sér de las circunstancias; una doctrina que no tiene una esperanza, una inspiración, un aliento para nuestras acciones.

Si estamos satisfechos de ser meros comedores de lotos, contentos de vivir la vida del indolente poeta Cuthay, podemos resignarnos á un aspecto fatalista de la vida; pero esa actitud no se conforma en absoluto con el espíritu emprendedor del Occidente, que necesita casarse con la pasividad Oriental para formar el balance y llegar al equilibrio filosófico. Heredamos ciertamente los rasgos ó impresiones de los moldes en que hemos nacido; tanto nuestros cuerpos psíquicos como los físicos parece que participan de las distintas cualidades y peculiaridades de nuestros inmediatos progenitores, y á veces aún de los más remotos antecesores, demostrándose así la teoría del atavismo.

Ibsen, en uno de sus terribles dramas, nos ha

dado una muestra exajerada de la herencia y, como todos los demás fatalistas, se ha hundido en el pesimismo en compañía de Max Nordau y otros brillantes intelectuales, quienes, aunque hábiles analíticos de cierta profundidad, no lo son suficientemente para hallar la indomable alma, el verdadero yo, que se esconde detrás de esa alma exterior, que es todo lo que estos filósofos han descubierto al parecer.

Los «sugestionistas» prácticos han hecho y están haciendo mucho bien en el campo de la literatura psicológica. Sus más elevados servicios á la causa de la libertad y del progreso humano han consistido en descubrir que en cada caso el sub-yo ó el «alma sugestiva» es buena en sí misma y sensible siempre á las buenas sugerencias.

Aún entre los escritores declaradamente metafísicos hallamos cierta ambigüedad en lo relativo al bien y al mal, como incompatibles en cierto modo con el bien absoluto.

Si hubiese en alguna parte del universo algo así como un átomo malo, que tuviese la oportunidad de incorporarse en una fibra de un alma inmortal, entonces estaríamos enfrente de un verdadero problema del mal, y nuestra lógica deducción sería que, á menos que ese átomo pudiese ser destruído, el mal debería persistir formando parte de la eterna creación. Pero los males no son sino desacordes y éstos en absoluto son convertibles en armonías.

Nada tenemos en nuestras naturalezas que sea esencial é intrínsecamente otra cosa que el bien, esa fué la lección que aprendió Pedro en su visión de la red que descendía del Cielo y contenía toda clase de

animales vivientes, algunos de los cuales habían sido mirados como buenos y otros como malos, (Actos, X).

Sería un absurdo decir que todas las clases de seres vivientes, incluyendo los reptiles y los insectos, los pájaros y cuadrúpedos, fuesen para los individuos humanos, como si un hombre fuese un buitre y otro una paloma; pero es una verdad que los elementos ó ingredientes que forman todas las especies en general tienen su lugar en la economía humana colectiva como en la individual.

Es así solamente como comprendemos la frase «hijo de Dios» ó el yo más elevado, que es el propio sér de cada uno de nosotros, que podemos ver nuestra manera de vencer en el «hijo del hombre» lo que no es un mal, sino que debemos justamente subordinarlo. Cuando llegemos á convencernos de que todas las cosas son nuestras para someterlas, entonces rendiremos obediencia á fin de que lo más elevado mantenga en exacta sumisión á lo más bajo, haciendo salir así el orden del caos, sin alterar la naturaleza esencial de cada átomo contenido en ese caos que estamos convirtiendo en el cosmos.

Si estamos en la generación del mal, si «nos sentamos en el sitio del escarnio», si vivimos según la manera de aquellos que no tienen «temor de Dios ante sus ojos», entonces estamos sometidos á la acción de la ley penal; pero si nos levantamos de ese estado degradado y subimos á la cima de la montaña de una vida virtuosa, la misma ley inmutable obra por nosotros una bendición.

El que sube á una montaña puede hallarse bajo una nube al tiempo de partir, de modo que la lluvia

puede caer sobre él, pero si está sobre esa nube la lluvia cae todavía sobre el valle que está abajo, pero él tiene un cielo claro sobre su cabeza. La ley no respeta las personas, sino que respeta perfectamente las situaciones. Si no os mojáis es porque estáis sobre la nube, no porque estéis privilegiado como un objeto especial para que la nube os respete.

Una Divinidad parcial es un ídolo; el único Dios que la humanidad puede reverenciar es el Dios de la naturaleza, que es también el Dios de la gracia para todos los que han encontrado la manera de vivir sobre su baja naturaleza en el goce de los privilegios concedidos, no por el lugar del nacimiento, por el credo ó la condición de sus padres, sino por haber ascendido el individuo por sobre el plano donde la ley se cumple.

Las penas que siguen al mal que se ha hecho son justas y buenas en su oportunidad, y considerando los propósitos para que sirven, son como el gozo que se sigue á la más noble conducta; de consiguiente, por duro que parezca el decirlo, no hay crueldad en la idea que se desprende de esta afirmación: «Dios puede ser tan justo y tan feliz al contemplar la desgracia como la felicidad de sus hijos».

Ese aserto es indefendible si aquellos que lo hacen creen que el sufrimiento no es sino educacional. Nuestra queja es debida á nuestra miopía, y hasta Roberto Ingersoll, aunque fué agnóstico, dijo esto mismo en substancia en muchas de sus conferencias. Aunque no podríamos convenir en todos los agudos sarcasmos y diatribas del Coronel, hallamos mucho que admirar en los dichos sobrios y llenos de bon-

dad de Ingersoll, y ahora que él ha dejado la escena de sus experiencias terrestres, podemos muy bien mirar atrás hacia su singular carrera, para aplaudir las cosas buenas que dijo y recordar sus muchas buenas acciones, mientras pueda caer el olvido sobre las estrecheces de su concepto cuando trataba de escudriñar el horizonte espiritual.

En la tierra todo es relativo, y debemos conocer á qué se refiere esta relatividad, en el ancho círculo de la experiencia humana, antes de que estemos justificados en gritar contra alguna dispensación divina ó natural. Las enfermedades y sufrimientos que lamentamos son frutos legítimos de las semillas que ignorantemente hemos ido sembrando, y como estamos ciertamente aquí en la tierra para desarrollar la propia conciencia individual, con el actual contacto de la negativa universal á que hemos dado el nombre convencional de materia, todas nuestras amargas experiencias son debidas á nuestros propios errores, y es menester que saboreemos su amargura por algún tiempo, para que no permanezcamos satisfechos de las afirmaciones ó conclusiones erróneas é imperfectas.

Sólo Dios es eterno; sólo la felicidad no tiene fin; todo sufrimiento es temporal y disciplinario! Ese es el mensaje del Segundo Mandamiento.





## Conferencia IV

---

### El Tercer Mandamiento

---

NO TOMARÁS EL NOMBRE  
DEL SEÑOR TU DIOS EN VANO.

Prosiguiendo en nuestra exposición de los Diez Mandamientos, vemos que sus textos, bien conocidos, son capaces de sugerirnos mucho más que una elucidación obvia y convencional de su lenguaje.

Es sólo cuando nos dejamos mecer, por decirlo así, en la corriente de su gran significación, cuando perdemos de vista los incidentes locales del asunto, y nos sentimos como transportados á un dominio de vida y acción absolutamente ilimitados por el tiempo ó un lugar especiales.

Lo que se llama «alta crítica» carece amenudo de valor práctico para las noventinueve por ciento de las personas, aún cuando ella tenga un valor especial para los profesores y personas que se consagran al estudio. Lo que todos necesitamos más no es una sabia relación de cuándo, dónde y cómo fueron reunidos ciertos fragmentos escogidos de doc-

trina, sino advertencias y consejos que nos sirvan para embellecer y glorificar nuestras propias circunstancias presentes.

El lenguaje profano siempre será condenado, y cuando es acogido en los vulgares círculos políticos, muchas voces resonantes se alzan contra él. El Tercer Mandamiento, aunque declara sin lugar á duda que no puede dejar de ser culpable aquel que toma el nombre de Dios en vano, no ha agotado de ningún modo sus admoniciones cuando lo aceptamos reverentemente como una insinuación contra el lenguaje frívolo, cuando el Nombre Divino ó alguno de sus equivalentes son tomados sin objeto.

La palabra «nombre» sobre la cual está basado este mandamiento, significa inmensamente más de lo que una lectura superficial puede sugerir. Los nombres en su origen indicaban siempre el carácter, y con frecuencia también la ocupación de aquellos que los llevaban. Si alguien se diera tiempo para consultar un diccionario de los nombres de la Biblia, y después leyese un capítulo de cualquiera de sus libros, sustituyendo el nombre traducido por el original de la narración, sería al instante sorprendido; todos sus arcaísmos desaparecerían, y nos creeríamos en presencia de un cuadro moderno y escuchando palabras de la revelación en nuestro propio lenguaje familiar.

*Moisés* quiere decir «uno que fué arrojado al agua». *Aarón* significa «altivo ó ilustrado intelectualmente». *Moisés* es uno que se ha elevado sobre el plano intelectual (las aguas) de la conciencia hu-

mana y ha sido iluminado por el fuego divino del amor interno y la sabiduría.

En todas partes leemos respecto de Moisés que fué intuitivo en su conducta, y de Aarón que fué el tipo simplemente intelectual humano, y no podemos dejar de considerar cuán fácilmente fué compelido Aarón por el pueblo á satisfacer su amor por los ídolos, al paso que Moisés hizo pedazos el becerro de oro, que su hermano habfa erigido á petición del pueblo inmediatamente que descendió de la montaña.

La percepción intuitiva de la verdad conduce á donde la sola inteligencia puede seguir sin ayuda. Moisés y Aarón son hermanos, y Aarón es también el mayor de los dos, porque el desarrollo intelectual precede á la iluminación espiritual en el proceso ordenado de la regeneración humana. El nuevo y más elevado conocimiento del alma que ha adquirido una conciencia celestial, se añade á sus posesiones de conocimiento, pero jamás quita el adelanto intelectual adquirido.

A proporción que avanzamos más alto y penetramos más profundamente en el arcano universal, no podemos abandonar ó falsificar ninguna de nuestras adquisiciones anteriores, mientras estamos enriqueciendo perpetuamente los tesoros de nuestra conciencia. Moisés sabe más que Aarón; el más joven debe dirigir al pueblo de preferencia al mayor, porque el que nació el último es más altamente nacido y la doctrina científica de la evolución testifica esta verdad.

Los Diez Mandamientos pueden compararse á

una escala. La base es un monoteísmo firme: «No tenemos todos un solo Padre, un solo Dios no nos ha creado á todos?» La teología y la teocracia están tan íntimamente entretajidas con la antropología y la democracia que son inseparables. Es una reflexión la más feliz que se saca naturalmente de una lectura agnóstica y aún de una literatura declaradamente infiel, que los principales ataques contra las ideas de la Divinidad, que ocurren comúnmente en el mundo religioso, recaen sobre las concepciones de Dios que son, en el fondo, tan odiosas que sin temor podemos asegurar sería mejor no tener en absoluto ninguna idea de Dios que concebir tan odioso disfraz.

El nombre significa el carácter; por consiguiente, «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano», significa, primeramente, no darás al Sér Supremo atributos y acciones que despreciarías con indignación si te fuesen atribuidos á tí.

Lo que hoy se llama en los círculos Cristianos «religión liberal» ó «nueva ortodoxia progresiva», es solamente una afirmación clara y amplificada de los conceptos expresados por los pensadores ilustrados de todos los países y de todas las edades. Mucho de lo que se cree nuevo hoy es en extremo viejo, y en ninguna parte es esto más evidente que en muchos tratados acerca de la mujer «nueva», cuyo retrato fué hecho por Salomón, ó Semuel ó cualquier otro escritor del capítulo XXXI de los Proverbios, muchos siglos antes de lo que ahora se llama «Sufragio de la mujer» ó «Igualdad Política» por sus defensores entre las naciones del Occidente.

Es por un concepto estrecho de muchos comentadores el decir que el Dios del Antiguo Testamento no es el Dios del Nuevo Testamento, porque las ideas comunes que tenían los antiguos judíos acerca de Dios, son inmensamente inferiores á las proclamadas por Jesús.

María Coralli, en una de sus cortas novelas: «El Canto de Miriam», y también en su poderoso libro «Barrabbas», ha tratado de un modo indebido sobre los groseros aspectos de la concepción de Dios en el Antiguo Testamento. Henry Wood, en «Victor Sirenus», ha caído en el mismo error. Ciertamente, parece muy difícil para cualquier escritor que es vehemente, entusiasta y de fuertes convicciones, poder escapar de los prejuicios cuando se alude á los pueblos y productos de otras tierras y edades que aquellas por las cuales el autor tiene sus simpatías. Es igualmente el mismo caso que cuando se tienen fuertes simpatías en cualquiera dirección, porque entonces cuánto se ha dicho en favor del lado simpático, otro tanto se dice del contrario.

No hay realmente ningún conflicto entre la esencia del Judaísmo y el espíritu del Cristianismo. Las letras de los dos sistemas son ciertamente diversas, pero el espíritu de los dos es el mismo. Cuando en el modelo de oración de los Evangelios hallamos la frase: «Santificado sea tu Nombre», retrocedemos al Decálogo y recordamos el tercer mandamiento del Sinaí. «Santificarás el Nombre divino» es la versión espiritual; siempre que el pueblo está apto para las interpretaciones espirituales es el tiempo



de dejarle que vaya más allá de la forma negativa del mismo precepto.

Considerar un mismo asunto por los dos aspectos, es tratar ese asunto con un prudente juicio; entonces si hallamos uno de sus aspectos más bello que el otro, haremos bien en exponerlo al público por ese lado. Se ha dicho sin razón que es más fácil obedecer un precepto negativo que uno afirmativo.

Este no es ciertamente un caso invariable, y como este aspecto de la situación es de grande importancia para los padres y maestros de todas partes, será bien insistir en que la mayor parte de los inconvenientes y molestias que tienen los guardianes y directores de los jóvenes, provienen del uso erróneo de la fórmula negativa «No harás tal cosa», con exclusión casi total de la frase cortés y agradable «Haz tal cosa».

Pronunciarás el nombre divino con reverencia. Aquí está el punto principal del Tercer Mandamiento. El judío estrictamente ortodoxo, que es un rígido literalista, cree necesario llevar su pergamino de la Ley al tribunal para jurar poniendo su mano sobre él. Muchos cristianos juzgan necesario besar una Biblia para creerse ligados por un juramento; pero los cuákeros, tomando literalmente las palabras del Sermón de la Montaña: «No jures de ningún modo», se creen ligados después de su simple afirmación, como las personas de otros credos que han besado sus libros ó jurado sobre sus pergaminos.

Indudablemente que un estado primitivo é indisciplinado del sentimiento requiere un ritual que

impresione. «Así Dios me ayude», es una frase que suena ásperamente para los oídos sensitivos, aunque halaga mucho á la gente que necesita un estímulo verbal ó externo para cumplir su promesa. Tal expresión no quiere decir que se toma el nombre de Dios en vano, á menos que se use la expresión con el intento de engañar ó defraudar á un prójimo, tan estúpidamente que no impresione ni al mismo que la ha pronunciado. Esa jaculatoria puede ser á veces una oración, una aspiración sincera á la ayuda y protección divina, y cuando ella es honrada y ferviente, aun cuando algunos científicos la clasificarán como una simple auto-sugestión, puede dar seguramente un resultado satisfactorio. Las naturalezas adelantadas no necesitan de ella en absoluto.

Cuando decís que la palabra de un hombre es su ligadura, indicáis que sería superfluo ligarle de otra manera. «Según sea tu palabra, así se hará contigo», es una declaración que se refiere enteramente al asunto de los juramentos y afirmaciones. Tomad esta sentencia como una profecía de universal importancia. Ved cómo ilumina los libros de la Ley: «Ojo por ojo y diente por diente», es la eterna justicia de la que nadie puede escapar, aunque nunca ha de llegar el caso de sacar de un golpe el diente de nuestro prójimo, ó extraerle un ojo sin que se incurra en el castigo.

Al pueblo le gusta cantar: «Libres por la Ley, oh! que condición feliz», pero á menos que sea muy cauteloso en la interpretación de lo que canta, está expuesto á degenerar en una completa ilegalidad; por lo mismo es menester repetirle que la li-

cencia no es libertad, y que ésta está asegurada por la ley justa.

Seamos solemnemente morales en nuestra teología; podemos sobrepasar la simple moralidad pero no debemos caer nunca debajo de ella. El gran vicio del Calvinismo consiste en su pernicioso dogma de la elección mal concebida. «El Rey no puede errar», grita el monárquico idólatra. «El elegido no puede errar», grita también el sostenedor de la doctrina de la preterición.

Los antinomianos, que fueron muchos hace un siglo ó más, declaraban abiertamente que el pueblo elegido de Dios no era posible que hiciera lo malo á la vista de los Cielos, fuesen cuales fuesen los crímenes que cometiese, y también enseñaban con igual vociferación, que los no elegidos no podían hacer nada que fuese agradable al Todopoderoso, por más suaves y virtuosas que fuesen sus vidas entre los hombres.

Esta abominable herejía hace contraste con esa hermosa enseñanza de los judíos: «Los pueblos de Dios todos son justos», y con la declaración de Pablo de que cualquiera que obre en justicia es aceptable á aquel que es todo Justicia. El que cultive la moral no vacilará un instante entre el Judaísmo y el Calvinismo, si se le pusiese á escoger.

«El Señor no tendrá por inculpable á ninguno que jure en falso», dijo el antiguo profeta. «Muéstrame tu fe por tus obras», dijo Santiago Apóstol á aquellos de su tiempo que enseñaban que la creencia, y no el carácter, era lo más importante. Las creencias son influenciadas en gran manera por las circuns-

tancias, por el lugar de nacimiento, por la primera enseñanza, por las asociaciones de la edad madura y por las mil variantes del medio ambiente, que no tienen en absoluto nada que ver con la buena voluntad y el carácter noble; mas la fidelidad ó infidelidad á una confidencia, el cumplimiento ó no cumplimiento de los términos de un contrato firmado voluntariamente, la resolución de guardar ó quebrantar su palabra empeñada, estas y otras consideraciones análogas tienen mucho que hacer con la base misma de la moral, y no pueden ser estimadas á la ligera por todo aquel que trate de inculcar á la generación que se levanta la necesidad de la estricta integridad de pensamiento, palabra y obra, como el supremo pasaporte para la felicidad terrestre y para la bienaventuranza del Cielo.

Entre las muchas prácticas objeccionables que se permite al pueblo con frecuencia y que son rechazadas por el Tercer Mandamiento, está aquella de implorar á Dios, de la manera más repugnante, algo espantoso para nosotros si no cumplimos sus deseos. La intención del que lo dice es en tal caso impresionar á los oyentes profundamente con la tremenda amenaza; pero no tenemos absolutamente derecho de pedir á Dios que nos visite con calamidades, puesto que ese mismo acto es de presunción y de blasfemia.

Tratando este asunto bajo el punto de vista del Ocultismo, es muy fácil ver cuál fué la intención del antiguo proverbio: «Las maldiciones, como los pollos, siempre vienen á dormir en casa». Sustituid la palabra «maldiciones» por «bendiciones» y tendréis

reforzado el proverbio de una manera la más satisfactoria y benéfica. El simple hecho del eco sirve para ilustrar una de las más profundas verdades enseñadas al mundo por los más grandes videntes y sabios, cual es la certeza con que repercuten los pensamientos del alma sobre el que los envía.

Nadie puede hacer resonar en las rocas y en las montañas palabras con intención buena y sabia, sin que responda el eco en idénticas palabras. De igual manera las mismas rocas y montañas vibradoras deben replicar las maldiciones de aquellos que inficionan el aire con sentencias insensatas y crueles.

Nunca podemos estar ciertos del alcance de la influencia que podemos ejercer sobre los otros. Los tratamientos mentales pueden ser dados muy fácilmente, pero no podemos estar seguros en cada caso de si ellos serán recibidos ó tomados por aquellos á quienes se han enviado intencionalmente. El efecto sobre nosotros mismos en todos los casos es indudable, debido á la clase é intensidad de la vibración que ocasionamos en nuestros propios organismos por las palabras y aún por el pensamiento solo.

La bendición tiene que ser bendita. Aquel que bendice á los otros se bendice á sí propio; y aquel que procura ó quiere bendecir á otro, sea que ese otro esté apto para recibir la dádiva proferida ó no, se bendice á sí mismo al pronunciar la palabra cordial, no importa hacia quien vaya dirigida. Jamás simpatizamos con las interpretaciones indebidamente groseras de la escritura ni las creemos verdaderas; pero es simplemente una pamplina glosar todos los aspectos más severos de una revelación moral y

alimentar á los Hijos de Israel ó á cualesquiera otros hijos con una dieta nada nutritiva. Yerbas amargas son factores necesarios en la comida de Pascua, y muchos preceptos de la Ley, aunque dulces como la miel en su sentido íntimo después que han sido digeridos y asimilados, son muy amargos en su primer gusto cuando comienzan á entrar en la boca del conocimiento.

Parece que la opinión de muchos maestros y conductores de la juventud de hoy día, es que toda píldora moral debería disfrazarse cubriéndola de azúcar, de manera que los hijos fuesen llevados á tragar la píldora sin darse cuenta. No convenimos con esa política, porque con frecuencia resulta la desconfianza y la náusea moral. Muchos niños han sido dañados más bien que ayudados por medicinas administradas ocultamente en jamón ó en café. Si es necesario tomar una dosis amarga, tomémosla varonilmente; los amargos y los ácidos son igualmente buenos que los dulces tomados en su propio tiempo y generación, pues que tienden á llenar un efecto benéfico, que los dulces no pueden hacer.

Los castigos debidos á la transgresión son impuestos por la misma sabia Providencia que premia nuestras acciones virtuosas, por consiguiente debemos estarle tan agradecidos por el golpe que nos hiere como por el bálsamo que nos cura. Esta puede ser una doctrina difícil de aceptar sin reflexión, pero ella es la única saludable y razonable para los afligidos.

No podemos hacer creer á las personas inteligentes que no sienten el dolor cuando están sufriendo

la agonía, pero si fuéramos verdaderamente prudentes, podríamos inducirles á mirar sus aflicciones bajo una luz nueva á la vez que confortante y saludable.

El gran problema no resuelto, pero no necesariamente insoluble, de todas las edades es: por qué pedimos el sufrir? El sufrimiento es incidental para el adelanto en un mundo de experiencias, siempre que cometemos los errores que lo ocasionan, pero no de otra manera.

El coronel Roberto G. Ingersoll fué llamado un blasfemo innumerables veces, pero la característica de los dichos de Ingersoll se deduce de lo siguiente: «Yo quisiera ver este mundo sin crímenes y sin lágrimas». Tal sentimiento es en sí mismo bello y refleja honor en quien lo abriga, mas es posible que un hombre de buen corazón, como el famoso abogado y conferenciante, no haya podido ver claramente cómo librar al mundo de los crímenes y de las lágrimas. Echar invectivas contra la enfermedad no es remediarla, porque los remedios deben ser hallados únicamente en el triunfo, pero no en la queja. Podemos lamentar las iniquidades y llorar sobre los sufrimientos de los que nos rodean, haciendo así patente una genuina bondad del corazón, pero sin ser capaz de vencer (por falta de una vista interior de las causas) uno solo de los males que deseamos ver destruídos.

Las personas olvidan muy frecuentemente que estamos aquí para desarrollar los caracteres, y esa ley debe ser inexorable para hacer posible nuestro desarrollo. Es por la miopía de parte de muchos

escritores de ambos lados de una controversia, que la llamada literatura metafísica está cargada de groseras negaciones y afirmaciones. Los escritores adversos á las curaciones metafísicas, no se cansan de exponer la absurda negación de la existencia transitoria de enfermedades que curan las prácticas mentales.

Si por razón de «tomar el nombre de Dios en vano», sufrimos el castigo de esta irreverencia, es inútil negar la existencia del castigo legal ó creernos inculpables cuando estamos convictos de error.

La propia actitud que debe tomarse cuando sufrimos las consecuencias de la insanidad, es mirar de frente nuestro castigo y aceptarlo con agrado, procedimiento que sería verdaderamente imposible si no comprendiésemos el objeto benéfico por el que se nos ha aplicado el castigo.

Al tratar sobre el asunto de las penas y los castigos consideremos nuestra manera de proceder. Un niño ha cometido una ofensa, y para insinuarle en el hogar una verdad con la que deba familiarizarse, un maestro ó un padre prudente le da una lección para que aprenda ó alguna otra tarea útil. Esa tarea nunca debe ser dar vueltas de molino, ó sacar estopa ó cualquiera clase de ocupación inútil, sino que debe ser invariablemente un trabajo útil en sí mismo y adaptado de un modo particular para combatir el vicio especial que se quiere vencer.

Los meros castigos hacen solamente obstinados. Los hombres y las mujeres se vuelven insensibles en las prisiones y pronto adquieren una tétrica indiferencia á una vida de degradación, que en su

influencia reaccionaria sobre la sociedad tiene á la larga un resultado contrario al benéfico. Todos los castigos deben ser educacionales para ser justos, y cuando sean tales, las reformas presidiarias no tardarán en establecerse.

El Señor jamás castiga como castiga el hombre. Aquellos que atribuyen á Dios la bajeza y la pequeñez, tomando semejanza de sus propios móviles erróneos de un gobierno justo, harían bien en considerar el significado profundo de esta sentencia inmortal: «El Amor es el cumplimiento de la Ley». Mientras duren las argucias respecto de la justicia en oposición á la misericordia, es seguro que no se hallará la significación de la equidad.

La caridad es una palabra dulce, y cuando se la toma como equivalente de amor, no hay otra más grande en el diccionario; pero mientras la justicia sea olvidada y exaltada la mal llamada caridad, con detrimento de la significación equitativa, habrá motines, insurrecciones y múltiples gritos contra las leyes que son, hablando en verdad, ilegales y contrarias al mal llamado orden, que no es sino el desorden disfrazado.

Mucho de lo que se llama Anarquía no es una protesta intencional contra la ley y el orden por la parte de las multitudes ultrajadas y hambrientas, las que en su desesperación acuden á la frenética violencia para remediar los males. El grito de esas multitudes es por la justicia contra la injusticia, y si ellas mismas se califican sin ley es porque la única ley que han conocido es la ley de la opresión y la crueldad.

Edna Lyall, uno de los novelistas más religiosos y populares, en su «Nosotros Dos» y otros de sus nobles libros, no vacila en echar mano sin restricción de las «leyes blasfemas». Uno de sus protagonistas se parece bastante á Carlos Bradlaugh en muchos rasgos y no vacila en sacar mucho material para «Nosotros Dos» (una historia patética de un padre y una hija afectuosos) de las célebres discusiones que, en una ocasión, convulsionaron literalmente á la sociedad pensante de Inglaterra, acerca de si un «blasfemo» podía tomar asiento en la Cámara de los Comunes, después de haber sido electo miembro por Northampton por una inmensa mayoría de electores calificados.

Nunca pueden ser acusados de blasfemos los agnósticos, pero Bradlaugh se proclamaba abiertamente un ateo; mas los ateístas honrados no son blasfemos, pues como niegan que exista alguna Divinidad, es imposible que hablen voluntariamente contra el Sér cuya existencia niegan. El ateísmo puede ser la ceguedad y la estulticia, no es la blasfemia. Aquel que nada conoce de Dios y declara con franqueza que el nombre del Sér Supremo no transmite ninguna imagen á su mente, no es en ningún sentido aquel que toma el nombre de Dios en vano; pero aquellos que trafican con el nombre del Todopoderoso y acusan á Dios de crímenes contra el amor y la justicia, que ellos mismos no los cometerían, esos son positivos blasfemos,

El domingo 23 de julio de 1899 muchos púlpitos estallaron con la verdadera declaración de que la infidelidad de Ingersoll fué inducida en gran par-

te por el odio á la teología que le obligaron á estudiar en su infancia, y por las vidas relajadas y groseramente hipócritas de los que se llaman á gritos religiosos.

Como el nombre y la naturaleza significan lo mismo, los que toman el nombre de Dios en vano son los que pecan contra los atributos divinos, sea que ellos los apliquen con el pensamiento á una Persona divina ó no. Amáis la justicia? Amáis el amor? Amáis la verdad? Amáis entonces la justicia y la misericordia combinadas en la equidad. Si lo hacéis así amáis á Dios, ya sea que tengáis ó no una concepción inteligente de Dios en vuestro credo ó declaración de opiniones.

En el Nuevo Testamento se ha dicho mucho acerca de «El nombre que está sobre todos los nombres» y «el nombre por el cual debemos salvarnos».

Si pedimos en el nombre de Jesús, es en el espíritu de aquel que se presentó como el Elevador de la raza humana. Si amáis las cosas divinas, debéis salvaros; amar la verdad y la bondad, es tener la única afección que puede salvar verdaderamente. Las personas no se salvan para el cielo porque se llamen cristianas, ni corren el peligro de condenarse porque estén nominalmente fuera de la comunión cristiana. No es sino un embuste de la superchería sacerdotal exaltar los sacramentos, venerar las ordenaciones y glorificar el *Shibboleth*, de modo que el camino del cielo aparece como un camino de ceremonias y de cantos y no un camino de amor y de bondad.

Quién puede decir que el hombre creyente es

más noble que su hermano que no es creyente? Quién puede afirmar que los que van á la iglesia son más verdaderos que sus prójimos que no van? El hombre mira siempre la apariencia exterior, al paso que Dios penetra los corazones. Nadie está nunca más seguro de lo que su afección íntima le indica; ninguno está más elevado en la vida espiritual que aquellos que poseen un profundo amor á sus semejantes. Afuera con la hipocresía y la ilusión de un credo vacío, que no es sino la pretensión de una nube que no contiene agua para refrescar la sed de la tierra!

Las empresas misionistas son en gran parte far-  
sas; las contribuciones para el trabajo misionero  
decrecen ahora con persistencia, porque los «infie-  
les» están desenmascarando á los «cristianos». Des-  
atendiendo las necesidades que están á vuestra pro-  
pia puerta, queréis ir á irritar al tranquilo indo  
con una invitación á una Iglesia inglesa y al cordero  
asado, cuando él á su manera está mucho más cer-  
cano de Para-Brahm de lo que vosotros podéis estar  
de Adonai ó de Jesús.

Todos no pueden rogar ú orar en la misma len-  
gua. «Algunos llaman evolución lo que otros llaman  
Dios», es una manera de decir del poeta que todos  
los que buscan la verdad están procurando en  
todas partes interpretar los fenómenos de la Natu-  
raleza, que miran con reverencia, según cada cual  
comprende; y nosotros que decimos que Dios está  
obrando en, con y por la evolución, no disputamos  
con el que está deseando buscar y hallar la verdad,

que es tan infinita, que ninguna inteligencia puede obtenerla en su perfección.

Nada hay de dulzura ni de luz en la imprudencia de la mogigatería que es tan agria como tenebrosa. Esos sacerdotes que repiten como papagayos la frase intraducible: «No hay salvación fuera de la santa iglesia universal», están engañando traidoramente al pueblo cuando le insinúan que esa iglesia es la Romana, la Griega, la Anglicana, la Evangélica ó cualquiera otra.

Nadie se salva hasta que entra en la verdadera iglesia universal del Santo Espíritu, que comprende la pura, la elevada, la misericordiosa y llena de amor de todos los climas y naciones. Porque esa es «la iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en los Cielos». Los poderosos relámpagos de la Ley Divina son aterrantes para los que hacen el mal, hasta que los tales cesen de hacerlo y aprendan á obrar el bien; pero esos relámpagos son mal interpretados, pues si alguno los toma como el mal, otros los creen benéficos. Ningún borracho, ladrón, adúltero ó codicioso entra en el reino de los Cielos; pero como todos pueden entrar al fin, debe haber, pues, lo que los hombres llaman infierno, purgatorio, casas de corrección, estados (ya que no lugares) de castigo correccional en este mundo ó en cualquiera otra parte del universo en donde se requiera. Verdaderamente el fuego no se extinguirá mientras haya impurezas, basuras que deban ser quemadas en la boca del Infierno, y en verdad la llama no se apagará hasta que toda partícula de

error y todo vestigio de impureza hayan sido consumidos en ella.

El Sinaí está en el desierto. Sión es la tierra prometida. Mientras estamos en el desierto tenemos á la vista y oímos el sonido del Sinaí, y como Shakespeare nos ha dicho verdaderamente en el inmortal soliloquio de Hamlet: «La conciencia nos hace á todos cobardes». Pero acordaos de la gracia, vosotros viajeros; todos llegaréis á Canaán, y entonces la misma conciencia os hará á todos héroes. El Señor no os tendrá por inculpables mientras toméis su nombre en vano, pero no siempre profanaréis vuestro santuario, no siempre ensuciaréis vuestro templo; algún día llegaréis á estar bajo la letra de esta sentencia: «Bienaventurados son todos aquellos que aman la Ley y se complacen en observar sus preceptos». La práctica común de usar un lenguaje profano, es en muchos un mal hábito adquirido en la calle. Ese hábito es una ofensa contra la decencia y debería ser pronto extinguido, pero no es una blasfemia intencionada. La mera ligereza descuidada de la lengua no es pecado en el corazón; sería cruel é injusto decir que el que tiene la costumbre vulgar de usar un mal lenguaje es un pecador ante los Cielos, cuando no pasa de ser un simplón, que se imagina ser cosa varonil y correcta hacerse el eco de las vulgaridades á la moda en los clubs y escuelas de la aristocracia.

Es un asunto más serio comprometer con ligereza la palabra propia y peor todavía poner á Dios por testigo de una mentira. La cautela y la discreción son siempre necesarias al genuíno valor; na-

die es cobarde porque sea debidamente precavido. Pensar antes de hablar, y mirar antes de proceder es siempre propiedad del hombre valiente; pero cuando se ha firmado una promesa y se ha dado una palabra, aunque hubieseis firmado en vuestro propio perjuicio, sostened vuestra promesa. Es muy tarde para hacerlos atrás.

Cuán maravillosamente se revela Dios en el sistema postal de todos los países civilizados de esta época! Si habéis echado vuestra carta al buzón ya no la podéis sacar. Dios se revela también en el Sinaí de nuestro sistema telegráfico, y en los profundos misterios del cable submarino. Habéis enviado vuestro mensaje y no lo podéis retrotraer. No importa cuantas cartas, telegramas y cables podáis mandar después, no podéis hacer retroceder las palabras confiadas ya al agente-electricidad del Dios omnipotente. Dios está en la chispa eléctrica de hoy y en ninguna parte se revela con más prominencia que en esa misma fuerza que habéis encadenado á vuestros mandatos, á los que ella sirve humildemente pero con magnificencia dentro de los dominios de Dios y no en otros.

Si el agnóstico deja de encontrar á Dios en la Naturaleza, él descubre siquiera una ley que es inmutable. Si la Divinidad no es encontrada por el excéptico honrado, todo científico descubre un orden que es incambiable, no importa qué parte del universo interrogue.

Ingersoll, aunque fué agnóstico, rindió poderosos y elocuentes tributos al Dios desconocido (que á él le pareció sería siempre incognoscible), cuando

proclamaba el Evangelio por su propio credo, y pagó su tributo como abogado reconociendo la inflexibilidad de la Ley de la Naturaleza. El Evangelio está en la Ley, ella es su alma. Sión es el corazón del Sinaí; el Sermón sobre la montaña es el primer Sermón en la Montaña. Allí será siempre exigido ojo por ojo y diente por diente, y mientras el hombre derrame la sangre de su hermano, esa sangre gritará venganza sobre aquel en el terreno mismo que la absorbió. No serán tenidos por inculpables aquellos que se han opuesto al orden irrevocable.

Qué locura hablar de quebrantar la ley! Jamás hubo quebrantadores de la ley, ni los podrá haber nunca, pues todos los que se oponen á la ley son rechazados con éxito por ella; son ellos, no la ley, los que necesitan ser quebrantados.

No tardará mucho tiempo en que muchas voces discordantes que se agitan en el mundo investigador, se mezclarán en una grande armonía, que fué absolutamente imposible en los tiempos pasados, cuando la falta de conocimiento de unos en otros, que nace solamente de las relaciones sociales espontáneas, hizo que las diferencias naturales parecieran desacuerdos. No podemos convenir en el desacuerdo, pero sí debemos convenir en las diferencias. Las cinco grandes razas en que está dividida la familia humana, pueden permanecer tan distintas como los cinco dedos de la mano humana, todos saliendo de la palma, y todos igualmente necesarios para la integridad de todo el miembro.

«No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano», estanto un mensaje para el brahmín y el bud-

dhista, como para el judío y el cristiano. Dios nunca se separa sin dejar un testigo en la conciencia humana. El Dr. James Martineau, el escritor religioso más venerable é intuitivo del siglo XIX, ha hecho un glorioso servicio á la causa de la religión universal, en su libro de crítica severa, con la cual muchos de sus amigos no pudieron simpatizar completamente. En su gran volumen «El Asiento de la Autoridad en Religión», el Dr. Martineau ha manifestado que no hay razón para aceptar la autoridad eclesiástica ó sacerdotal de ninguna clase, la enseñanza de uno de sus magníficos himnos probará qué es lo más verdadero para la humanidad.

Aquel que conozca á Dios y á sí mismo,

Déjesele ir en el silencio,

Que levantando un velo y otro velo

Alcance á lo más profundo de todo!

Qué importa cualquier aspecto geográfico ó cronológico del Sinaí? Qué importa la autenticidad del Pentateuco mosaico desde el punto de vista de Colenso y los últimos críticos?—«No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano», es el mensaje de hoy desde el asiento de la autorizada revelación interna, y el dolor que alcanza á cualquiera prueba que faltó á la voz del espíritu que está dentro de él.

Qué significa la ortodoxia ó heterodoxia verbal? Ortodoxia es vuestra *doxy* (persona querida ó amante) cualquiera que podáis ser y cualquiera cosa que podáis creer; heterodoxia á vuestros ojos es la suma

de opiniones sobre las cuales no os habéis dignado poner el sello de vuestra aprobación personal.

Necesitamos escuchar á Emerson y á todos los otros grandes filósofos que han vuelto de las tablas exteriores de piedra hacia las tablas interiores del espíritu. El alma es su propio testimonio. Ella es, como dijo Emerson, original y solitaria. Ella está madura en la infancia; ella habla con seguro tono aún en aquellos que son insolentemente llamados niños traviesos ó pilletes de la calle. Si creéis en la natural depravación humana ultrajáis al Decálogo, porque la ley no exige que uno cumpla una imposibilidad y la trompeta del Sinaí es para que todo el que la oiga la obedezca.

Los teólogos se han atrevido á decir que Dios da una ley que el hombre no puede cumplir, y que el Hijo muy amado debe cumplirla por los hombres como su sustituto. Esa no es la voz del Sinaí, ni es tampoco la sinfonia de Sión. Desde la montaña santísima suena en dulces acentos la más elevada música celestial: «Siendo Yo levantado en alto llevaré conmigo á toda la humanidad y Creed buen ánimo, porque ha vencido al mundo».

Si la ley debe cumplirse en el amor, entonces todos estamos llamados á cumplirla. Una vista interior más amplia se sigue después de la más pequeña de la edad primera. Los hijos de Israel, «infantes en Cristo» no han oído todavía la voz interior ni han sido capaces de discernir el profundo mensaje. Cuán significativo es el velo que cubría el rostro de Moisés á petición del pueblo; no eran águilas, sino más bien buhos, los miembros de la congregación á la

que tuvo que presentarse Moisés cuando bajó de la montaña, y volvió á emprender su tarea de conducir á una multitud nómada de la servidumbre carnal á la libertad espiritual. Si el Moisés de hoy cubre su rostro es porque vosotros le habéis pedido que lo haga así. Si las revelaciones de hoy son para vosotros oscuras, literales y difíciles es porque no estáis aptos para escuchar la voz que habla desde el cielo con una melodía la más dulce y más profunda.

La señal del profeta Jonás es la única señal que puede darse siempre á una generación mala y adúltera. Todo el libro de Jonás está en el Tercer Mandamiento. No ridiculicemos, como «una vieja historia del pescado», un poema y una parábola y una alegoría viviente, que muestra en todo tiempo las consecuencias de la desobediencia á una visión celestial, y analiza perfectamente los móviles que han conducido á esa desobediencia. No nos riamos de la calvicie de Elías, ni nos burlemos de las dos osas que devoran cuarentidos niños impertinentes. Refos si queréis de lo que os parecen cuentos cómicos de un pasado crédulo, pero considerad que en vez de burlaros de la letra debéis penetrar el espíritu que da vida.

La mola superficial de las correspondencias imaginarias se convierte á la larga en diatriba suscitada contra una cáscara de nuez como artículo alimenticio. Todos nosotros necesitamos tenacillas rompenueces, sin las cuales no podemos leer ninguna Biblia. La almendra que está dentro de la nuez es para nuestra nutrición; cuando comemos la deliciosa almendra de las nueces, no sentimos disposi-

ción para burlarnos de las cáscaras que sirvieron para conservar sana la nuez. «Sé verdadero para tí mismo». Shakespeare es un gran comentador. Seamos todos obedientes á la voz interior; sigamos la luz interna y no andaremos jamás en las tinieblas.

Si necesitamos del trueno, oiremos el trueno, mas si estamos en condición de oír los cuchicheos celestiales alcanzaremos á percibir esas tenues voces. El Señor no está en la tempestad, pero el fiero huracán y la llama devoradora forman el camino recto para la aproximación á la Verdad, que siempre viene á nosotros á proporción que nos hacemos aptos para recibirla.



## Conferencia V

---

### El Cuarto Mandamiento

---

ACORDAOS DE SANTIFICAR  
EL DÍA DEL SÁBADO.

La sentencia del Cuarto Mandamiento ya citado, aunque con frecuencia parece que constituye todo el precepto, es en realidad la séptima parte del mandamiento, que también dice: «Seis días trabajarás y harás todo tu trabajo». Los seis séptimos de este precepto se refieren á lo que llamamos trabajo, y un séptimo á lo que decimos descanso. El trabajo y el descanso están entrelazados tan inextricablemente en la trama y la urdimbre de las cosas, que el gran problema por resolver es cómo se les ha de combinar para que aprendamos á trabajar descansadamente y á descansar de un modo activo.

El primer capítulo del Génesis contiene la declaración de que Dios es un santificador del Sábado, trabajando durante seis días y gozando de un periodo de descanso. Se ha amontonado sobre esto un innecesario ridículo por aquellos cuyas críticas de la

Biblia están limitadas al texto literal únicamente, sin que hayan comprendido en absoluto dicho texto.

El trabajo y el descanso están comprendidos á la vez en el plano del mundo y en el orden del universo. Dios no nos pide que hagamos lo que El mismo no ha hecho; ésta es una hermosa deducción, y esto estuvo indudablemente en el pensamiento de Moisés y de otros escribas que mucho antes que Ezra escribieron por partes el material del cual se hizo gradualmente el Pentateuco.

«Acordaos» es una palabra que sugiere inmediatamente la reminiscencia. La ley del Sábado es más antigua que el capítulo veinte del Exodo. La observancia del Sábado es mucho más antigua que el periodo personal de Moisés, que anunció á los Israelitas en el desierto de Arabia la Ley que él declaró no la había inventado ni formulado, sino que la hacía pública únicamente. Con frecuencia se describe al genio como el que piensa los pensamientos de Dios. El talento común es sólo imitativo, al paso que el genio es original y creativo, y, aunque nada hay nuevo bajo el sol, hay muchas revelaciones que son nuevas y otras que son viejas para el pueblo á quien se dirigen esas revelaciones particularmente.

El Decálogo no es de ningún modo una serie de novedades ó de proposiciones puramente originales y como este hecho es muy conocido para todos los que se han dedicado á los estudios históricos, no hay nada de sorprendente ó de revolucionario en esa afirmación, aún cuando sea hecha por aquellos que dan la razón para modelar la fe del pueblo en los Diez Mandamientos como una revelación divina.

La ley divina se dirige á toda la naturaleza humana. El cuerpo y el alma son compañeros de yugo; el cuidado del uno es esencial para el bienestar del otro. En esto consiste la verdad esencial de los metafísicos, quienes, aunque separados completamente en el conjunto de proposiciones improbables, de que están rodeadas las verdades metafísicas, la toman como un evangelio de buenas nuevas adaptado á todo ramo de la vida y actividad humanas. La amplitud comprensiva de la ley del Sábado se ve claramente en su aplicación igual á los seres humanos, á los animales y aún á la tierra.

El partidario estrecho del Sábado que ha hecho del día santo el reverso de lo que debe ser y condena á los niños á los rigores de una observancia desagradable, difícil, puritana y de la cual se han disgustado las muchedumbres en estos últimos tiempos, es en gran parte responsable de la protesta contra la observancia del Sábado que se ha suscitado ferozmente en algunas partes, dando lugar á la no observancia del descanso semanal, protesta que está contribuyendo á desórdenes de toda clase.

Si la ley original del Sábado se hubiese referido únicamente á ejercicios religiosos, no debió ser obligatoria, como lo fué, aun para los animales, que jamás necesitaron ir á ningún lugar de adoración ó mezclarse en ejercicios de devoción, ni debió obligar al agricultor para hacer producir á la tierra por seis años y dejarla descansar en el séptimo año.

Al tratarse de la creación del mundo por Dios, en vez de querer sostener la teoría de los seis días de trabajo creativo, días de veinticuatro horas cada

uno, el hecho de que hay seis años durante los cuales la tierra debe producir y ser puesta en descanso en el séptimo año, manifiesta que días tan cortos, como hemos estado acostumbrados á reconocer, no tienen relación alguna con el orden de la creación; pero el misterio y la significación del número siete son citados en todas partes.

La psicología y la fisiología están completamente de acuerdo en esta enseñanza. Un día de descanso en cada semana es mental y físicamente benéfico para todo aquel que sabe aprovecharlo; por consiguiente, en interés del alma y del cuerpo humanos, estamos prontos á defender la observancia ó descanso del Sábado, en una forma racional, en la tribuna de cualquiera Sociedad Secular, en la cátedra de la Ciencia de cualquiera parte del mundo.

La religión no es algo que está separado ó alejado de los intereses materiales de la humanidad, por consiguiente, en el Pentateuco se da mucha atención á las reglas dietéticas y á todo lo concerniente á la limpieza. Aquellos cristianos que están particularmente ansiosos de rechazar el Judaísmo, tanto en la letra como en el espíritu, van hasta los extremos absurdos de citar de los preceptos del Evangelio aquello que de ningún modo se relaciona con la esencia de la legislación Mosaica.

En todo asunto hay siempre dos lados, el interno y el externo, y este último nunca puede ser de la misma importancia que el interno. «Las manos limpias y el corazón puro», tomados literalmente no pueden ser de igual valor; por consiguiente, Jesús dijo á sus discípulos que no era la suciedad física de

las manos la que constituya la contaminación de aquellos que estaban manchados, sino la injusticia que ellos practicaban en conexión con sus industrias manuales. En el sentido esotérico de la enseñanza de la Ley, el estar culpado de suciedad de las manos es el emplear esos miembros en trabajos no honrados ó en hechos de injusticia. Al mismo tiempo, los fisiólogos de hoy nos dicen que es esencial á la salud coger los alimentos con las manos limpias y tener limpieza en los enseres de cocina, porque la suciedad, los microbios y las enfermedades son inseparables.

Todo el Torah está lleno de prescripciones legislativas que conciernen espiritualmente á la vida íntima del alma, al mismo tiempo que tratan extensamente sobre las reglas higiénicas, que aseguren el confort y el bienestar humanos.

La ley del Sábado no es una cuestión muerta; ella constituye una de las cuestiones más palpitantes del día, y en lugar de estar cayendo en desuso está sirviendo como el más prominente factor en la legislación actual. Veamos lo que realmente aconseja el Cuarto Mandamiento á este respecto. Nada dice él del templo, de la iglesia ó de la Sinagoga ni de ningún rito devocional. En su sencillez majestuosa dice: «No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que está dentro de tus puertas».

He aquí una estricta legislación que prohíbe la exigencia indebida de una suma de trabajo, ni de los sirvientes, ni de los animales. La palabra de Dios es la verdad; cualquiera que descubre la verdad habla

la palabra de Dios. Cualquiera cosa que conduce al bienestar humano es la voluntad de Dios concerniente á la misma humanidad. Las leyes del cielo no se han dado para que sean molestas ó indebidamente restrictivas de la libertad humana; ellas han sido puestas como faros que podamos ver en nuestro camino hacia el puerto de la salud y de la felicidad, por las cuales todos estamos ansiando, apesar de que nuestra ignorancia nos ha extraviado del camino que conduce á ellas.

Para comprender la institución del Sábado necesitamos tomar la significación de las palabras de Jesús: «El Sábado fué hecho para el hombre y no el hombre para el Sábado». Hubo en Judea, hace dos mil años, partidarios del Sábado tan exajerados en su literalismo que discutían entonces en sus graves asambleas el asunto, para nosotros ridículo, de si era legal comer un huevo al siguiente día si la gallina lo había puesto durante el Sagrado Sábado.

El Nuevo Testamento contiene una respuesta filosófica á esos extremistas que habían exaltado el Midrash y otros comentarios empíricos sobre la Ley muy por encima del texto del mismo Pentateuco; por consiguiente, sin algún conocimiento del Talmud, su contenido y su origen, el comentador del Nuevo Testamento está muy expuesto á formar una errónea explicación de él.

Los discípulos de Jesús violaron muchas prescripciones rabínicas, entre las cuales las más se referían al Sábado, y varias de ellas están en boga entre los estrictos judíos ortodoxos de la actualidad.

Innumerables tradiciones han obstruído tanto la

Ley original, que es casi imposible poder coger algunos destellos de la pureza de los antiguos preceptos á través de una inmensa cantidad de ordenanzas estrictamente obligatorias. Todos los grandes conjuntos de leyes están sujetos á transformarse con el tiempo, y en ningún caso podemos encontrar un ejemplo más palpable de las subsiguientes falsificaciones y adulteraciones del espíritu de un original, que en el actual gobierno de los Estados Unidos de América, cuando lo comparamos con aquellos dos instrumentos legales, maravillosamente ordenados, que constituyen el fundamento de la administración americana: la Constitución de los Estados Unidos y la Declaración de la Independencia.

Hablando socialmente acerca del Cuarto Mandamiento, podemos insistir en que la fisiología apoya al Decálogo. Moisés fué un antropólogo del más alto rango, un hombre que conocía lo que era bueno para la salud de un pueblo, aún cuando no hubiese tenido un especial auxilio divino ó una inspiración venida del cielo. Un anciano sabio y precavido siempre insiste sobre la observancia de las reglas de la higiene, que son esenciales para el bienestar del pueblo que está tratando de llevar de la esclavitud á la libertad, sea cual fuere la forma particular de esa esclavitud; y como la salud y la moral siempre van juntas, no es sino un especioso sofisma el tratar de separarlas. Un competente código de moral debe contener prescripciones adecuadas tanto para la salud del cuerpo como para la gafa del bienestar espiritual.

El espíritu de hoy, el genio moderno, está reclamando á gritos por horas más cortas de trabajo, más

altos salarios y más días de descanso para el pueblo. América está adelantando grandemente á consecuencia de la preferente atención que está dando á las razonables demandas que hacen las multitudes trabajadoras, para que sean tratadas como seres humanos en todo el sentido de la palabra, no meramente como «manos de fábrica», ó piezas automáticas de maquinarias vivientes, como si no tuviesen sensibilidad ni inteligencia.

El mejor tratamiento para los animales, reclamado en todas partes, es otro signo de la avanzada civilización de la época, y es en extremo interesante notar que las medidas humanitarias adoptadas hoy están de perfecto acuerdo con los nobles preceptos que se hallan en los antiguos libros de legislación. Nadie puede trabajar incesantemente semana tras semana sin recibir el castigo en su degeneración mental y física, y es seguramente un fracaso económico hacer trabajar innecesariamente la parte esencial de una maquinaria, más allá de los límites á que llegan sus energías. La gran bendición de un día de descanso y recreo públicos es la que suspende los chirridos y zumbidos de las maquinarias, y da al pueblo *en masa* una oportunidad para gozar en común del descanso.

Apoyamos completamente á los judíos concienzudos, los partidarios del Séptimo día, y á todos los demás que insisten en que tienen derecho al descanso del Sábado y á trabajar el domingo, porque creen que Dios mandó que se guardase el séptimo día de la semana y no el primero; pero es ciertamente deseable en interés de los nervios del público en general

que se haga todo lo posible por guardar completamente en descanso un día de los siete de la semana.

En una población judía, ó en cualquier distrito en que la mayoría de los ciudadanos desea guardar el séptimo día más bien que el primero, el mandato debería hacerse por su conveniencia; pero en los vecindarios donde la gran mayoría opta por guardar el primer día de la semana, aquellos que guardan el séptimo deberían retirarse del trabajo y de los negocios en el primer día, para no interrumpir el reposo de los más.

Es indiferente para la salud y la moral que sea el sábado ó el domingo ó cualquier otro día de la semana el de descanso, pues un día de reposo y de recreo en cada semana es el desideratum psico-fisiológico. La observancia del Sábado no necesita incluir determinadas ceremonias religiosas: tranquilas y agradables giras ó excursiones recreativas y saludables no están propiamente clasificadas como un quebrantamiento del Sábado.

El descanso es lo que el trabajador necesita, y como el reposo no es la ociosidad, no es fácil responder desde luego á cualquiera pregunta respecto de la manera de observar el Sábado según el temperamento de cada cual.

La gente que va á la iglesia cuenta entre los suyos á los que descansan y no descansan, porque lo que es descanso para una persona no lo es para otra de distinto temperamento y opuestas necesidades.

Para algunas personas dos asistencias ó dos servicios de la iglesia constituirán medios de descanso y de satisfacción, al paso que para otros miem-

bros de la misma familia la principal bendición del Sábado consiste en la oportunidad de poder quedarse en la cama por la mañana, y el resto del día pasarlo tranquilamente en casa ó dar un paseo al aire libre.

Una señorita amiga mía, empleada como diestra taquígrafa y escritora de máquina en una oficina pública, declara que goza en absoluto del descanso del Domingo, aunque es cantora en una iglesia y profesora en una escuela dominical. Esta señorita va á su clase á las 9'50 de la mañana, é inmediatamente de concluída dicha clase entra en su iglesia á ocupar su puesto en el coro para el servicio de las 11. A las 2'50 de la tarde vuelve á su clase de Biblia en la escuela, y á las 7 otra vez al coro de la iglesia en el servicio de la noche. He aquí su activa, no pasiva, participación en cuatro servicios públicos en el mismo día, y sin embargo, es para ella un día de perfecto descanso y de grata tranquilidad.

Parece difícil, á primera vista, considerar cómo se concilia tal ocupación con la obediencia á la letra del mandamiento que dice: «No harás ningún trabajo», y si se arguye que el trabajo en ese sentido significa sólo aquel por el cual se recibe una justa compensación, entonces todos los ministros judíos y cristianos y cantores profesionales, que reciben sus sueldos por los servicios prestados en los Sábados ó los Domingos, están bajo condenación.

Para el judío conservador, que no tiene una puerta de escape como el cristiano, que dice que Cristo puso á un lado la letra de la ley de Moisés, los servicios de la Sinagoga y festivales en los Sábados que dan ocupación á cantores profesionales y

á predicadores pagados, deben ofrecerles un enigma, á menos que el «mar del Talmud» contenga explicaciones detalladas de cómo dicho trabajo es compatible con la ninguna clase de trabajo. Nosotros podemos ver una insinuación explicativa si la cuestión técnica se plantea entre trabajo y labor, y también si se hace una distinción con los casuistas entre ocupación necesaria é innecesaria; pero mientras no dejemos todo apego á la letra y respiremos libremente el espíritu de los Mandamientos, tenemos que recurrir á las confusas sofisterías y con frecuencia vernos cogidos en las redes de nuestra propia casuística.

Es menester descubrir el espíritu de la ley del Sábado, y ese espíritu es el de la más gloriosa libertad. El Sábado no es una prohibición, sino un privilegio; no es una carga, sino un alivio de ella; no es una deuda que el hombre debe á su Creador, sino un mandato para su propio bienestar. La monotonía del trabajo es lo que constituye su más grande carga, y diga el ignorante y el iluso lo que quieran, el descanso periódico conduce á que se refresque el cerebro y á la mayor eficacia en la ejecución mecánica.

Siempre que permanecemos por largo tiempo consagrados á cualquiera ocupación, ésta se vuelve pesada y nosotros incapaces de su mejor ejecución. El trabajo del día lunes es el mejor trabajo de toda la semana, lo mismo que todo el que se sigue á un día feriado, con tal que dicho día de descanso se haya pasado razonablemente.

Nuestras protestas contra la violación del Sáb-

do, no comienzan ni acaban de modo alguno por la condenación de esa ilegalidad, sino porque conduce á la violación de la santidad atribuída á ese día. El día que sigue al de descanso es el día de prueba. Cómo os sentís después de vuestro día de descanso? Estáis bien dispuestos para el trabajo á que debéis dedicaros con toda voluntad, con alegre disposición, con mano firme, con seguro nervio y vista más penetrante á causa de haber descansado el Sábado? Para muchos trabajadores de las grandes ciudades un paseo por el campo ó por la orilla del mar, es mucho mejor que el confinamiento en casas llenas de gente.

No siempre estamos con humor para oír himnos y sermones; no siempre necesitamos conferencias sobre moral y exposición de la Biblia. La naturaleza con su dulce manera de libertad habla á Thoreau y á muchos otros poetas-artistas como ninguna iglesia ó capilla les habló nunca. Wordsworth nunca pudo ser inspirado desde los asientos y el púlpito de una iglesia para escribir sus dulcísimos sonetos. Todas las cosas tienen su uso, su lugar, su tiempo, pero ninguna cosa debe ser tan exaltada hasta hacer menospreciar cualquiera otra que tenga por lo menos el mismo valor.

El Decálogo es sintético. El dice: «Tú descansarás», y debes descubrir por tí mismo la mejor manera de hacerlo, sin forzar tus reglas de descanso sobre tus semejantes. Para algunas personas el ir á la iglesia es una moda, una costumbre trivial, para otras es un deber molesto que se les exige, no tanto por Dios, como por el «qué dirán». La asistencia á la iglesia, que á lo más significa el ponerse el ves-

tido de las fiestas, es en los nueve décimos una costumbre por imitación y más apropiada para apagar que para alentar las aspiraciones espirituales. Un Sábado para ser tal debe ser un día de propio descanso y de alegría, de modo que al terminar ese día uno pueda cantar, lleno de esperanza en mejores tiempos y situaciones:

«Donde las congregaciones nunca cesan,  
Ni los Sábados tienen fin»,

afirmación que con frecuencia ha transmitido á las inteligencias infantiles una visión de terror en vez de deleite, cuando se usa para indicar una perspectiva de vida en las condiciones eternas del universo espiritual.

Aunque la ley del Sábado de los antiguos judíos fué una prescripción elemental para el bienestar humano, y contenía en sí la semilla de una lejana y más elevada civilización que la de los nómadas, para quienes la tradición dice que fué presentada por Moisés como uno de los más altos Mandamientos, sería una interpretación muy pobre del espíritu del Cuarto Mandamiento, que comenzara y terminara con la disertación relativa á la observancia literal del Sábado.

Los intereses de la agricultura están ampliamente protegidos por el año sabático, tanto como el bienestar personal y animal está resguardado por el descanso semanal; pero el «séptimo día» asoma á la distancia ante nosotros en su profunda significación como el estado que será el nuestro cuando estemos

completamente regenerados. Las obras del alma por medio de los seis días ó periodos marchan hacia una conciencia perfeccionada de lo que está dentro de ella. Estas seis etapas de desarrollo evolucionario se terminan en el séptimo periodo, cuando el Cristo interior aparece como el Señor del séptimo día. En ese punto la historia es enteramente trascendental, y el filósofo místico más bien que el historiador debe exponer su parábola y dar á la multitud espectante la íntima significación de la ley del Sábado. Es á Jacobo Boehme y á todos esos filósofos divinamente inspirados, más bien que á los literatos y legistas, que debemos acudir por las enseñanzas más benéficas de regeneración. El tercer capítulo del cuarto evangelio recuerda que Jesús dijo á Nicodemus: «Tú eres maestro en Israel, y no sabes estas cosas?» durante un sublime discurso acerca del segundo nacimiento, nacimiento de lo superior que está dentro, lo que significa el discernimiento de las realidades espirituales.

No hemos nacido en total depravación, sino dentro de un medio ambiente material que, como Wordsworth nos dice poéticamente en su «Oda á la Inmortalidad», priva al niño en desarrollo de poder gozar los continuos destellos de ese cielo que «nos rodea en nuestra infancia».

Mientras continuemos consagrados exclusivamente á las cosas del mundo material, no nos cuidaremos de nuestros tesoros espirituales interiores, y permaneceremos simplemente inconscientes de nuestra herencia celestial. Somos hijos de Dios, y sin embargo, no le conocemos. La conversión (del latín

*convertere*, dar una vuelta), es poner el rostro en una nueva dirección. Es el paso que nos conduce á la vida regenerada, á una nueva concepción que debe seguirse como consecuencia lógica de una nueva gestación, un nuevo nacimiento, una nueva infancia, una nueva adolescencia y acaso una nueva madurez. Esta es la nueva virilidad espiritual cuando «el Cristo interior, la esperanza de gloria», serán revelados exteriormente, y estaremos entonces cara á cara con las realidades eternas, como las águilas fijando su vista en el sol, y no como los murciélagos y los buhos, cerrando los ojos como los Hijos de Israel cuando Moisés, á petición del pueblo, se vió obligado á cubrirse la cara á causa de su gran brillantez cuando bajó de la Montaña.

Al emitir estos conceptos, no adquirimos una idea de la «semana» de regeneración, sus seis días de trabajo y su Sábado de deleite al final? Veamos cómo se forma la escala de los colores del Iris prometido ó la señal de Dios, pues esos colores son los tipos de nuestras propias experiencias internas. He aquí una escala séptupla, á la vez natural y espiritual, exotérica y esotérica, que es digna de una atenta consideración:

- Primer Día.—Nota A.—*Color Rojo.*  
Periodo de Conversión ó Nueva Concepción.
- Segundo Día.—Nota B.—*Color Anaranjado.*  
Periodo de Nueva Gestación.
- Tercer Día.—Nota C.—*Color Amarillo.*  
Periodo de Nuevo Nacimiento.
- Cuarto Día.—Nota D.—*Color Verde.*  
Periodo de Nueva Infancia.
- Quinto Día.—Nota E.—*Color Azul.*  
Periodo de Nueva Puericia.
- Sexto Día.—Nota F.—*Color Indigo.*  
Periodo de Nueva Adolescencia ó Pubertad Espiritual.
- Séptimo Día.—Nota G.—*Color Violeta.*  
Periodo de Nueva Madurez.

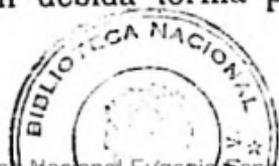
La escala de siete está tan universalmente manifiesta en la Naturaleza que es imposible para cualquier observador inteligente de los fenómenos naturales ignorar el significado de este notable numeral. El libro más admirable de la Biblia, el Apocalipsis ó Revelación que da tanta importancia al siete, es seguramente un documento masónico, cuya significación íntima de sus jeroglíficos pueden sólo penetrar los iniciados en los profundos misterios de la Masonería.

Los siete espíritus de Dios, los siete candeleros de oro, los siete sellos del libro sagrado, que sólo el Cordero puede romper, estas y otras referencias al número siete con la afirmación de que el número

de la Bestia es 666 (denotando la deficiencia física, intelectual y moral), y las muchas referencias al número doce y sus múltiplos, convencen claramente al estudiante esotérico que el autor de ese asombroso documento fué un profundo matemático inspirado espiritualmente, uno que respondía extrañamente al gran dicho de Platón: «la geometría de Dios».

El Cuarto Mandamiento se desarrolla sobre nosotros y abre ante nuestra visión admirada innumerables aspectos, á través de los cuales ningún ojo finito puede penetrar. Comenzamos con un día de descanso una vez á la semana, en el que el ganado y los sirvientes y los niños deben gozar de reposo, y se nos pregunta desde luego el significado del arco-iris de Dios que todas las almas deben cruzar para llegar al Valhalla, el paraíso mitológico de Escandinavia.

Sin duda alguna cuando lleguemos á santificar nuestro Sábado interior y místico y á comprender experimentalmente la significación de nuestra propia regeneración, ya no necesitaremos de aquellas instituciones exteriores, que todavía son necesarias para nuestro bienestar. Pero no se imagine ningún iconoclasta que el camino de la Naturaleza es de destrucción y demolición. No podemos poner en libertad á las aves rompiendo las cáscaras de los huevos, ni emancipar á las mariposas desgarrando los capullos ó las crisálidas de que cada cual debe salir á su manera, por desgaste; ni podemos nosotros mismos alcanzar al más alto orden de la sociedad violentando la letra de un mandamiento, cuyo significado íntimo está en debida forma para indicar su



realidad interior, cuando estamos aptos para lecciones más elevadas que aquellas que nuestra infancia nos permite apreciar.

Las leyes severas, con las que el texto del Levítico rodea las observancias del Sábado, no forman parte ciertamente del precepto del Sinaí. Multiplicadas tradiciones «han hecho la ley de ningún efecto», pues todas esas minuciosas prescripciones legislativas no han sido otra cosa que acomodamientos á las debilidades humanas y á la «dureza del corazón».

Lapidar á un hombre porque lleva piedras en día de Sábado es tan mandamiento divino como aquel de matar á pedradas á una mujer adúltera. La conducta de Jesús con María de Magdala ha debido resolver para siempre la controversia literal en los círculos cristianos profesionales. Las piedras y las rocas tienen una profunda significación interior, pero el legalista superficial no tiene ojos para la belleza de una comparación, ni tiene oídos para la música de un inspirado poema, y así arroja una piedra literal á la cabeza de un ofensor, y mientras se ocupa en esa desapiadada tarea se persuade de que está haciendo un servicio á Dios.

Jesús no tiene una palabra de aprobación ni una sílaba de excusa para aquellos perseguidores implacables que han blasfemado el nombre del Todopoderoso, atrayendo la venganza sobre las cabezas de todos los que se atreven á diferir de ellos siquiera en el asunto de la pronunciación de ciertas palabras como *shibboleth* ó *sibboleth*, sobre cuyas controver-

sias se encolerizaban tumultuosamente los fanáticos de la antigüedad.

Qué dice el Evangelio acerca de la ley del Sábado? Los discípulos de Jesús cometieron algunos actos ilegales al parecer y por los cuales su Maestro rehusó el reprenderles. Su aseveración, sublime en su magnifiscente precisión: «El Sábado fué hecho para el hombre y no el hombre para el Sábado» cierra el paso á toda discusión. Si la gente tiene hambre tiene derecho de comer, y hasta el pan-ácimo del templo no es bastante sagrado, aún cuando es la parte del sacerdote, porque el ideal en Israel siempre fué el ser «una nación de sacerdotes»; así pues, una nación sacerdotal y á la vez sin sacerdotes será el orgullo de Israel cuando llegue á serlo.

Tan singularmente obran los cumplimientos como las desapariciones. El día en que todos los ciudadanos estén educados, ya no habrá una clase educada. La alta casta brahmánica dejará de ser reconocida cuando todos los hombres estén igualmente ilustrados. El día del Señor dejará de ser una séptima porción de tiempo cuando todo el tiempo esté consagrado enteramente á un servicio de amor y de dulzura. En el estado de la Nueva Jerusalém no habrá lugares especiales santificados, porque toda la tierra será santificada. Los oasis dejarán de ser lugares notables cuando toda la región, que antes fué un desierto, florecerá con las lilas y las rosas.

El día santificado, como un día que hace contraste con los seis que no lo son, no será ya distinguido de los demás cuando venga la Edad de Oro y se cumplan completamente las profecías mesiánicas.

El día del descanso semanal es á la vez una concepción á la debilidad mortal y una escala entre la tierra y el cielo, por medio de la cual las masas trabajadoras de la humanidad, puedan acercarse, escalón por escalón, á la cima donde el trabajo y el descanso se habrán hecho sinónimos.

La institución del Sábado sugiere el descanso del trabajo, un paseo al aire libre, un descanso en el tiempo, una oportunidad para dedicarse mejor al hogar y al jardín, á la lectura escogida, al arte superior y á todo lo que eleva nuestros pensamientos sobre la vulgaridad.

Cuán grandes oportunidades se pierden los domingos! En la estación del verano las multitudes visitan los parques y las playas del mar, y se divierten sobre los prados y bajo la apacible sombra de los árboles; pero durante el invierno, cuando el clima en muchos distritos prohíbe en absoluto las recreaciones al aire libre, las horas del Sábado ó Domingo son con frecuencia desperdiciadas ó peor que desperdiciadas. Los servicios religiosos deberían ser agradables y que inspirasen, todos los sermones deberían dar aliento y esperanzas á los trabajadores que necesitan alivio y no reprensiones. La vida del hogar en todos los días de fiesta debe ser especialmente agradable, tranquila, pintoresca, alegre y todo lo que sea necesario para hacer del «hogar, el dulce hogar», algo más prácticamente real que la hermosa frase de una balada sentimental.

Para los niños el domingo debería ser el día más brillante y bello de la semana. No se les debe prohibir sus juguetes, sus libros de pinturas no deben

estar en entredicho, sus muñecas nunca deben ser desterradas con pretexto del mandato. Al mismo tiempo la principal mira de los que dirigen el hogar, debería ser entretejer el hilo de oro de la instrucción moral con algo que divierta y deleite á los juveniles miembros de la familia; esa instrucción religiosa será así más agradablemente insinuada que separada abruptamente de la masa común de instrucción diaria.

Un día reservado de los siete será únicamente una tregua en el curso ordinario del trabajo y de los negocios; ni libros de cuentas, ni mayores, ni libros de la escuela no deben tener lugar en el día de vacación. Los periódicos del domingo son de dudoso beneficio. Esos excelentes periódicos del sábado por la tarde como el *Boston Transcript* y muchos otros que podrían ser citados, contienen mucho material apropiado para lectura del domingo, y aún todos los periódicos del domingo contienen mucho material útil y de entretenimiento.

Pero lo que se necesita más que cualquiera otra cosa para el pueblo trabajador—y entonces no habría ociosos—son recreaciones, cambio de ocupación y de pensamientos y esto no queda asegurado en los días de fiesta, si de algún modo se introduce en ellos lo que concierne al trabajo ó las empresas comunes de todos los días.

Durante la Revolución Francesa se trató de reservar un día de cada diez como periodo de descanso, hace de esto más de un siglo, y sabemos que esa división del tiempo fué un fiasco. Llamadnos conservadores, si queréis, pero en esta época neurótica

nos atrevemos á levantar nuestra voz y pedir á gritos una mejor observancia del precepto. No queremos nada dictatorial acerca de ir á la iglesia, leer la Biblia ó ejercicios devocionales de cualquiera clase, porque dejamos á la completa persuasión de cada cual que juzgue en su propia mente de los distintos aspectos religiosos ó teológicos de la observancia, pero sí deseamos que se oigan los claros sonidos de la trompeta que ahora suenan desde el Sinaí de la higiene: «tú descansarás».

El descanso significa la salvación del cerebro y del cuerpo, mejor aptitud para volver al noble servicio de la generalidad dónde quiera y cómo quiera esté situada. El descanso, no la ociosidad, no la estagnación, sino la recreación; la liberación moral, mental y física de la incesante fatiga de los negocios y de la servidumbre doméstica es la más urgente necesidad de hoy.

Guardad el día de descanso de la mejor manera que os parezca, pero en cualquiera cosa que hagáis ó dejéis de hacer en un día de cada siete, que el descanso sea la nota sobresaliente, y entonces en los otros seis días será vuestra actividad más sana, más noble y más feliz.



## Conferencia VI

---

### El Quinto Mandamiento

---

HONRA Á TU PADRE  
Y Á TU MADRE.

En este Mandamiento tenemos el testimonio más positivo que se encuentra, en la literatura antigua, de la idea divina sobre la perfecta igualdad del hombre y de la mujer. La historia de la creación en el primer capítulo del Génesis nos habla de la Paternidad y la Maternidad de Dios, y aquí en la mitad del Decálogo tenemos un sencillo mandato de dar igual honor á nuestro padre que á nuestra madre.

Aunque los predicadores se han opuesto con frecuencia á todas las tentativas de igualdad política de los dos sexos, como muestra de lealtad á la Biblia, y aquellos que nunca pierden la ocasión de atacar al venerable Libro, se han unido en la perniciosa afirmación de que la Biblia enseña la desigualdad de los sexos, pedimos á cualquier lector que pueda ser novicio en teología que haga la más obvia interpre-

tación del Génesis I, 26, 27, 28, antes de pasar á una ulterior consideración sobre el texto del Exodo.

Tomad alguna de las Biblias antiguas y quitad el primer capítulo del Génesis, que termina propiamente en el primer versículo del segundo capítulo; entonces pedid á vuestros hijos, uno por uno, que os den sus ideas de lo que esta historia enseña respecto de la posición de los sexos. Muchos comienzan tontamente el estudio de la historia humana desde el segundo capítulo del Génesis, ignorando totalmente el primer capítulo; por consiguiente, su etnología y su teología son igualmente deficientes.

Qué pensáis que significan estas palabras en el primer capítulo del primer libro del Pentateuco? «Así Dios crió al hombre (el género humano) á Su imagen, á la imagen de Dios les creó; macho y hembra les creó. Y Dios les bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sometedla, y tened dominio sobre los peces del mar, y sobre el ave del aire, y sobre toda cosa viviente que se mueve sobre la tierra». Tal es el texto de la versión bien conocida de la Biblia del Rey Jacobo, de la cual han sido tomados los más de los pasajes usados para dar fuerza al ridículo y odioso dogma de que la mujer fué un pensamiento posterior de Dios, y creada como un mero apéndice de la mitad masculina de la humanidad.

La Biblia no es responsable de la brutalidad que venera indebidamente al hombre y amontona desprecio sobre la mujer, y no sienta bien á aquellos que pasan por sabios repetir los necios disparates, las citas erróneas y malas versiones de esos ciegos

obstruccionistas, que leen su propia estupidez en los textos bíblicos, dejando de estudiar el Pentateuco como una narración continuada.

No digáis nada acerca de Adán y Eva, de la serpiente y otros caracteres del Edén alegórico, hasta que hayais leído y comprendido en lo posible la narración precedente, que declara que la humanidad es á la imagen de Elohím y que tanto «Ish» como «Isha» proceden del *fiat* creativo de la Divinidad.

Dios es nuestro padre y nuestra madre; todos nosotros somos hermanos y hermanas. El dolor vendrá á nosotros si eclipsamos la divina maternidad y pecamos contra el Santo Espíritu, la Theosophía, el Divino Femenino. La concepción original de la Trinidad ha sido completamente oscurecida por los teólogos cristianos que han desechado la maternidad divina. Dios es nuestro Padre y nuestra Madre; el Logos es la Descendencia Divina.

*Padre, Madre é Hijo*, son los mejores términos con que puede revelarse á la conciencia humana la triple expresión de una sola Divinidad. Dios es nuestra Paternidad. Todos tenemos una vida, todos somos participantes de una munífica liberalidad; vivimos, nos movemos y tenemos nuestro sér en un universo gobernado por una ley que da siempre la evidencia de un orden inmutable.

Si se nos pide que cite mos un solo texto del Antiguo Testamento, aparte del muy disputado capítulo primero del Génesis, que próclame la dignidad igual del hombre y de la mujer, no vacilaremos en contestar: «Honra á tu padre y á tu madre». No se exige mayor honor para el uno que para la otra.

Qué se dirá de esos ciegos que guían á otros ciegos, que, vestidos de sus ropas sacerdotales y de los negros hábitos de su ministerio profesional, dicen á sus extraviadas congregaciones que Dios es nuestro padre, pero no nuestra madre? A todos ellos se les puede preguntar: Dónde están vuestras pruebas de la superior santidad del hombre? A todos esos maestros descarriados les decimos solamente: presentad vuestras pruebas. Oh, hombres de entendimiento oscurecido y de palabras extraviadas! Por qué ultrajáis al femenino divino afirmando que vuestros padres son más puros que vuestras madres, vuestros hermanos más castos que vuestras hermanas, vuestros hijos más justos que vuestras hijas?

Este es ciertamente un asunto moderno, que el Sinaí ya resolvió—como lo hizo con muchos otros problemas con los que estamos ahora luchando cuerpo á cuerpo—miles de años antes que la presente generación de hombres y mujeres viniese al escenario de la vida terrestre. Asuntos que se están resolviendo por sí mismos, como el importante problema de la vida humana, su objeto y su destino.

Cuando los hijos de Israel saltan de Egipto, debieron tener el auxilio de María, la hermana de Moisés, de otro modo no se habrían libertado; es su canto el que les estimula en el tiempo más difícil para ellos, les inspira nueva esperanza y les infunde valor cuando su espíritu estaba casi por desfallecer. El nombre de María significa resistencia, y la crónica nos dice que María se opuso en una ocasión á Moisés y fué castigada con la lepra; pero, aunque ella erró al disputar con su hermano, el pueblo no

quiso continuar hasta que la salud de María se restableciese y se uniese su fuerza á la de su hermano, á quien ella respetaba, aunque por un poco de tiempo habfa resistido á sus sabios consejos.

Dios no respeta personas. Si un hombre peca, ó si una mujer peca, el fruto del pecado es en cada caso un castigo redentor. María es afligida y puesta fuera del campo hasta que haya entrado en razón, entonces es readmitida á su vocación y vuelve á ser un brillante y digno factor en la empresa de libertar á un pueblo. Cuando Gehazi, el sirviente de Elíseo, peca, le sobreviene la lepra, y Naaman, el capitán sirio que ha sido por largo tiempo afligido con un terrible desorden, tuvo que bañarse siete veces en el místico Jordán para ser curado. Un profeta puede indicar la manera; pero, como todos los maestros modernos, no puede curar á otro hombre. Elíseo no puede sino mostrar á un paciente que recurre á él la manera de libertarse del mal y sus consecuencias.

En estos incidentes vemos que el hombre y la mujer son igualmente dignos ó responsables ante el Cielo. No hay dos leyes, ni un doble tipo de moralidad, porque así como el hombre y la mujer deben ser estimados y honrados igualmente, así si ellos han transgredido la ley deben ser castigados hasta que se reformen. En el Decálogo no hay un sentimentalismo morboso, ni una galantería barata ni una especiosa caballería ó alguna otra cosa que rebaje mientras pretende honrar y que degrade cuando hace creer que eleva. No es reverencia á Dios sino adherencia á la fuerza bruta y que sólo revela un dardo envenenado, el que los adoradores del múscu-

lo más bien que del espíritu procuren siempre impulsar á una asamblea de mujeres honestas que se respetan á sí mismas.

El Profesor Harry Thurston Peck en la revista *Cosmopolita* (junio 1899) extravía toda la significación del movimiento de la desigualdad política y social. «La última apelación es la fuerza», dice, y en las siguientes palabras expresa todo lo que se puede decir sobre la superioridad del hombre. «El tiene el poder físico para hacer su voluntad, y esto solo es el distintivo de superioridad». Son éstos los sentimientos que rigen en el púlpito y en las universidades exclusivamente masculinas? Si es así, gritemos: «Abajo con el púlpito», porque si tal fuese su voz, Dios quedará excluído y una energía cruel, implacable y despiadada habría sustituido á la Divinidad de amor y sabiduría.

El mundo ha conocido á la vez los gobiernos patriarcal y matriarcal, pero ninguno de los dos ha probado ser digno de sobrevivir. Algunos agitadores modernos han exaltado á la mujer y condenado al hombre, pero ellos no se han acercado más á la verdad que esos adoradores que han rendido culto al valor masculino y han apelado á la fuerza bruta como la suprema energía. El Decálogo está balanceado en su sabiduría; él entra en el hogar; él se dirige á los hijos individualmente y dice á cada niño y á cada niña en la familia: Honrarás á tu padre y á tu madre.

El Quinto Mandamiento tiene el mismo mensaje para los adultos que para los niños. El dice al esposo y á la esposa: debe haber igual respeto, igual

honor, igual derecho é iguales privilegios. Vos, señor, no estáis más cerca de Dios que vuestra esposa, y vos, señora, no sois más divina que vuestro esposo. Si el uno es á la imagen de Dios, así es la otra; vuestros intereses son los mismos, debéis honrar, respetar, amar y acariciar el uno al otro. La sanción de Dios no está en ningún servicio matrimonial que contenga la palabra «obedeced» para una de las partes, mientras que la otra no la tolerara. Los forjadores de servicios matrimoniales han conocido á Pablo solamente y en lo peor y lo más débil de él; pero no han conocido á Moisés y seguramente no han conocido tampoco á Jesús.

Las mujeres predicadoras son una ofensa para el sacerdocio presuntuoso, pero Jesús comisionó á una mujer para informar á Pedro y á los otros discípulos que él había resucitado y había aparecido muy temprano en la mañana á las que cuidaban con fidelidad su sepulcro. Registrad los cuatro evangelios si queréis y os desafiamos á que encontréis una sola palabra ó un acto atribuido á Jesús que enaltezca al hombre sobre la mujer. A las mujeres les habla de los misterios del reino de los cielos, y defendió la causa de ellas cuando los hombres las acusan de participación en los crímenes que los hombres habían instigado y jamás demostró el más ligero respeto por ese viciado ceremonial que condujo al fin á la incorporación en la liturgia judía de la jaculatoria hoy casi totalmente desechada: «Te doy gracias, oh, Dios, porque no me has hecho mujer».

El superficialismo había usurpado de tal modo el lugar de la genuína religión, antes que esa cláu-

sula entrase en el libro de oraciones, que aquellos que la disculpan hoy están prontos para explicar que los hombres sólo dan gracias públicamente porque ellos pertenecen al sexo capaz de cumplir ciertos actos elevados del ritual, pero no se glorian de su superioridad moral sobre sus hermanas.

El ritualismo sería verdaderamente hermoso si no degenerase rápidamente en idolatría. Somos todavía tan niños hoy que bien necesitamos del trueno del mandamiento, que por nuestra propia salvaguardia es forzoso que se lea: «No harás para tí ninguna imagen grabada». Aarón y el becerro son preferidos sobre Moisés con las dos tablas de piedra en sus manos, pero oh! vosotros sacerdotes, que estáis por encima de las multitudes, recordad que Aarón hizo el becerro á petición vuestra, tomando el oro de vuestros anillos y joyas y entonces lo adorasteis. Moisés está descendiendo hoy de la Montaña, y quebrará vuestros ídolos y tendréis que tomar un brejaje nauseabundo que contenga vuestros adornos pulverizados. Las proposiciones puras, nobles, metafísicas son demasiado elevadas para muchos de nosotros, que podemos apreciar mejor las brujerías eclesiásticas.

Podemos ver las luces, oler el incienso, oír la música, tocar las reliquias y saborear el pan consagrado, pero no aspiramos á lo que sea suficientemente elevado para comunicar con una divinidad espiritual. La insensatez del Espiritualismo de actualidad es la materialización, y esa fase del fenómeno espiritual moderno ha sido más que las otras el avispón en el campo Espiritualista. Vuestras in-

quietudes se han multiplicado, oh! espiritualistas, en estos días de transición porque habéis tratado con vehemencia de materializar el espíritu más bien que de espiritualizaros vosotros mismos hasta poder sostener una comunión viviente con el mundo del espíritu. Las langostas están devorando hoy vuestros pastos y sementeras, estáis perseguidos por los charlatanes y trasquilados por los impostores y os habéis atraído todo esto por vuestro desordenado deseo de hacer descender lo espiritual al nivel de lo carnal, en vez de elevar lo carnal hasta que llegue á unirse con lo espiritual.

Dios manda las plagas de Egipto, pero todas las plagas son educacionales; ninguna es por venganza, ninguna de ellas es sin un propósito. La música del Sinaí es una poderosa antífona, una sinfonía incomparable, un oratorio soberbio, un ciclo de maravillosas óperas. Quién será el sucesor de Ricardo Wagner en el campo de la composición musical, que tome el Sinaí por tema y el Decálogo por libreto? Esta es una proposición atrevida, pero así como el Drama de la Pasión de Ober-Ammergan, en Alemania, nunca ha sido irreverente, así en Bayreuth podemos todavía presenciar un drama musical como representativo de Dios en su título. Todo depende del desempeño del tema, para que fuese altamente inspirador ó fuese una blasfemia ofensiva. Un músico inspirado puede elevarse hasta dar tal sublimidad á la escena, que el teatro llegue á convertirse en un verdadero templo. Es muy fácil parodiar los Mandamientos y hacer de un precepto benigno una piedra de tropiezo en el camino de la juventud, pero

nosotros tratamos de elucidarlos. Muchas veces los padres ignorantes, egófstas é imperativos han apelado al Quinto Mandamiento para justificar sus vejaciones nada razonables, en consecuencia ellos han creado transgresores del Decálogo que han apoyado sus faltas en la mala conducta de sus propios padres groseros y atolondrados. No nos admiramos, pues, de la conferencia de Ingersoll acerca de «La libertad del hombre, de la mujer y del niño», á la luz de muchas experiencias recientes de la crueldad y la injusticia paternas; y como el Decálogo es un mandamiento uniforme, arreglado de tal modo que ninguno de los diez preceptos puede estar separado de sus compañeros, es muy conforme con el espíritu de esta augusta revelación tronar en los oídos de los padres: «haceos honorables», como gritar en los de los hijos: «honrad á vuestros padres».

Hállase una gran sentencia en los Proverbios: «Educa un niño en el camino que él debe seguir». Todos los pensamientos de los hombres sabios de la antigüedad, en esa misma colección maravillosa de sentencias concernientes al «azote» y al castigo, son justos, sabios, amantes, piadosos, si dejáis que el espíritu de prudente consejo se filtre por entre el dudoso lenguaje nativo, de que á veces se halla vestido el pensamiento antiguo.

Padres, amad á vuestros hijos y buscad su elevado bienestar, ó no sois dignos de ser sus guardianes y educadores. Cada niño es un individuo y como tal debe ser respetado; así el Decálogo le impone la adoración á Dios y únicamente el respeto para vosotros, por consiguiente su primer deber es para la

conciencia, para la convicción, y él es digno de encomio si cuando le decís que ultraje su sentido moral, que diga falsedades por vos, que se degrade, que sea embustero y pierda su honradez por vuestro interés egoísta, él os dice afligido, pero firme: «Yo no puedo obedecer tan injusto mandato». Tomáis el nombre de Dios en vano, blasfemáis del Decálogo y atraéis sobre vosotros la justicia del Altísimo cuando tiráis las orejas del niño y le castigáis con el azote por vuestra propia perversidad, cuando encerráis á vuestros hijos en un cuarto oscuro ó un solitario desván con las ratas por compañeras con el pretexto de que haga largas oraciones, que vendrían á ser vuestra más grave condenación.

Con frecuencia necesitamos «agnósticos» para que pongan de manifiesto nuestras horribles hipocresías y nos declaren «infieles» para llamarnos á la fe en Dios y á la práctica de la justicia. El Papa León XIII dijo á algunos de sus cardenales que el gran escéptico francés, Ernesto Renan, puede haber sido un azote en la mano de Dios para obligar á la iglesia á la piedad, viendo cuánto se ha separado de su original integridad.

Al mundo cristiano ortodoxo le decimos sin vacilar: Roberto Ingersoll fue un avispon de Dios, y ha sido en vano que el púlpito haya declamado, amenazado y anatematizado al archi-herexe cuyas burlas fueron muchas veces necesarias para herir á la cristiandad profesional y obligar con sus picaduras al arrepentimiento á esa falsa institución.

Con Herón é Ingersoll la altiva clase eclesiástica enguantada ha sufrido gravemente, y ese sufri-

miento tiene que continuar hasta que se destruya la hipocresía. El exterior del Sinaí es lo que todos podemos ver, y su terrible tronazón es lo que todos podemos oír, hasta que estemos aptos para acompañar á Moisés á la Montaña, ó ir con Elías á la cueva mística. Entonces cuando la tempestad haya cesado y se haya calmado la agitación de todos los elementos, entonces se oirá una «tenue vocecilla», que será el cuchicheo del Monte Sión, que es la habitación de la Santidad amada.

Sión está dentro del Sinaí como la almendra está dentro de la nuez. Roguemos y trabajemos para que merezcamos tener en nuestras manos la tenacilla rompe-nueces. Entonces será quebrada la corteza de la letra, y la almendra interior dulce y nutritiva estará siempre preparada para nuestra continua delectación.

Los padres nunca desean que se les pierda el respeto. Ciertamente ellos se impresionan y se horrorizan cuando un niño que se asoma á la ventana, cerrando sus puños, se vuelve hacia un extraño que está en el cuarto y en tono amenazador dice, refiriéndose á sus padres que se han marchado en el coche dejándole en casa: «Allá va ese par de grandes mentirosos». Ingersoll no aconsejaba la desobediencia, ni atacaba por ningún lado al Decálogo cuando relataba esa aterradora anécdota de un encolerizado niño, á quien se le engañó ofreciéndole llevarle á paseo y fué dejado, mientras su padre y su madre egoístas se olvidaban de él, para ir á una invitación donde hicieron gala de su fatuidad relatando el incidente. Qué impostura es la de exigir á un niño

que obedezca el Quinto Mandamiento cuando estéis quebrantando el Noveno! «No sostendrás falso testimonio», significa nada menos que el decir la verdad es necesario para salvarse.

Ningún mentiroso puede entrar en el Reino de los Cielos. Por consiguiente, mientras digáis falsedades estaréis por fuera de las puertas celestiales. La discordia, la mala voluntad, el engaño, la rebelión y una hueste de feos y sucios demonios infestan aquellos hogares en donde no se observa la obediencia á los padres, donde ese precepto se aplica por el mal lado, no por el bueno, donde es parcial, no equitativo.

Cuánto se teme la anarquía! qué terror infunde la violencia de un motín enfurecido! Pero no habría anarquistas si la ley fuese siempre administrada amigablemente y con equidad.

El nihilismo en Rusia ha sido el amargo fruto del árbol corrompido de la más grosera injusticia. El actual Czar, Nicolás II, está haciendo indudablemente cuánto puede para procurar un estado mejor de las cosas en sus vastos dominios. Aunque nos alegremos de los nuevos horizontes que se abren para la raza slava y podemos ver un futuro glorioso para la Siberia, no es posible esperar que en unos pocos días terrestres un vasto imperio pueda ser enteramente reconstruído, aunque los adelantos estén ahora en progreso.

Hemos tenido patriarcados y matriarcados; el mundo ha deificado al hombre y ha deshonrado á la mujer, y luego ha dado una vuelta para glorificar á la mujer mientras se verificaba la humillación del hombre; pero no habrá paz, orden, armonía ni

equidad hasta que el hombre y la mujer reinen juntos, y la cuestión de la igualdad social y política quede establecida para siempre sobre la firme base del primer capítulo del Génesis y la enseñanza de los Diez Mandamientos.

Inglaterra fué grandemente bendecida por más de sesenta años, teniendo por reina á una mujer cuya vida matrimonial fué un poema celestial, y cuya influencia sobre la vida doméstica de las multitudes ha sido la de un ministerio angelical. Cuando un hombre casado cree que es él solo toda la cabeza del hogar, es apenas un pobre lunático media-cabeza. Marido y esposa juntos constituyen la cabeza del hogar; hombre y mujer son co-equivalentes, co-iguales, uno solo no es un ápice más alto que el otro en la escala de la vida.

Los sacerdotes ignorantes pueden citar las sentencias más débiles y más sombrías de Pablo, y no las interpretan siquiera á la luz de los tiempos y de las circunstancias porque fueron escritas; pero grandes profetas con sus cabezas calvas y grandes mantos, como Elías y Eliseo, sin el menor vestigio de la presunción sacerdotal, dijeron que el hombre y la mujer eran divinamente equivalentes.

Hay una peregrina belleza, una fascinación inmortal, en todos los retratos de la Virgen y el Santo Niño. El arte está hoy mucho más adelantado que ahora cincuenta años; casi todo hogar tiene una copia de la Virgen de la capilla Sixtina, de la Virgen de la Silla ó alguna obra maestra de Rafael ó de algún otro de los pintores inmortales que han hecho aparecer divina á la mujer sobre el lienzo. No es

idolatría reverenciar lo bello é inclinarse respetuosamente ante la efigie de lo que es esencialmente divino.

A los niños se les debe atraer por los métodos de instrucción del *Kindergarten*, y á los adultos infantiles se les debe proporcionar pinturas sugestivas según sus necesidades. Ese excesivo puritanismo reaccionario que se deleita en ser iconoclasta y que hace pedazos con hachas y martillos toda obra bella de escultura, no se ha penetrado del espíritu de belleza, de justicia y de amor del Evangelio.

Hay un genuíno evangelio en «La Letra Escarlata» de Hawthorne, pero no en la acción de los implacables perseguidores de una infeliz mujer y de su inocente hijo. Nos hemos aproximado á un delicado asunto al mencionar á los hijos ilegítimos, y no debemos pensar ligeramente de los propósitos de resguardar la vida del hogar contra las instrucciones astutas y traicioneras del execrable adúltero, pero no podemos purificar la sociedad con una indebida severidad, no podemos evitar la repetición de horrosos crímenes linchando al negro ofensor, ni la pena capital, en ninguna de sus formas bárbaras, ha levantado á la humanidad sobre el asesino, pues el asesinato no sería hoy tan predominante.

Las sugerencias del mal se hacen por medio de retratos del mal; cuando todas las medidas crueles han fallado, la ley de amor y de bondad ha producido grande éxito. Sois padres ó podéis ser los guardianes de niños huérfanos y abandonados. Enseñáis á esos niños los Diez Mandamientos, y llamáis su especial atención hacia el Quinto. Vuestros deberes

no han terminado de ningún modo; apenas han comenzado. Cada Mandamiento del Cielo es una espada de dos filos, que corta por ambos lados. Si este Mandamiento castiga al niño que desobedece, todavía es más terrible el castigo al padre que ha sido el autor de la desobediencia.

No puede haber respeto filial donde son desconocidos la respetabilidad y el cumplimiento de los deberes. La sociedad ha tergiversado vergonzosamente este Quinto Mandamiento, porque lo ha leído como si fuese un mandato de venganza; lo ha gritado como si fuese un anatema feroz lanzado contra todos los niños desobedientes, cuando en verdad es una gratuita bendición para todo el que obedece.

No es de admirarse que el Decálogo sea despedazado por esos frívolos que se titulan *altos* críticos aliados con el periodismo. Este Mandamiento es de promesa; parece haber sido formado por la ternura, la previsión y la compasión del Altísimo. Padres, estáis convocados al pie del Sinaí y con frecuencia os halláis entre los que más tiemblan en la base de la montaña ardiente. Habéis estimulado á vuestros hijos á la desobediencia y Dios les está ofreciendo una recompensa si ellos os respetan y honran.

Dios es un padre. Los instintos paternales y maternales del Eterno están respirando en las tablas de piedra que Moisés transformado sostiene con su firme mano mientras vosotros estáis temblando como hojas removidas; os cubrís vuestras caras con las manos y ocultáis vuestros ojos de vergüenza, á fin de que vuestros hijos no vean vuestras lágrimas cuando el Quinto Mandamiento se dirija á ellos, y la voz

del que proclama la ley se levante en tono de inexpressable dulzura: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tengas larga vida en la tierra que el Señor tu Dios te dará». Si vuestros hijos os honran, Dios les bendecirá y les coronará con una larga vida y la prosperidad en una tierra santa que mana leche y miel. Es muy difícil obedeceros, porque sois tan inconstantes. Papá os permite lo que mamá os prohíbe y casi siempre ambos padres son petulantes, contradictorios é irrazonables. Los hijos sufren mucho por causa de los padres, y ay! que en el mundo hay muchos hijos que no son bien recibidos y nuestros corazones deben sangrar por causa de ellos. No tenéis derecho de decir á un niño que no os haga preguntas, para hacer vuestra voluntad en todo, y sí obedeceros sumisamente en todos vuestros mandatos justos ó injustos. El Sinaí les habla al oído á vuestros hijos, y les suplica que os den honra y les promete un premio si son respetuosos, pero el trueno del Sinaí es para el padre injusto, falso y no amoroso, y también para los hijos injustos é irrespetuosos, porque no hay distinción de edad, sexo, raza ó color en presencia de la legislación divina.

La ciencia es la sirvienta de Dios. Cada descubrimiento de una ley inmutable, de un orden inexorable, no es sino una nueva prueba de la inflexibilidad de los decretos divinos; lamentable es ciertamente la condición de aquellos que sólo ven el Sinaí natural y no conocen nada de la espiritual Sión que está dentro de él.

Dios y la Naturaleza no respetan las personas. Con el Todopoderoso no hay volubilidad ni cambian-

tes. Ni tampoco con aquella Ley Natural que marca la incesante operación de esa «Energía Eterna» de Herbert Spencer. Argüid sobre los términos y disputad acerca de las autenticidades si sois demasiado pedantes, pero todos los escépticos creen al final cuando están frente á frente con el inexorable Sinaí revelado en la Naturaleza.

Todos los filósofos creen en el Poder, la Fuerza, la Energía; cuántos creen que el poder es Amor, que la fuerza es Bondad, que la energía es Beneficencia? Hay un premio para la bondad, como hay un castigo para la iniquidad. Hemos oído muchos truenos y ahora debemos escuchar los cuchicheos; la «tenue vocecilla» es la única voz directa del Todopoderoso. El ruido no es música, pero es una introducción á la música. El sonido de la trompeta y del cuerno, esa voz que va creciendo cada vez más alta, tiene una gran significación.

Hemos notado, mientras pasábamos por el ventoso camino de las cercanías del Sinaí, que los ecos de la voz divina que nos hablaba de la montaña se hacían más y más claros hasta ahora en que se nos habla de prosperidad y longevidad como consecuencia de haber guardado inviolado el santo precepto. Todos los padres no son ásperos; todos los mandatos no son penosos; muchos hay que han aprendido la sabiduría del antiguo canto:

«Hablad con dulzura, es mucho mejor  
Gobernar por el amor que por el temor».

Alentaos todos los que estáis afligidos por hijos rebeldes. Sois buenas personas, pero os habéis equi-

vocado al usar el mal tono en vez del bueno al dirigir á vuestros hijos. Habéis amenazado cuando Dios promete, habéis sido muy cuidadosos de la letra de la ley por estar ella conforme con vuestros deseos, cuando Dios dice: «Hijo, dame tu corazón». Si todos los errores debidos solamente á la mala comprensión del buen método que debía adoptarse para conducir á la juventud, se hubiesen amontonado hacia arriba, formarían una montaña bastante alta para oscurecer los cielos de la vista de toda la tierra.

La parábola del hijo pródigo ha sido sugerida por el Quinto Mandamiento. Un hombre tiene dos hijos, el uno permanece en casa y no le ocasiona ningún sufrimiento, el otro se hunde en un abismo de abominación. No murmuréis aunque vuestro hijo se ha convertido en el más vil de la sociedad. No ceséis en vuestros amantes esfuerzos, aunque sus crímenes sean los más negros y más bajos y le hayan degradado hasta el nivel de los puercos. El Padre está en el camino esperando la vuelta del hijo; las luces están encendidas y aclaran las ventanas del hogar, la habitación del hijo está siempre preparada para su regreso, porque, dice el Padre, «él volverá con seguridad». Todo el libro de Jonás está en la parábola del hermano mayor del pródigo; toda la vida de Jesús está en el padre que encuentra á su hijo en el camino.

Los legisladores despiadados objetan el perdón; los masculladores de la letra gritan vergüenza acerca de la salvación de un hombre que robó una vez y es ahora un sincero penitente. Abajo todo esto, abajo hasta darlo en tierra; sea su nombre borrado

y su descendencia exterminada con los comienzos del nuevo siglo, digamos de ese horrible y despiadado grito de venganza contra un pródigo que Dios lo ha abrumado ya con los sufrimientos que trae el arrepentimiento. Si pecamos tenemos que sufrir; el sufrimiento es la consecuencia inevitable del pecado, pero, por qué sufrimos? No para nuestra condenación, sino para nuestra salvación. En los cielos no hay cólera, en las sociedades celestes no hay resentimientos contra las víctimas que han labrado su propio infierno.

Sed como el padre del hijo pródigo; que el hermano mayor no sea el tipo que tratéis de imitar. El hermano mayor, suave, pulido, abrigado, complaciente consigo mismo, intensamente levítico y farisaico de la peor clase, es hoy la «víbora del camino». Sed más bien un pecador dulce que un amargo santo; no podemos inculpar á ningún novelista ó dramaturgo que satirice á los «santos» no santificados.

Ningún niño es conducido á la rectitud por medio de la palmeta ó del azote. Dejad que Dios envíe los «avispones» cuando sean necesarios, pero no tratemos de picar. No tenemos derecho de cantar con voz inalterable: «¿Dónde está mi hijo que vagaba anoche?» Por qué, daríais por admitido que porque vuestro hijo está fuera de casa, ha de estar en orgías, bebiendo ó jugando? No confeséis en público los pecados de otros, aún cuando creáis en privado en la confesión auricular del sacerdote. Tenéis derecho sólo á confesar á otros compañeros vuestras propias faltas, sean ellos sacerdotes ó laicos, si pensáis que podéis obtener auxilio de otros de mayor experiencia

que la vuestra; pero que no haya más murmuraciones, ni chismes, ni sugerencias del mal. El amor le salvará si la calumnia ha sumergido en la desesperación á un hermano débil. Dad á vuestros hijos elevadas reputaciones, y cuando estén en duda ó en dificultades y recurran á vosotros con sus preguntas, sed pacientes y recordad el texto: «Venid y razonemos juntos, dice el Señor». Vuestros hijos son humanos como sois vosotros, y los padres son también hijos; vosotros tenéis vuestros propios padres. Y aquí surge otra pregunta: estáis honrando á vuestros padres á la vez que exigís de vuestros hijos que os honren? Habéis puesto á un lado y os habéis olvidado de vuestros abuelos, ó habéis descuidado el ser agradecidos con vuestros padres adoptivos?

No podemos escaparnos de los Mandamientos. Cada uno es el ángel del Edén con la espada flamígera que se vuelve en toda dirección para guardar el camino que conduce al Arbol de la Vida. Cuán múltiples son los agentes por medio de los cuales la verdad está ahora descendiendo sobre el mundo! Comenzamos un curso en el Sinaí de la Arabia y podemos terminarlo en una Escuela Terapéutica Sugestiva de Chicago. Muchos médicos y metafísicos en la actualidad están haciendo eco al Decálogo en sus clases de clínica y en sus tratamientos privados. La educación del niño es hoy la más candente cuestión de la época. Cómo llegaré á las profundidades de la bondad en una niña caprichosa ó un muchacho perverso? Esta es una pregunta de la más profunda moral que puede dirigirse á una época ó á una sociedad. Vosotros que sois maestros y edu-

cadores debéis sacar grandes programas que se puedan realizar en el camino de la virtud; debéis hacer la virtud tan atractiva y declararla tan natural—y además tan espiritual—que como Sócrates dijo á la juventud de la antigua Grecia: la virtud sólo necesita ser puesta á la vista para que sea amada, venerada y glorificada.

El Quinto Mandamiento ha sido llamado «el primer mandamiento con promesa». No necesitamos escuchar más truenos, hemos andado ya medio camino hacia el Decálogo, y ahora debemos estar preparados para escuchar las notas dulces que se desprenden de todas aquellas sentencias solemnes. «Tú no harás» es más que imperativo, es consolador, está lleno de una indecible promesa. No matarás, no robarás, no serás impuro, ni mentiroso, ni codicioso, porque de hoy en adelante oirás la voz dentro de tí mismo que dice: «Mi yugo es suave y mi carga ligera». Tratad mucho, oh! maestros, acerca de los benéficos resultados de una vida de virtud. Amenazad menos y prometed más. Ha habido un gran diluvio, un fuerte terremoto, una terrible tempestad, pero todo ha cesado y brilla en el cielo el arcoiris. Sión está á la vista y estamos viendo los destellos de innumerables ángeles.

## Conferencia VII

---

### El Sexto Mandamiento

---

#### NO MATARÁS

Hemos pasado el puente; hemos cruzado el Rubicón. El puente de los asnos (*pons asinorum*) del matemático debe estar ahora detrás de nosotros, porque hemos oído la promesa de que si damos reverente atención á las divinas enseñanzas, pronto saldremos del desierto para llegar á una tierra de bendición que el Señor nuestro Dios nos dará. Si estos discursos nos permitiesen una más grande amplificación, nos sentiríamos dispuestos á suplementar el precedente con algunos pensamientos acerca de la Cuestión Agraria. El impuesto personal ó naturalización de la tierra podría ser discutida fácilmente sin separarse en lo más mínimo del texto: «La tierra que el Señor tu Dios te dará»; pero la República Cooperativa y el Altruismo están todas en la tierra hacia la cual vamos viajando, y entonces estaremos fuera del desierto y sobre el Jordán

social é industrial cuando hayamos guardado todos los Diez Mandamientos, pero no más temprano en nuestra historia progresiva.

Muchas interpretaciones de la Ley en los Evangelios nos impresionan con gran solemnidad. El Sermón de la Montaña está en mucho en el Sexto Mandamiento. Oíd las palabras de Jesús sobre la interpretación espiritual: «Yo no he venido á destruir la ley, sino á cumplirla. Habéis oído que se ha dicho: ojo por ojo y diente por diente; mas Yo os digo que no resistáis al mal»; y escuchad á Juan, el más amante y por lo mismo el más amado de los discípulos: «Cualquiera que odia á su hermano es un asesino, y vosotros sabéis que ningún asesino tiene en sí vida eterna». Oh, soldados violentos é impacientes policías! Cómo combatiréis con el pecado de homicidio? Dónde están las horcas? Dónde está la silla eléctrica en la que podéis matar á cualquiera que ha matado ante el Cielo?

Todos los esfuerzos humanos por suprimir el crimen han sido fútiles. El libro de Esther no contiene ningún evangelio, á menos que nos pongamos tan por debajo de su letra que Haman, Mordecai y todos los judíos allí mencionados sean figurativos, y toda la narración sea mirada como pura poesía y no como historia. Elías, que mata á los profetas de Baal, debe quedar fuera de la letra y aparecer solamente transformado en espíritu con Jesús sobre el monte, en compañía de Moisés también transfigurado, antes de que demos los últimos pasos hacia la verdadera civilización.

El Sexto Mandamiento nos retrotrae desde Caín

hasta el cielo. Quién es Caín y dónde está hoy el que pregunta: «Soy acaso el guardador de mi hermano?» La sangre de Abel pide venganza desde la tierra, pero Abel en espíritu se sonríe desde el país celestial y dice: «Pobre Caín, yo querría atraerte hacia el cielo». El asesinato es terrible cosa, y ojalá no fuese nunca mencionado, pero los muchachos vendedores de periódicos gritan en las calles: «Todo lo concerniente al asesinato!» Seguramente que eso no es bíblico ni arcaico; es, ay! el *Cainismo* del día. En estos momentos Caín y Abel están en el mundo, y el uno es envidioso del otro. Joseph y sus hermanos están también aquí, y los menos intelectuales son malignos y rencorosos, y cavan fosas y tratan de destruir al «Visionario» que ve más de lo que ellos ven. El asesinato es engendrado por el celo y la causa arraigada del celo es un sentimiento de la propia inferioridad, unido al malicioso deseo de obtener superioridad sobre otro en vez de cultivarla sobre sí propio. Leed el *Otelo*, estudiad la disposición de Yago, y conoceréis lo que Shakespeare indicaba cuando dijo: «Bagatelas ligeras como el aire son, para el celoso, pruebas confirmadas tan fuertes como la sagrada escritura».

Todavía necesitamos de la tragedia; por consiguiente, el teatro puede y debe ser el aliado del templo. Otelo es débil porque está apasionado y escucha los chismes; él presta atención al calumniador y permite á las lenguas venenosas los prejuicios contra su noble esposa, la bondadosa Desdémona. Pero Emilia, la esposa de Yago, es una mujer fuerte y no cree las falsedades de su esposo, por consi-



guiente, al contrario del calumniador mentiroso de la «sociedad» traicionera, una mujer no cree siempre lo malo de otra.

La narración de Caín y Abel en el Génesis, es un maravilloso y perfecto espejo en el cual podemos vernos reflejados. Debemos dar lo que podamos, pero nunca estar celosos de los otros, porque ellos han podido hacer mejores dádivas y más aceptables que las nuestras. Dios nunca está satisfecho sino con sangre, porque la sangre es la vida y cualquiera que sacrifica su cordero presenta todo lo suyo en el altar. Dejad que los literalistas vulgares aspiren el olor de la carne quemada y produzcan náuseas en sus oyentes con las desagradables historias de infieles orgías; dejadles que declaren á sus ignorantes oyentes, que el Dios del Pentateuco está sediento de sangre y pide una oblación de sangre, pero nosotros predicaremos sobre sus cabezas y estaremos sobre las cimas de la montaña mientras ellos se arrastran por los pantanos; porque para nosotros el mensaje de Sión ha sonado, y la sangre, traducida, significa vida, amor, verdad, una oblación limpia, un sacrificio viviente.

Debéis dar de vuestra sangre en vuestras obras, de otra manera vuestro servicio carnal probará ser inadecuado. La perfecta consagración del afecto como del intelecto, es la ofrenda del cordero de Abel. Caín sólo da el fruto de la tierra, que simboliza simplemente las ofrendas exteriores; el fruto de las manos, el servicio de los labios, pero no el amor del corazón. Dios respeta el servicio del corazón, no la devoción de pura forma. Caín es sólo un ritualista. Abel ama

sinceramente á Dios y le da todo, por eso su servicio es aceptable. No sería difícil trazar la significación de esta idea en la mente de un escritor antiguo, aunque el hilo de oro del significado espiritual corra por enmedio del estilo grosero de una edad semi-bárbara, aún cuando el oro esté mezclado con liga siempre que el precioso metal es extraído de la tierra.

Cafn es un asesino á causa de la envidia; y en esto manifiesta él á todo el mundo de actualidad la causa de las tragedias modernas. Con frecuencia creen algunos que la causa de su infortunio es la prosperidad de los otros. Si Abel no hubiese ofrecido su cordero, dice Cafn, el Señor habría aceptado los frutos de la tierra, porque esos frutos habrían sido los únicos presentados á El. Quitad de por medio á Abel y entonces Dios tendrá que tomar de vosotros lo mejor que El puede obtener de cualquiera, y no habrá más reprensiones del Cielo. Así arguye el Cafn moderno, como su antiguo prototipo. Es una blasfemia, pero todo asesino es un blasfemador y el pecado de blasfemia es odiar á tu hermano en el corazón. Cómo podemos establecer nuestra teología de manera que esté arreglada á todas las actuales necesidades? Aquel que ama á su prójimo, ama á Dios; aquel que odia á su prójimo, odia á Dios. No hay misterios á este respecto excepto los que los hombres crean. Yo no sé si la palabra «Dios» da ó no á una inteligencia la misma idea que á otra, pero todos entienden la palabra *hermano*.

Podemos abandonar la teología y estudiar la sociología, y obtener así más grandes ventajas. Ahora



hay muchos que atribuyen sus fracasos á las victorias de otros, y sus aparentes victorias á las derrotas de otros. De este falso concepto resulta el detestable: «Cada uno para sí mismo» y el Demonio toma esta última doctrina. El egoísmo no es otra cosa que el interés propio. Por consiguiente, el más supremo deber de todo predicador moral é instructor de la juventud consiste en indicar de una manera inequívoca la diferencia radical que siempre existe entre la propia conservación justa y el egoísmo injusto. Todos estamos tan relacionados, y tan dependientes por las necesidades más comunes de la existencia, que ello debe probar siempre la gran locura de construir un edificio social permanente sobre cualquiera otra base que no sea la de una cooperación ilustrada. Aún la excelente Colonia de Ruskin en Tennessee se ha visto perturbada por una intensa lucha y así las colonias cooperativas entran en agitación hasta que se separan los observadores no simpáticos más convencidos que nunca de que, no obstante que la cooperación puede ser muy bella en teoría, en la práctica no será posible. Pero, por qué no? Los elevados ideales y sentimientos nobles no son seguramente ilusiones sin fundamento, que se molan de nosotros con su belleza eludiendo siempre el ponerse á nuestro alcance.

Los ideales son nuestros principales inspiradores; sin ellos nunca podríamos elevarnos sobre el nivel mediocre en la presente jornada. Mas para realizar un ideal externamente nunca será posible sin que primero se haya realizado internamente. No es lo que pensamos, creemos ó deseamos, sino lo que

sentimos actualmente unos de otros, lo que es de suprema importancia. Por eso el libro Levítico nos manda sabiamente, desde el principio, no odiar á nuestros prójimos en nuestros corazones, sino mas bien amarlos como á nosotros mismos. (Lev. XIX).

El horrible crimen del linchamiento ha sido defendido por muchos perpetradores de ese acto grosero de barbarismo, porque, dicen ellos, debe darse una lección á la raza negra para el ejemplo de esos villanos que han cometido indecibles atrocidades. Siempre hay algo que decir para atenuar, pero nunca para favorecer un violento hecho ilegal cuando una población se levanta en lo que se ha llamado justa indignación contra la iniquidad; mas en las horas de calma, cuando la sangre está más fría y la pasión de la venganza está menos fuerte, los mismos linchadores se ven forzados á admitir que los crímenes no son menos frecuentes por esos bárbaros procedimientos. En los pueblos que no tienen todavía una percepción espiritual, el bárbaro asesinato puede aparecer como un hecho de simple justicia, sin aguardar los lentos procederes de la ley; pero todo observador de los fenómenos psíquicos, y todos los que están dando suficiente atención á la influencia silenciosa de las energías mentales ocultas, se abstendrán antes que atreverse á defender un acto semejante, que lleva en sí el pernicioso espíritu de venganza, que engendrará seguramente en alguna parte la expresión de un nuevo acto de venganza cruel.

Los peores crímenes se han cometido siempre á causa de los apetitos desordenados y pasiones des-

enfrenadas, y ninguna pasión es tan dañosa como el odio, que es el amor pervertido y diabolizado. Como el amor es la fuerza creativa en todo el universo, el odio, que es inverso y contradictorio del amor, es el archi-destructor; en consecuencia, avivar el fuego del odio, es imponer á la misma sociedad que se está tratando de proteger y beneficiar, una causa eficiente de un terrible ciclón mental. El grito feroz y cruel: «Recordad al *Maine*», que fué la maldición del periodismo americano durante el tórrido verano de 1898, era, en su significación original, como haber convertido en la frase suave y simpática de «Recordad el heroísmo de los valientes mozos que sufrieron con la explosión del *Maine*». En esa ocasión se presenció el más vívido ejemplo de cómo un pueblo pensador, grandemente avergonzado por esas palabras y hechos imprudentes, llegó pronto á transformarse, en horas de furia, hasta parecer completamente frenético é irritado.

La política tornasolada del periodismo jingoista puede muy bien considerarse como preocupada solamente de la ganancia, pero la masa del pueblo nunca se mueve por el sentimiento mercenario del propietario de un periódico. El pueblo se levanta para denunciar y gritar contra los que le han ultrajado sólo cuando tiene la sangre caliente, no lo hace en sangre fría. Como muchos amantes de la Biblia y el pueblo que cree sinceramente que ella contiene una revelación divina, soportan la práctica de la pena capital por los textos bíblicos, les pedimos respetuosamente á todos ellos que consideren y ponderen bien la historia de Caín y Abel en la que se ve

distintamente que aunque Caín fué un asesino reconocido, Dios puso sobre él una marca para que ninguno que lo encontrase se atreviera á matarle. La narración enseña claramente que cualquiera que matase á Caín llevaría sobre sí una parte de la maldición del matador. He aquí una espléndida oportunidad para todos aquellos que tratan de enseñar la solidez de la Santa Escritura, de levantarse con una declaración como la siguiente: El mismo Dios que, en el Génesis reveló su voluntad respecto del transgresor, dió el Decálogo en el Sinaí, como se registra en el Exodo, y en medio de sus truenos conmovió al mundo con su detonación: «No matarás», y ese mismo Dios se encarnó y se manifestó en el Logos y obra por su inalterable voluntad en la persona de Jesús que rehusó apedrear á la adúltera, aunque el adulterio era la ofensa capital según la legislación mosaica, y que en vez de matarla opera su conversión del adulterio á la santidad.

El Rev. Charles Ames, digno sucesor de James Freeman Clarke, en la Iglesia de los Discípulos, en Boston, unido con otros hombres buenos y competentes de dentro y fuera del ministerio cristiano, han levantado sus voces con firmeza en contra de la iniquidad del asesinato legal; y es la más halagadora esperanza de que el presente siglo pueda presenciar, entre otras de las grandes reformas necesarias, la total abolición de la pena capital en todas las naciones civilizadas de la tierra.

El púlpito, por regla general, no dirige la opinión á este respecto, pues se puede admitir por desgracia que la mayor parte de los predicadores reli-

giosos están adheridos todavía á la desastrosa doctrina de que el cruel asesinato contendrá á la iniquidad. Qué es lo que han hecho hasta hoy los castigos bárbaros? La *ley del talión* ha sido suficientemente ensayada en todos los siglos y medios en que la sociedad se ha gloriado de su ejecución. Ese pretendido remedio que ha sido ensayado con tanta persistencia por tan largo tiempo y que ha probado ser enteramente ineficaz, debe ser abolido sin temor para optar por otra clase de acción, que tenga, como una de sus principales recomendaciones, la novedad práctica de ir acompañada de una dulce humanidad. El espíritu de combatir al mal con represalias es todavía la más grande maldición del mundo.

El caso de Dreyfus en Francia, que, á causa de su grande injusticia, ha impreso un estigma sobre la República Francesa, que difícilmente podrá olvidar por completo toda la nación, es debido á una insana idolatría del Ejército. Del mismo modo que los adoradores de los Reyes en la antigüedad crearon el mote: «El Rey no puede errar», los modernos idólatras de todo lo que es militar han obrado como si su consigna fuese: «Nuestro Ejército no puede errar». Proteger al Ejército á todo trance fué el sentimiento de los anti-Dreyfusistas durante todo el proceso contra un inocente Capitán judío, que nunca habría sido convicto de ninguna ofensa contra su país, si no hubiese sido por la resolución de parte de su idolatrado Ejército y de sus grandes adoradores de cubrir al culpable condenando al inocente, antes que hacer conocer que el ídolo popular se había corrompido. Este es un ejemplo notable en

la historia moderna, de que los clamores contemporáneos han sido: «Abajo los judíos» y «Viva el Ejército».

Los judíos son con frecuencia soldados y la historia del pueblo de Israel prueba que ellos no han sido de ningún modo adversos á las tácticas militares; pero la indisputada historia de los judíos prueba abundantemente que han cometido graves errores siempre que han tratado de obtener y aún retener la supremacía con la punta de la espada. Si Israel es el campeón especial de Dios, si el pueblo judío debe probar haber sido escogido y distinguido entre todos los otros pueblos de la tierra, entonces debe Israel saber que únicamente como Príncipe de la Paz puede el Mesías venir á Sión. No importa que las simpatías de uno estén con los judíos ortodoxos, que proyectan una reconstrucción literal de la ciudad de Jerusalém y una recolonización de la Palestina por los judíos en un cercano porvenir, ó con aquellos que no favorecen geográficamente los proyectos de los sionistas, pero que interpretan todas las profecías mesiánicas de una manera extralocal; el hecho se destaca de que si los judíos tienen todavía una misión que cumplir sobre la tierra, esa misión es de paz y no de guerra.

El judío típico es naturalmente pacífico; para él la educación es de extrema importancia, y las empresas de industrias pacíficas tanto comerciales como de la agricultura, son en él congénitas. Si la lección del caso de Dreyfus es adecuadamente considerada, los gritos salvajes de un motín: «Abajo los judíos»,

«*Viva el Ejército*», no dejarán de tener una profunda y provechosa significación.

El Judaísmo, como la madre de la paz universal, debe ser coronado por todas las naciones; y si tan honroso destino aguarda á los dispersos hijos é hijas del ultrajado pero jamás conquistado Israel, se verá que una nueva y gloriosa luz alumbrará sobre las ardientes profecías de las victorias futuras de Israel, que han alegrado los corazones y han conservado vivo el valor de millones de desterrados y perseguidos durante las largas épocas de dispersión y de aflicción. Los judíos han pecado en común con los gentiles, y aunque los odiadores y perseguidores de los judíos no tengan absolutamente excusa, aquellos que son leales á la causa de Israel, no están procediendo cuerdamente si apelan á las adulaciones tontas del judío en toda ocasión posible.

Reconocer los ideales de un pueblo y también rendir tributo á los gloriosos hechos de ese pueblo por la paz de casi insuperables dificultades, es simplemente justo y honrado; pero en el gran estado cosmopolita que está por venir, ni el judío ni el gentil puede reinar solo, porque ninguno será súbdito donde todos deben ser cooperativos.

Resta para los científicos en lo *espiritual*, en contraposición de lo *material*, desarrollar los tesoros ocultos de la Ley y ampliar especialmente los aspectos interiores de toda verdad importante. «Dejad vuestras armas», dicen los defensores del arbitraje en lugar de la guerra, lo mismo decimos desde nuestra plataforma completa y distintamente metafísica, pero es del todo en vano que pidamos á las naciones

que se desarmen hasta que nosotros mismos no nos desarmemos en nuestra vida privada é individual. El Tribunal del Haya, en Holanda, que ya ha dado buen fruto en muchos casos notables, no puede llenar tan completamente sus deliberaciones, como esperaban muchos de sus promotores y admiradores, á causa de que las raíces de la guerra están muy profundas en nuestros corazones, y no procuramos en general arrancarlas. Siempre hay algo atractivo é impresionante en una brillante asamblea de dignatarios de varias partes del mundo que están tomando en consideración los medios y las maneras para el mejoramiento de las condiciones humanas; pero también hay mucho de pintoresco en los torneos militares, y nada puede parecer más adecuado con ocasión de celebrar una fiesta patriótica que los cañones de gran tamaño. Debemos cuidarnos menos de estar encantados con las brillantes exterioridades, pues mientras rindamos homenaje á ellas, nos olvidamos de los asuntos más importantes de la Ley. Los hombres se batan en duelo por bagatelas; las naciones van á la guerra, como los muchachos de mal humor, resentidas por insultos triviales é insignificantes agresiones. El espíritu belicoso es pueril; el espíritu pacífico es maduro y reflexivo.

Los niños se fascinan por los uniformes, así son los hombres superficiales. Los juguetes de soldados son los más populares. Los simulacros de combates con que los verdaderos soldados entretienen á la multitud en las fiestas públicas, son las diversiones más populares en varias partes de Inglaterra, y aunque ningún daño resulta para nadie, porque toda la

fiesta se hace pacíficamente, ningún psicólogo puede dejar de ver que esos espectáculos crean en las mentes de miles de jóvenes sensibles una admiración por la guerra, que probablemente se vincula también en la generación subsiguiente. Una de las más grandes dificultades para abolir ó siquiera reducir los grandes ejércitos permanentes de Europa, es la intensa admiración de la pompa militar exhibida ante los contribuyentes, sobre cuyos miserables recursos pesa constantemente el sostenimiento de esa aparatosa pompa militar. Todos conocemos el grito de papagayos de «Expansionistas» é «Imperialistas» y que la Voluntad Divina ordena que la raza caucasiana debe dominar completamente á todas las razas inferiores; pero aún cuando esta suposición fuese verdadera, mientras más grande y más ilustrado sea un pueblo, más pacífico debería ser en su esfera de acción. Ni el Imperio Británico ni los Estados Unidos de América pueden estar libres de censura á la luz del Sexto Mandamiento. Es completamente inútil cantar con frecuencia en la iglesia respondiendo á cada mandamiento: «Inclina nuestros corazones á guardar esta ley», si nosotros no deseamos que nuestros corazones estén así inclinados, ó si no cooperamos voluntariamente con la bondad divina para inclinarlos.

Siempre ha sido imperfectamente observado el Sexto Mandamiento, y si él se hubiese guardado en toda su amplitud, todos los pueblos civilizados unidos habrían elevado un solo grito contra la guerra. El Dr. Lyman Abbot y otro hábil predicador de la avanzada escuela del Congregacionalismo america-

na, se mueven con mucha cautela en el camino que conduce á la deseada declaración de la paz universal; pero hay otras almas intrépidas que están prontas para declarar desde hoy mismo que ha sonado la hora de disparar el último cañón ó tomar parte en la última parada militar. Nuestros buenos hermanos los vegetarianos, han extendido la significación del mandamiento: «No matarás», hasta ir más allá del mundo humano, y aunque hay entre ellos algunos extremosos, que están ahora haciendo frente al cargo de impracticabilidad, no puede haber duda en las mentes de los evolucionistas ilustrados, en cuanto á la solución final del problema de la dieta. Aunque no es seguro decir que todos avanzaríamos á la vez espiritual y humanamente si desistiéramos de comer carne, es un hecho psico-fisiológico que el comer carne tiende á crear un ánimo belicoso. Si nos volvemos progresivamente más pacíficos en nuestros deseos y pensamientos, avanzaremos gradual pero seguramente hacia un sistema mejor y más saludable de dieta del que generalmente prevalece hoy.

Los mataderos no son positivos indicios de civilización, y si descubriésemos y demostrásemos que todos podemos vivir mejor sin alimento animal que con él, podríamos saludar gozosamente el día en que el Sexto Mandamiento será observado en toda su plenitud; y los hombres y los animales participarán juntos del planeta como amigos y camaradas, según lo han predicho Isaías y otros grandes Profetas. Sin embargo, como primero y último, el principal deber de todo predicador y maestro de moral es poner

todo este vasto asunto sobre una sólida base metafísica.

Insistamos continuamente en los hogares, en las escuelas y en las casas de negocios sobre la gran necesidad de un sentimiento bondadoso de unos hacia otros; entonces, con la misma seguridad con que la ley de causa y efecto obra indefectiblemente, saldrán con espontaneidad de nuestro interior palabras y acciones de bondad, y la sociedad será completamente regenerada por la hermosa práctica de todo lo que nos inculca la Regla de Oro: «Cualquiera cosa que queréis que los hombres hagan con vosotros, así hacedles á ellos».

## Conferencia VIII

---

### El Séptimo Mandamiento

---

#### NO COMETERÁS ADULTERIO

Aunque una sola palabra ha sido usada en el Séptimo Mandamiento, es casi universalmente admitido que más allá de la significación obvia de esta palabra está la comprensión espiritual del Decálogo. La pureza en la relación matrimonial y la conformidad estricta con la ley monogámica ha sido siempre una de las principales glorias de la Casa de Israel.

La poligamia y la poliandria, como la esclavitud y aún el sacrificio humano, dominaban en el mundo cuando la brillante luz del Judaísmo despertaba las conciencias de las multitudes—aunque muy pocas al principio—para distinguir la aurora de un nuevo y glorioso día de la pureza y libertad humanas. La castidad y la libertad están inseparablemente unidas, porque no hay esclavitud tan grosera, no hay cadena más fuerte que aquella del apetito sensual desenfrenado.

Los seres humanos son llamados por la voz de la trompeta del Sinaí para elevarse á las alturas de la grandeza moral que antes desconocían, y á proporción que ellos se elevan se vuelven más y más un pueblo sagrado y peculiar, al contrario de aquellos que le rodean, á causa de la superioridad práctica en el pensamiento, las palabras y las obras.

El Sermón de la Montaña toma en la mano el Séptimo Mandamiento, justamente como todos los demás, y traslada nuestro pensamiento de lo exterior de la letra al espíritu que vivifica.

Aquella sentencia: «Cualquiera que desee cometer adulterio ya lo cometió en su corazón», puede ser una doctrina dura para muchos oídos, pero todo el que razona metafísicamente caería en tierra al instante si rechazase esta doctrina. Innumerables veces los más grandes profetas del mundo han predicado á los hombres la práctica de la pureza interior; pureza del corazón, la virginidad del deseo, la liberación de la voluntad en el obrar impuramente, éstas han sido las virtudes ocultas que los videntes (que miran á través de todas las superficies) han aconsejado y encomiado unánimemente.

De qué provecho es la hipocresía? Cómo pueden ser manchadas las fuentes de la vida (voluntad y pensamiento) y conservarse puras exteriormente las palabras y las obras? Sólo cuando el interior de la «copa y del plato» están limpios y sanos, podemos esperar razonablemente en la pureza exterior de la vida.

Casi todos los profundos pensadores de la época admiten, generalmente, que la influencia psíquica

ejercida por la madre sobre el hijo no nacido, tiene mucho que hacer para modelar el interior del ser viviente, antes que los procesos de la gestación modelen su organismo. Aunque todas las almas son parecidas en su esencia primordial y todos los seres humanos son divinos substancialmente, tenemos que conformar en lo exterior tanto lo psíquico como lo físico en cada viaje que hacemos sobre el mundo; y como los Diez Mandamientos han sido dados seguramente como una regla para la práctica humana, y como todos están directamente relacionados con nuestros deberes mutuos, aquí y ahora, nos interesamos de un modo especial en trazar las inmediatas relaciones de aquellas enseñanzas vitalmente metafísicas, que una multitud siempre creciente mira como la única luz que señala el camino por el actual desierto, desde el sensual «Egipto» hasta la espiritual «Canaán».

Estamos haciendo constantemente nuestro Exodo fuera del estado en que hemos vivido tanto tiempo, sobre el contenido de las ollas carnales del Egipto, hacia esa Tierra de Promisión, en donde viviremos felices y con salud con sus frutos deliciosos, que es el ideal no alcanzado todavía, pero si obtenible. Tan luego que marchemos hacia nuestro ideal, que significa para nosotros nada menos que la completa sujeción de la carne al espíritu, oiremos los Mandamientos dentro de nosotros mismos sonando uno por uno con intensidad siempre creciente, porque, á proporción que nos desarrollamos espiritualmente, la voz de Dios en nuestros oídos se hace cada vez más alta y clara.



Desde luego la significación más elevada ó profunda que atribuyamos al Séptimo Mandamiento, es el de un saludable consejo para vivir respetuosa y decentemente en las relaciones de familia, para observar un código de honor y obedecer la Regla de Oro hasta donde comprendemos su importancia en todas las relaciones maritales. Pero á proporción que nos ilustramos comenzamos á ver la futilidad, casi la imposibilidad, de observar fielmente una ley expresa si nuestros pensamientos y nuestras afecciones se permiten desobedecerla. Los nueve décimos de la degradante sensualidad que existe hoy en el mundo, son un resultado casi inevitable de las meras exterioridades en religión y en moral, que se satisfacen con la apariencia exterior de conformarse al precepto divino, y cuya significación interior ha permanecido enteramente inexplorada.

Toda educación espiritual tiende hacia arriba; toda educación verdadera coloca lo más alto posible el estandarte de los ideales ante los discípulos. Mediante una constante meditación ó concentración del pensamiento sobre estos cuadros espirituales sublimes, los bajos deseos que son comunes al plano animal van desapareciendo porque se ha traspasado de él, y por estos medios se verifica dentro del individuo una transformación fisiológica y psicológica. Todos los asuntos pertenecientes á la generación son velados cuidadosamente y se les rodea de una atmósfera de misterio silenciosa entre lo que se llama «alta sociedad», y es bien que así sea, hasta que la sublime cuestión de la reproducción sea tratada de la manera más elevada y sublime de lo que se acos-

tumbra entre aquellas personas que, ó apelan á la lascivia, ó toman una actitud á la vez severa y aterradora en un asunto que sólo necesita un tacto delicado, luminoso y científico para hacerla aceptable á todos los filántropos ardientes, que, si reflexionan, deben convenir en que todo lo concerniente á la perpetuación de la familia humana, debe ser tratado con valor y de una manera atinada.

Los judíos, como pueblo, han gozado por muchos siglos de una justa reputación de ser generalmente fieles en las relaciones matrimoniales, y donde quiera que prevalece el estricto Judaísmo, se está muy seguro de encontrar un gran promedio de paz y felicidad domésticas. El judío ortodoxo ó conservador es un hombre que atiende estrictamente á sus negocios en sus horas respectivas, pero que siempre halla tiempo para los entretenimientos de familia cuando deja su almacén ó su oficina. En Londres y en otras grandes ciudades donde el Judaísmo tiene sus fortalezas, la vida íntima de los hogares judíos resulta más favorable para la paz doméstica comparada con la de las familias no judías.

Mucho oímos hablar ahora respecto de «La mujer nueva» tanto en *pro* como en *contra*; pero, en todos sus bellos y deseables aspectos, la encontramos perfectamente descrita en el capítulo XXXI de los Proverbios. El cuadro encantador de la condición ideal de la mujer, hecho, según la tradición, por Samuel hijo de Salomón, que busca para su hijo una proverbial y excelente esposa, puede ser tenido como el tipo más hermoso y noble de una judía, tanto entre los antiguos como entre los contemporáneos.

El buen éxito en el matrimonio debe ser el resultado del mutuo aprecio y del mutuo acuerdo. Mucho de lo que pasa por amor no es una afección verdadera, sino un simple impulso de la pasión, no iluminado por la razón. La educación en común, que coloca á los niños y á las niñas en un mismo y apropiado nivel, puede contribuir mucho en la educación de la mayor parte de los jóvenes y las jóvenes por encima de la mogigatería que, aunque enmascarada con la falsa modestia, no es amenudo otra cosa que una cubierta artificiosa para encubrir en secreto las más vergonzosas relaciones de los dos sexos.

El maestro inteligente y el que practica la ciencia espiritual evita estudiosamente todas las sugerencias que siquiera remotamente puedan convertirse en deseos, y aunque toda persona inteligente sabe que hay cierta distinción natural entre los hombres y las mujeres, que adapta á cada uno y á todos á la diversidad de obras de utilidad en la economía del orden universal, toda esa vulgaridad, como los discursos sobre el «magnetismo del sexo», ó la pretendida inclinación entre el que cura y el paciente cuando son de diverso sexo, está rigurosamente excluído de todo sistema metafísico verdadero.

El Nuevo Testamento enseña que «en Cristo» hay una nueva creación. El orden antiguo es sobrepasado, y un nuevo orden regenerado toma su lugar. Como ninguno de nosotros está completamente regenerado, aún cuando todos podemos estar en proceso de regeneración, nos conviene movernos inteligentemente en nuestras instrucciones, en un ca-

mino que conduce seguramente, aunque por grados, desde la antigua á la nueva percepción humana y á su correspondiente práctica. Para una gran mayoría de hombres y mujeres una vida de celibato puede no ser recomendable, aunque el celibato individual pueda ser muy noble.

Hay una manera justa y propia de considerar las sagradas funciones de la paternidad y la maternidad en una muy grande proporción de seres humanos, y si no fuese por la falsa moralidad y las costumbres sociales corrompidas á causa del «qué dirán», habría indudablemente más matrimonios felices é hijos más sanos de los que hay al presente.

Demasiada importancia se da generalmente á la diferencia del sexo, pero esto va felizmente desapareciendo con rapidez, debido á cierto mejoramiento en las relaciones de los hombres y de las mujeres, por la propagación de una educación más acertada de la que antes prevalecía. El doble tipo de moralidad está cayendo en desprestigio; mientras la mujer no puede permitirse esa licencia degradante que el hombre ha considerado por mucho tiempo como legítima para su propio sexo, aunque ilegal para el otro, es muy posible educar juntamente á los niños y á las niñas, pues una pureza sin mancha vendrá á ser el común ideal para todos.

Si deseamos verdaderamente elevar el grado de moralidad, no debemos acentuar las diferencias del sexo como se ha hecho en épocas pasadas. Los hombres y las mujeres deben gozar de una buena amistad y compañerismo, y marchar juntos en condiciones iguales más bien que desiguales. En interés

de la moralidad debemos ciertamente poner término á todas esas prácticas que hacen que las jóvenes dependan indebidamente de los jóvenes en las diversiones, paseos, cenas, etc. Dos jóvenes pueden ir juntos á una conferencia, á un concierto, á la ópera ó á cualquier entretenimiento respetable sin persona que les vigile, aún cuando el uno sea un joven y la otra una joven, pero deben ir como iguales, tanto para los gastos como para toda otra cosa. Dos hombres jóvenes ó dos mujeres jóvenes pueden ir reunidos bajo iguales condiciones, resultando de ahí una mutua estimación é íntima amistad; pero cuando uno depende financieramente del otro, el que paga se vuelve como «señor» y el que no paga como inferior ó siervo.

El matrimonio es propiamente un contrato de dos iguales, y á menos que ambos socios lo sientan así, siempre subsistirá la preponderancia del uno y la esclavitud de la otra. Los mejores pensadores del día no están en favor ni del patriarcado ni del matriarcado, sino que como lo han declarado Félix Adler y otros brillantes oradores en sus conferencias sobre Cultura Moral, el hombre y la mujer son coeficientes; la cabeza de un hogar ideal es doble, no única.

El hombre y la mujer asumirán naturalmente el derecho á idénticas relaciones cuando las falsas creencias estén dominadas y los verdaderos ideales sostenidos. No es solamente necesario insistir sobre la igualdad financiera ú otra comercial, sino también en los aspectos educacionales del propio sexo; es todavía más importante ese tema cuando vamos

á sugerir el antídoto para el falso sentimiento que prevalece respecto de la virtud y su propagación; esto necesita ser tratado con vigor y tino.

Gertrudis Campbell, autora de un hermoso poema «No resistáis», encabeza dicho poema con este mote: «No resistáis al mal», y también: «Aquel que combate con el pecado no deja nada agradable en el trayecto de su vida». Con el primer texto estamos todos tan familiarizados que suena ya en muchos oídos sin ser provocado; se acepta como una antigua sentencia que está apoyada tácitamente á causa de atribuírsele un origen divino, aunque el ponerla en inmediata práctica está muy distante de la intención de la mayoría de los «cristianos piadosos» que, al parecer, miran este consejo como la parte impracticable de la revelación divina. Extraña pretensión de creer saber más que el Omnisciente! El segundo mote será ciertamente combatido dondequiera que se cite, porque se supone que no está sostenido especialmente por ninguna sanción divina. Considerémoslo con relación al asunto de la Pureza social por el cual debemos interesarnos profundamente. Se ha dicho con acierto que cuando el vicio es mirado por primera vez aparece horrible y nos repugna á causa de su fealdad, pero cuando lo hemos visto muchas veces nos acostumbramos tanto á sus lineamientos torcidos, que concluimos por no mirarlo ya con la repugnancia de su deformidad.

Ciegos que conducen á otros ciegos, aunque sean con frecuencia bien intencionados, en vez de explicar el camino de la virtud y hacer atractivo ese camino, cometen el funesto error de describir el vicio

en todos sus detalles con el especioso pretexto de que la familiaridad con el vicio es una seguridad contra sus seducciones.

Los partidarios de la temperancia, los más de ellos, están comenzando á abrir sus ojos ante el hecho de que los muchachos han aprendido á manejar la destilación de licores, y han conocido la manufactura del aguardiente (whiskey) siguiendo las instrucciones recibidas en una iglesia por un predicador de temperancia, quien aconsejaba á sus oyentes guardarse del pecado de borrachera. Muchos «perversos convertidos» han expuesto, ante los jóvenes que concurrían á «sermones religiosos», todos los secretos de la perversidad tomando los ejemplos de su propia vida antes de convertirse.

No necesitamos conferencias sobre el vicio para los jóvenes ó adultos de ambos sexos, sino que el mundo puede obtener siempre más provecho de las disertaciones acerca de la hermosura de la virtud. Los Brahmines, especialmente aquellos que se adhieren firmemente á la bella espiritualidad, que es la esencia del Brahmanismo original, enseñan que si alcanzáramos al estado nirvánico de descanso y bendición á la vez, contemplaríamos á la Divinidad, y concentraríamos de tal modo nuestra mirada mental sobre la pureza inefable, que nos alejaríamos de las seducciones de esos planos bajos que, según el Ocultismo, están siempre prontos para capturar á aquellos que piensan en ellas. Todo el sistema filosófico de Swedenborg lleva la dirección de «volver al Señor» y así «triunfar sobre el Infierno». Todos aquellos que conozcan bastante á Swedenborg por

haber leído su muy combatido tratado sobre: *El Amor Celestial y sus Castos Deleites, con el Amor Adúltero y sus placeres pecaminosos*, aunque puedan creer que todo ese volumen no sea conveniente para lectura de los niños, no podrán dejar de ver cómo ese gran filósofo combatió á mediados del siglo XVIII contra las condiciones que prevalecen actualmente en Europa, indicando con claridad la distinción entre los males mayores y menores, y enseñó claramente algo parecido al dicho: «De dos males hay que escoger el menor», aunque él se propuso, desde el principio al fin, fijar los pensamientos y las afecciones del lector sobre el ideal sublime de la relación conyugal celestial.

El matrimonio ha sido altamente ilustrado de una manera práctica por el ejemplo de la Reina Victoria de Inglaterra, quien, después que el Príncipe Alberto pasó á los dominios de lo invisible en 1860, vivió muy por encima del pensamiento de un posible segundo matrimonio, hasta el extremo de manifestar su desaprobación de lo que sancionaban á la vez la Iglesia y el Estado, esto es, las segundas nupcias de los viudos y las viudas. Hay muchos asuntos que no se prestan fácilmente á un minucioso análisis verbal, y éste es uno de ellos. Nadie puede leer el Pentateuco y tampoco el Evangelio sin oír claramente el tono del Sinaí en primer lugar: «No cometerás adulterio», y la voz de Sión en segundo lugar: «En la resurrección (ó regeneración) ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles». Pero muchos preguntarán: cómo son los ángeles? Debemos volvernos



ángeles nosotros mismos antes que podamos responder debidamente á esta pregunta; pero evidentemente Jesús aludía á la bien conocida opinión kabalística sobre los ángeles cuando replicó á los abogados saduceos, que preguntaban: en el estado espiritual, de quien será esposa una mujer que en la tierra vivió con siete esposos legítimos, pues había enviudado seis veces? El único consejo que seguramente sostendrá la prueba de toda experiencia es aquel que exige perfecta fidelidad en el pensamiento, la palabra y las obras al más elevado tipo de virtud.

«El hombre adelanta más cuanto sus propósitos son más elevados», es una buena sentencia; y si á la palabra *propósitos* sustituimos *ideales*, tendremos las mayores exigencias de una trascendental filosofía.

Si preguntamos á Emerson, él nos dirá en su admirable y sublime ensayo: «La super-alma», que la manera de triunfar sobre todas las propensiones más bajas es, para el intelecto humano todavía imperfecto, adorar sus propias propensiones esenciales y potenciales. «Yo, el imperfecto, adoro mi propio perfecto», es un pensamiento superior, porque encierra en sí la esencia de todas las grandes filosofías existentes.

Ahora consideremos la afirmación más halagadora en la Séptima Palabra del Sinaí que leeremos así: Tú, oh, Israelita espiritual (aquel es judío que lo es «interiormente») aparecerás á los ojos de todos los hombres como notoriamente puro, porque aunque vayas y te reunas con los adúlteros, tú no co-

meterás adulterio; y aprenderás cómo se extirpa el adulterio entre aquellos que lo han cometido. Esta es tu misión, por esto eres llamado un pueblo peculiar, oh, Israel!

A proporción que nos hagamos impecables en cualquier respecto, podemos reformar á aquellos que están engolfados en el pecado especial que hemos ya dominado. «Aquel que esté sin pecado que arroje la primera piedra». El Cristo immaculado sólo podía arrojarla y en su mano es una verdad presentada con amor. Magdalena muere para el pecado y resucita al bien, porque Jesús la había apedreado hasta matar su fragilidad y había despertado en ella un amor ó inextinguible determinación de ser en adelante pura y perseverante.

Otra vez Sión se halla dentro del Sinaí, y aunque la letra pudiese matar, el espíritu señala el camino hacia la vida inmortal.



## Conferencia IX

---

### El Octavo Mandamiento

---

NO ROBARÁS

Entre las innumerables citas de Shakespeare con que los escritores modernos enriquecen continuamente sus ensayos, ninguna es más popular y ninguna hace pensar más que las siguientes magníficas líneas de *Hamlet*:

«Esto sobre todo: para tí mismo sé verdadero,  
Y seguirase, como la noche al día,  
Que no serás falso para ningún hombre».

El mismo autor nos ha familiarizado también con el grande y heroico sentimiento del honor, expresado en palabras igualmente memorables: «Aquel que roba mi bolsa roba una suciedad». No es sin duda honroso para la presente civilización, ni para las formas contemporáneas de moralidad, poder escoger libremente en las páginas de dramas escritos

hace más de trescientos años, si somos capaces para comparar el glorioso desprecio de la riqueza meramente externa con la servil idolatría del oro, ay! tan terriblemente notable en el presente. Pero, aunque á primera vista puede servir para hacernos pensar seria y tristemente acerca de la degeneración de esta época, pronto comenzamos á considerar con atención que el elevado tipo de nobleza establecido por los grandes videntes y poetas del tiempo de la Reina Isabel, fueron más allá de las concepciones verdaderamente ideales y de los ejemplos de las costumbres y opiniones que prevalecen hoy. Podemos decidir con certeza que ha habido, y hay todavía, grandes almas que han brillado como faros en medio del oscuro ambiente de moralidad, como las estrellas en una noche de invierno, pero nunca la historia nos informa de que la gran masa de la humanidad, que se desarrolla lentamente, haya alcanzado á una altura donde los sublimes ideales de los sabios y profetas se hayan encarnado en la vida diaria de la multitud.

Jamás obtendremos la verdadera significación del mensaje del Decálogo, á menos que recordemos que los Diez Mandamientos fueron promulgados desde la cumbre de una montaña, una eminencia espiritual muy por encima de la llanura ordinaria, sobre la cual vive la mayor parte de la gente «respetable» de hoy. No hemos pasado todavía por encima del Decálogo, aunque avanzamos hacia él con persistencia. Aun existe un inmenso abismo entre la suprema altura de Sión, hacia la cual nos va atrayendo siempre más y más el código moral del Sinaí,

y la «moral convencional» que se enseña y se practica en la actualidad.

Dice la tradición que han pasado tres mil cuatrocientos años desde los días del histórico Moisés, y los críticos modernos del libro del Exodo nos informan de que los Diez Mandamientos son mucho más antiguos que la fecha señalada generalmente para la revelación del Sinaí, porque aunque ellos pueden haber sido recogidos en aquel tiempo en un solo cuerpo de preceptos, se hallaban esparcidos aquí y allá en la literatura ante-judía, justamente del mismo modo que las máximas cristianas, que fueron formuladas en sólido cuerpo en el Sermón de la Montaña, podían hallarse también esparcidas en la literatura judía, de la cual se declara que fué compilada la doctrina del Nuevo Testamento. Es tan inútil para el devoto judío insistir acerca del exclusivo origen judaico del Decálogo como para un piadoso cristiano reclamar la originalidad de todas las sublimes prescripciones morales que se hallan en los Evangelios.

La verdad no depende de ninguna época ni de ningún lugar. Todos los grandes maestros han declarado que la verdad es divina, inmortal, universalmente accesible, y por consiguiente de ninguna manera una propiedad privada ó artículo apropiable exclusivamente. Puede haber el hecho de robar y plagiar cuando se reproduce palabra por palabra, sentencia por sentencia, las de un predecesor ó un contemporáneo en la misma forma literaria, pero las ideas, como los principios, son universales. Nadie puede reclamar para sí el haber dado origen ac-

tualmente á una sentencia verdadera; el autor del *Eclesiastés* puede haber estado dentro de los límites de lo justo cuando escribió: «No hay nada nuevo (en absoluto) debajo del sol». La grosera valorización de la moneda, como tal, es quizás responsable del noventa por ciento de los robos que tanto abundan hoy, sin que sea una causa la sobra de las necesidades materiales.

Podemos convenir muy bien con aquellos filántropos que excusan el robo cuando una pobre mujer roba el pan para salvar á sus hijos, más que á ella misma, de una positiva inanición; pero no hay excusa posible para aquellos robos y desfalcos, que con tanta frecuencia leemos, donde las personas que han robado en grande escala han recibido considerables sueldos para proveerles de las comodidades de una vida decente. Es deber del verdadero psicólogo (y todo maestro debe estar muy versado en los fundamentos de la psicología práctica) indicar como una necesidad moral el extraer los efectos de las causas, para de allí descubrir un remedio radical y del todo eficaz para la enfermedad de la falta de honradez y todo otro mal moral que aflija á la sociedad. Con el constante avance de la terminología política, estamos yendo más y más lejos de la antigua costumbre de llamar una espada simplemente una espada; por eso ahora nos agradan más los términos técnicos «kleptomanía» y «kleptomaniaco», que los antiguos de robo y ladrón. Hay un lado brillante y otro sombrío en el empleo de este eufemismo griego. El lado brillante consiste en la creciente tendencia de los criminólogos, penalistas, juristas y

todos los que tienen que ocuparse directamente del crimen, para abandonar las prácticas y los sistemas ásperos y crueles y acoger doctrinas y tendencias más suaves y humanas. El lado sombrío es la tendencia á excusar la criminalidad dando por motivo la incapacidad constitucional para la virtud, tendencia que debilita la fibra moral y contraría los buenos efectos que podrían esperarse razonablemente de mejores métodos de tratar á los ofensores, como ya se ha creído practicable.

La falta de honradez es claramente una enfermedad de la voluntad, un concomitante del deseo pervertido en el sujeto, llegando á ser, en cuanto al objeto, meramente el fruto inevitable de ambiciones ilícitas. No es creíble que mientras se adora la simple riqueza material, y se haga depender en todas partes lo más principal de lo que el hombre tiene y no de lo que es, que tanto los hombres como las mujeres sin una fuerte base moral, quieran perder la oportunidad de apropiarse rateramente de cualquiera cosa que les venga á las manos y por lo que suponen puedan elevarse en la estimación de la sociedad en que viven. El principio moral no se ha desarrollado suficientemente en las iglesias y en las llamadas escuelas religiosas que han sido protegidas por la moda. Nadie ha contestado todavía á las dos magníficas novelas de Eduardo Bellamy, *Looking Backward* y *Equality*, en las que prueba claramente que el principal motivo para la falta de honradez no podía dejar de existir en un estado social que él ha descrito con mano maestra en esas dos maravillosas novelas. El argumento incontestable contra la cos-

tumbre de valorizar á las gentes por lo que tienen y no por lo que son, está basado sobre el hecho innegable de que el dinero robado tiene ciertamente el mismo poder para comprar en toda tienda de comercio, que el dinero obtenido por una industria honrada. Los aristócratas que se adhieren á su antiguo mote: *nobleza obliga*, pueden tener un papel que desempeñar en la elevación social; pero los plutócratas que no pueden tener otro motivo de distinción que la posesión de tantos millones de dollars ó de libras esterlinas, pueden ofrecer solamente un espectáculo ridículo á los ojos de todas las personas que saben respetar el mérito.

No somos campeones de la pobreza, aunque no desconocemos la inteligente distinción teológica entre la voluntaria pobreza y la privación involuntaria. «Vende todo lo que tienes (ó como María Corelli ha traducido en *Las Penas de Satán*: «Vende la mitad de lo que tienes») y da á los pobres», puede creerse fácilmente que significa que deberíamos combatir la pobreza en los otros como un resultado de nuestra opulencia, sin hacer la más ligera violencia al espíritu del texto. Pero la razón prueba claramente que no puede haber dádiva ó distribución allí donde no hay nada de que disponer, y la honradez común insiste en que nadie puede tener derecho de disponer de la propiedad de otros.

Una recomendación para la honradez es un consejo para el trabajo, porque la ociosidad y la pobreza deben ir siempre asidas por las manos y la pobreza conducirá seguramente al robo ó al suicidio. La naturaleza provee superabundantemente para el

mantenimiento de una población mucho mayor de la que este planeta está llamado á sostener. Ochenta millones es ahora aproximadamente la población de los Estados Unidos de América, y es una muy pequeña población, si se considera el inmenso territorio que incluye el área nacional. Se ha computado que una población diez ó doce veces mayor no resultaría excesiva, pero se necesitaría un gobierno en extremo bueno para conservar el orden y sostener confortablemente tan grande multitud.

El temor de la pobreza conduce á la falta de honradez, sea cual fuere el plano social donde ese temor se manifieste. Los pobres seres hambrientos que roban simplemente para subsistir están al pie de una larga escala cuyos peldaños más bajos sólo aparecen deshonorosos. Un poco más arriba de esa escala encontramos millones de envilecidos tímidos, que no se atreven á confesar su fe en la honradez religiosa, política ó de otra forma, á causa de que su «pan con mantequilla» está en peligro. Un poco más arriba del promedio vulgar de esa misma escala, encontramos predicadores, profesores de colegio y toda esa hueste de gente literaria y artística, que no se atreven á decir su honrada palabra á causa de que el sueldo, la promoción ó alguna otra conveniencia material embaraza tanto sus espíritus, que están viviendo prácticamente de la mentira, y ellos lo conocen, ciertamente, y con mucha frecuencia lo admiten. También están en la misma escala todos aquellos que defraudan y estafan á los sastres, á las modistas, á los proveedores, industriales y artesanos de todas clases, en mayor ó menor extensión, á

causa de que deben conservar su rango y vivir á la moda, aunque sea preciso pisotear cruelmente la honradez con tal de guardar las apariencias. La iglesia como institución, sin fijarse en sus denominaciones, habría podido hacer inmenso bien si ella hubiese combatido pública y uniformemente ese amor necio é inmoral de ostentar, que convierte hoy los pretendidos santuarios en algo así como «cuevas de ladrones». El Nuevo Testamento trata sin misericordia á los hipócritas, y aún hace de la hipocresía una ofensa peor que cualquiera otra iniquidad.

La hipocresía es la forma más baja y casi incorregible de la falta de honradez, porque «roba la librea del cielo para servir al demonio». Los vestidos de seda y los rizos de pelo son de ningún provecho en la educación ó en religión, pero en casi todas las Escuelas religiosas los niños y las niñas que llevan vestidos de terciopelo, cuellos de encaje y otras frivolidades de la estúpida moda, son mirados como una esperanza de protección por los maestros y condiscípulos, al paso que la honrada moderación en el vestir se mira con desdén como que tiende de algún modo á la pobreza. Muchos errores han cometido los que se titulan metafísicos, durante los últimos veinte años, en sus esfuerzos por dominar la pobreza, y nos alegramos de ver que muchos entusiastas Científicos Mentales están ahora marchando por buen camino al aconsejar á todos sus lectores y sus discípulos que procuren elevar sus caracteres y desarrollar su propia individualidad, antes que atraer para sí mismos las cosas externas, á las cuales pueden no tener derecho. En vez de procurar

obtener algo exterior, debemos primero tratar de desarrollar alguna fuerza interior, que, cuando esté suficientemente elevada y desenvuelta, nos constituirá en imanes para atraernos todas las cosas necesarias y aún las que sean bellas. «Buscad primero el reino del cielo y su justicia, y todas estas cosas (externas) os serán añadidas», es un consejo verdaderamente científico, porque cuánto más pronto nos volvemos mejores interiormente, comenzamos á atraer las cosas exteriores correspondientes á ese estado interior. No es evidentemente honrado esperar algo por nada; el mismo deseo de obtener para nosotros lo que no hemos ganado es una función mental desmoralizadora.

La falta de honradez no consiste solamente en tomar dinero, hacer trampas ó cualquiera otra cosa que pueda ser clasificada entre las condenables. Todo deseo de subsistir con lo que Henry George ha llamado «incremento no ganado» es completamente una falta de honradez, y aquellos que se aprovechan de toda oportunidad posible para adquirir algo por nada—aún cuando ese algo sea instrucción ó tratamiento mental—pecan gravemente contra su propio desarrollo moral, mental y físico. Puede ser que no suene como altamente moral el citar el antiguo proverbio: «La honradez es la mejor política», pero él es sano en su esencia, porque aún cuando un individuo verdaderamente honrado no obre por sórdidos motivos de política mundanal, está en el orden que se diga la verdad concerniente á toda clase de hechos, adoptando nuestras enseñanzas á los actuales planos de comprensión de aquellos á quienes trata-

mos de instruir. Aunque aborrecemos una política de insaciable codicia, y podemos concebir poco de aquello que es más despreciable que el sacar toda ventaja posible de la horrible necesidad del prójimo, hay otros dos puntos desde los cuales se debe considerar la cuestión de la honradez. Todos condenan la usura, y á causa de que Shylock es representado como un usurero en «El comerciante de Venecia», por lo regular goza de muy poca simpatía el judío en Europa á causa de esto, aunque no es un tipo verdadero.

Shakespeare concluyó ese drama especial de un modo desagradable, si acaso lo escribió con el propósito de darnos una gran lección de moral, lo que nos inclinamos á dudar después de haber presenciado esas tragedias altamente morales de *Macbeth*, *Otelo* y *Hamlet*. Sin embargo, si la intención del dramaturgo fué levantar un espejo fiel de las maneras y costumbres de la Europa de su tiempo, ciertamente produjo una obra maestra de inmenso valor para estos días, como un cuadro histórico de cómo casi los más de los cristianos sintieron y obraron para con el judío antes del advenimiento de lo que podemos llamar en verdad un nuevo y más elevado sentimiento humanitario. La religión ostensible no siempre aconseja la honradez, por el contrario se la invoca con mucha frecuencia como una excusa para cometer las más groseras injusticias. No censuramos á la religión, como lo hacen algunos, porque no somos demasiado crédulos para pensar que ningún motivo más elevado que el sórdido interés egoísta conduce al anti-semitismo. La condenación de un

hombre inocente, como el Capitán Alfredo Dreyfus, á cinco años de solitaria prisión en la Isla del Diablo (nombre apropiado) y una serie de otros actos infernales de vergonzosa torpeza, todos los cuales pueden ser atribuidos á refinados hipócritas, si ellos pueden hacer creer solamente á algún bobo que al perseguir á los inofensivos judíos están protegiendo la iglesia de Cristo, son ejemplos de notoria inmoralidad con la máscara de impulso religioso. Lo que es una institución totalmente corrompida—como lo ha sido el Ejército Francés—lo sería una iglesia, si ella realmente necesitase de tan detestable deshonor y de tan pestilente maldad para salvarse de su inevitable caída.

Robar el honor de un hombre es siempre peor que hurtarle sus bienes terrenales. Esa fué la enseñanza del incomparable Bardo de Avon, hace más de trescientos años; pero, cuántos obran hoy como si realmente creyesen ésto? La maligna charla calumniosa y toda forma de mordaz conversación se permiten libremente entre los hipócritas miembros de la iglesia como entre los que no van á la iglesia, quienes no vacilarían en apoyar completamente la letra del antiguo verso:

«Robar un alfiler es un pecado  
Mayor que robar algo más grande».

Se ve, pues, que «aquel que roba mi buen nombre» se supone que no comete pecado absolutamente; siendo un buen nombre, como lo considera el autor de los Proverbios, de más valor que el oro fi-

no y las piedras preciosas, viene á ser de menos importancia que un ordinario alfiler de sombrero ó cualquier otro utensilio que es enteramente insignificante. Aunque es vulgar, mal visto y en extremo inmoral tomar aún el más pequeño artículo de propiedad de otro, á la vista del Cielo debe ser venial la ofensa de coger unos centavos de una caja de dinero, cuando se pesan en la balanza de Dios con la cobarde ofensa de robar la honrada reputación de un prójimo. Las personas que al recibir cartas anónimas dan crédito á su contenido en detrimento de otros, y todos los que dan oídos á los rumores calumniosos contra sus prójimos—pobres adoradores esclavizados al falso dios «se dice»—son culpables de pecado contra el Octavo Mandamiento, y si ellos se presumen admiradores de Shakespeare, algún día él ú otro sincero moralista puede levantarse en el terrible juicio á testificar contra ellos.

Jesús no arrojó á los hombres del templo porque compraban y vendían dentro de su sagrado recinto, sino solamente á causa de su tráfico ilícito, por lo cual les dirigió las palabras: «Vosotros la habéis hecho una cueva de ladrones». Muchas, ciegas é ingenuas han sido las pretendidas explicaciones de esa escena heroica en la vida del gran Maestro, que precedió inmediatamente al término de la tragedia de su misión terrestre. El Dr. Franz Hartmann en su *Jehoshua, the prophet of Nazareth* ha alterado tan completamente la escena que ha menoscabado mucho su autoridad como crítico juicioso, pues se avanza á afirmar que Jesús perdió su serenidad y con ella perdió su mágico poder anterior, cuya pérdida

terminó en su ignominiosa crucifixión. De muy distinta manera interpretan otros sabios comentadores esa patética escena. Un joven desarmado y por consiguiente indefenso, entra en medio de una banda de negociantes hipócritas y nada honrados, y por la sola fuerza de la autoridad espiritual los arroja del lugar sagrado. Por qué se dejaron expulsar cuando ellos eran muchos y El estaba solo? Por qué no arrancaron de su impetuosa mano la cuerda doblada en forma de azote y le obligaron salir, mientras ellos permanecían en su ocupación tranquila? La única respuesta razonable que se puede dar es la convincente de que la fuerza física y el número jamás pueden resistir á la indomable energía espiritual.

Los sucesores y descendientes en línea recta de esos pérfidos cambiadores de moneda, deben hallarse en la actualidad por dondequiera, entre los judíos y los cristianos igualmente. Si la escena ocurrió en los antiguos tiempos, cuando todo judío devoto era obligado á visitar la literal Jerusalém tres veces en cada año, para ofrecer sacrificios en Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos, en la narración tienen que figurar animales y aves.

Una gran congregación de judíos ortodoxos en Manchester (Inglaterra), hace algún tiempo votó la resolución de no admitir usureros entre sus miembros; justamente del mismo modo que muchas congregaciones cristianas no quieren admitir en su comunión á los que venden licores. La usura no es judía, la borrachera no es cristiana, aunque muchos que profesan esas dos religiones pueden estar

culpados de una ó de ambas ofensas. Los terapéuticos sugestivos que ahora están en gran evidencia, declaran que el tratamiento mental debería preceder á todo tratamiento moral; por consiguiente, los casos de propensión al robo pueden ser tratados rápida y eficazmente como los desórdenes físicos más ostensibles. Aunque los actuales sistemas sociales falsos y la general relajación moral en los negocios tienen mucho que hacer con la falta de honradez sancionada y alentada, es siempre una pretensión vana el querer mover el gran mundo social y mercantil, *en masa*, viendo que todos los mundos están compuestos de unidades, cuya regeneración individual podemos intentar intelijentemente. Siempre será del todo inútil tratar de curar á las personas contra el acto de robar, mientras ellas deseen defraudar á sus semejantes. En éste, como en todos los casos, debemos aplicar el hacha á la raíz del árbol pernicioso. Discutimos completamente como aquellos barberos reformadores que usan de tijeras y navajas sobre el pelo de la iniquidad. Optemos por un depilatorio científico que mate de raíz todo crecimiento espúreo, para que pueda ser benéfico á la humanidad.

Los métodos espirituales de tratamiento son en todo caso esencialmente radicales, combatiendo las causas y no los efectos que resultan. Precisamente como sucede con los pensamientos impuros, que tarde ó temprano se expresan por ofensas externas contra la castidad, pasa lo mismo con las ambiciones nada honradas. Los Mandamientos Noveno y Décimo vienen de seguida después del Octavo, y siempre será en extremo difícil, si no imposible,

observar estrictamente uno de ellos, si se peca contra cualquiera de los otros.

Así, pues, dejad que cese el sonido de la trompeta del Sinaí, y que la música de Sión regale nuestros oídos que escuchan, porque cuando oímos el nuevo ó el antiguo canto con el nuevo tono: «No robarás», percibimos la bendita afirmación que nos asegura que hemos alcanzado ya á una altura en donde el amor á la honradez ha penetrado completamente nuestra naturaleza, y que por tanto todos los pensamientos, palabras y obras que no sean de honradez habrán perdido para nosotros toda fascinación.

Examinémonos con esmero, y desechemos cualquier vago resto que haya quedado en nosotros de un deseo poco honrado de aprovecharnos de la pérdida de nuestro prójimo; entonces la reciprocidad, no la competencia, habrá probado la ley de la verdadera prosperidad, y la vida de la industria y el amor á la honradez se manifestarán en todo el mundo por los negocios y el comercio honrados.





## Conferencia X

---

### El Noveno Mandamiento

---

NO LEVANTARÁS FALSO TESTIMONIO  
CONTRA TU PRÓJIMO.

Si se nos propusiera escoger un solo capítulo de toda la Biblia, del que debiéramos sacar los más abundantes consejos morales, nos sentiríamos inclinados á escoger el XIX del Levítico. Este depósito maravilloso de los más sublimes principios morales de los judíos, dice: «Habla á los Hijos de Israel, diciendo que ellos serán santos, porque Yo, el Señor tu Dios soy santo». Enseguida viene el precepto para el pobre y el necesitado, que prohíbe al propietario de tierras tomar para sí las rebusas de las cosechas; éstas deben ser dejadas para proveer á los que están necesitados.

Después se siguen los grandes preceptos que se hallan tan íntimamente unidos á los Diez Mandamientos, como se encuentran en el XX del Exodo, que se puede decir difieren ligeramente en la letra siendo esencialmente idénticos en espíritu á la

versión del Decálogo. En verdad se puede afirmar que las aseveraciones positivas y negativas están libremente mezcladas, pero no es posible evitar los mandatos negativos hasta que nos elevemos desde el Sinaí hasta Sión, y estamos hoy solamente como en camino de la Era Mesiánica, ante las múltiples injusticias que prevalecen todavía en las sociedades más civilizadas, de modo que las grandes prohibiciones antiguas de la Ley Mosaica necesitan ser proclamadas constantemente. Si los truenos del Sinaí pudiesen cesar una vez por todas, acostumbraríanse nuestros oídos para siempre á los suaves cuchicheos de Sión; pero las condiciones actuales necesitan todavía las lenguas de trompeta de los profetas y la voz argentina de los oradores; y aunque la voz de oro del Mesías es la única voz que se oye en las regiones celestiales, las terrestres de hoy día necesitan ser conmovidas por los truenos vivientes.

Sin embargo, recordemos que siempre y en todas partes hay á lo menos dos tonos audibles en una misma vibración. El tono bajo con el cual todos estamos familiarizados y el tono alto que hemos oído pocas veces. Los bajos del Sinaí nunca van acompañados de los altos. Escuchemos con atención, de modo que podamos oír en medio de los primeros la dulce cadencia de los últimos: «No robaréis, ni trataréis falsamente, ni mentiréis los unos á los otros». Si estamos en la base de la montaña, seremos conmovidos cuando oigamos estas prohibiciones, porque ellas deben llevar el terror á los corazones culpables, pues cuando la conciencia nos golpea con su desaprobación nos hace á todos cobardes.

Moisés y Shakespeare se hallan juntos frecuentemente. Mas, cuando hayamos ascendido bastante hacia la cima de la montaña ó nos hallemos en el corazón de ella y oigamos el eco de la detonación del trueno, que llega á la tranquila cámara del santuario interno, no oiremos las amenazas ni las condenaciones, sino las dulces promesas en Israel hechas á los santos á causa de su amor á la santidad, y nada que sea falso ó vil podrá sobrecogernos.

Aunque otros roben, Israel será honrado; aunque otros mientan, Israel será verdadero; de qué otro modo puede cumplirse la misión de Israel como más iluminado entre toda la familia humana? Su código de moral es seguramente muy elevado y mucho necesita hoy ser reforzado. Este código insiste en que ningún obrero será defraudado ni de una fracción de su salario, y que ningún respeto indebido será otorgado al rico, ni llevará desprecio sobre el pobre; y para llegar al colmo de la moralidad práctica debe darse fuerza á las palabras: «No andarás de arriba á abajo con chismes entre las gentes».

Las murmuraciones son de antigua fecha. Ninguna literatura deja de mencionarlas, y especialmente el venerable Pentateuco protesta contra la continuación de tan nefasta ocupación. «No odiarás á tu prójimo en tu corazón» viene en primer lugar como precepto, y enseguida se lee: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo». Entre estos consejos importantes y superlativamente grandes están muchas reglas ritualísticas que, á menos de interpretarlas espiritualmente, puede muy bien suponerse que se

refieren á otros tiempos que estos; pero de eso no podemos ocuparnos ahora.

Todavía leyendo el Levítico, XIX, hallamos que no hay allí absolutamente justificación alguna para la ignorante suposición, tan extendida y propagada, de que antes del advenimiento del Cristianismo un *prójimo* significaba solamente un co-partidario, un correligionario. Esa afirmación es absolutamente falsa en la historia, pues está probado por estas palabras (vers. 34): «El extranjero que habita con vosotros será como nacido entre vosotros, y le amarás como á tí mismo». Esas palabras sublimes se hallan en la versión del rey Jacobo, y por consiguiente han estado por casi trescientos años en el idioma vulgar de todos los lectores de la Biblia que hablan inglés; de ahí puede haber salido el falso cargo contra el primitivo Judaísmo, de que no aconsejaba la hermosa doctrina tan admirablemente ilustrada por Jesús, cuando, después de relatar el incidente del buen Samaritano, que auxilió á un hombre que no era de su propia raza ó religión, dijo él á todos los que le preguntaron acerca del prójimo: «*Anda, haz lo mismo*».

Ha llegado ya el tiempo para un restablecimiento completo y enteramente honrado de la doctrina cristiana, y en el hecho de este restablecimiento no es menester proclamar honor alguno para el histórico Cristo, porque todos los evangelistas refieren que él declaró que había venido á dar cumplimiento á la antigua Ley, y la Ley de Dios sólo se cumple en el amor. «No cometeréis injusticias. Tendréis balanzas y pesas justas».

Cualquiera que sea la importancia que puedan tener la «pesa justa» y la «balanza justa» en la plaza del mercado, y aunque sea recomendable la teología del áspero inglés unitario, á quien se le preguntó qué es lo que incluía en su credo unitario, respondió prontamente: «Un solo Dios, ningún demonio y veinte chelines en la libra»; como investigadores de las causas y los efectos, no disputamos por las meras formas exteriores de moralidad, y sabemos por consiguiente que cien centavos en el dollar y dieciséis onzas en el peso de una libra, no pueden comprender todos los requisitos de la ley moral, que reprueba el odio secreto é insiste sobre el amor franco.

Siempre es lastimoso oír únicamente en cada veintidós de febrero que Jorge Washington jamás mintió, porque si el panegirista que hace el discurso de aniversario no tiene otra cosa que decir en su elogio, algún chocarrero puede muy bien preguntar: «fué mudo, señor?» y ocasionar así una violenta explosión de risa en una reunión popular. «Washington habló siempre la verdad», es una buena introducción para un panegírico, y si el tema fuese bien desarrollado, como un orador de mediana habilidad puede subir prontamente á las alturas de la sublimidad real al describir el carácter de un verdadero héroe, de quien se puede decir con orgullo que fué el primero en la paz y en la alección de sus compatriotas.

Cuando Eduardo Bellamy tuvo ocasión en su «Looking Backward» de notar que hacia la conclusión del siglo xx los Diez Mandamientos ya no podrían ser usados en su actual forma negativa, al-

gunos esforzados campeones de la letra, que parece no han alcanzado mucho del espíritu del Decálogo, impugnaron á Bellamy por haber hablado irrespetuosamente de la Ley Mosaica.

En 1890, cuando «Looking Backward» era la obra sensacional del día, dimos una serie de conferencias en San Francisco sobre «La Antigua y la Nueva Psicología», que atrajeron grandes auditorios y en las que dijimos francamente que Bellamy podía sin temor confrontarse con Moisés; y además, que él podía estar sin avergonzarse en la presencia del Dios de Moisés, si su principal ofensa ha sido el volver á traducir los Mandamientos y decir á los niños del presente que de esta fecha en cien años en las sinagogas é iglesias podrían oír: «Tú serás honrado» y «Dirás la verdad con respecto á tu prójimo», en lugar de las antiguas frases que nos aconsejan contra el robo y la mentira, que podemos muy bien esperar se hayan vuelto anticuadas y olvidadas cuando Boston regenerada haya abolido la cárcel de Charlestown y convertido todos los barrios sucios y pobres del Extremo Norte, en un distrito tan completo y hermoso como el muy celebrado hoy de Back Bay. La letra de la ley es llamada con frecuencia el yugo pesado del Torah. En estos últimos años nada ha contribuído tanto para atraer á los más prominentes literalistas á la lectura de las novelas y á los teatros, como la novela dramática altamente reputada de Israel Zangvill, «Los Hijos del Ghetto», por la vida real, bella, santa, heroica y esquisitamente vital, aun cuando el carácter del «Rabbi Shemuel» encarna indudablemente el error fanático

de la interpretación demasiado literal de la ley, concerniente al divorcio que sigue al falso matrimonio, y que es sólo un sustituto farsante puesto en evidencia para todo casuístico honrado.

Podemos admirar en verdad la devoción á los ideales y el heroico espíritu del propio sacrificio por la causa de la moral, pero por desgracia el fanatismo es de confuso entendimiento. Confunde la superstición con la convicción, y no hace descansar sobre base de roca el edificio de la verdad, sino sobre la deleznable arena del legalismo siempre variable.

Para muchos, el Noveno Mandamiento no es más, al parecer, que una simple protesta contra la mentira, porque el que sostiene un falso testimonio es seguramente el que dice lo que no es verdad; pero desde un punto de vista metafísico el precepto alcanza á mayor profundidad que la lengua. Nunca dejamos de aprovechar cualquiera oportunidad para declarar que es imposible refrenar la lengua si á los pensamientos que formulan las palabras se les permite vagar y recorrer los campos del error ó la venganza.

Toda la tragedia de *Otelo* es una protesta de Shakespeare contra la costumbre de dar oídos al calumniador. «Emilia», la mujer dulce y de mente pura, no se siente inclinada á creer en el delito de «Desdémona», pero la invención del traidor «Yago» es acogida como verdad por «Otelo» porque este «Moro de Venecia» ha permitido que la amarga semilla de los celos ó la tonta sospecha se arraiguen en su espíritu demasiado apasionado.



Es un paso muy corto y muy fácil para el que escucha una calumnia, el repetirla, y es igualmente fácil y sencillo repetir lo que puede ó no ser verdadero para el que inventa lo que es incuestionablemente falso. Cuán lastimoso debe ser el estado mental de esos pobres simpletones, que creen están haciendo un servicio á la causa de la virtud, al tratar y propagar todos los rumores de supuestas transgresiones que manchan la reputación de sus prójimos, con la esperanza de que están combatiendo de ese modo el vicio. Sería falta de caridad y quizás también una injusticia, acusar á todo el que trafica con los escándalos, de un deliberado deseo de hacer daño á los otros ó de elevarse sobre la ruinoso caída de los demás; pero es ciertamente difícil creer que la calumnia y la detracción puedan estar animadas de un verdadero deseo de servir á la causa del honor y la pureza.

Sabemos que, en ciertos respectos, estamos expuestos al cargo de que somos «extremistas», y puede ser uno de nuestros extremismos el protestar con todas nuestras fuerzas contra el dar oídos al vituperio; pero es tan grande el mal hecho al inocente y son tantas las mentiras maliciosas que se propagan y multiplican por ocultar cuentos calumniosos, que preferimos ser contados entre aquellos que trabajan porque todo aquel que desee ser tenido como un genuino médico espiritual, debe evitar cualquiera acusación contra alguno.

Qué clase de espectáculo exhiben ante el mundo los «reformadores» cuando se difaman unos á otros? Cómo puede esperar una persona inteligente que la

causa de la paz universal y del arbitraje pueda avanzar en verdad, cuando se atribuyen los peores móviles á aquellos que no han aprendido todavía una manera más excelente y están aún comprometidos en un sistema injusto de hacer la guerra? Es razonable esperar que inteligencias suspicaces se sientan dispuestas á aliarse con las organizaciones nuevas (que amenudo prometen mucho y cumplen muy poco), mientras los peores elementos, de los cuales creyeron prescindir cuando se separaron de las instituciones viejas, están prosperando y adoctrinándose en cada seminario novelero?

Puede haber conferencias, convenciones, invitaciones sin número en interés evidente del pensamiento «nuevo», «progresivo», «elevado», «avanzado», «metafísico» y de toda otra clase; pero si la leche de la bondad humana está ausente de ese prometido banquete, todos los manjares intelectuales en esa espléndida mesa dejarán de nutrir, aun cuando atraigan con éxito á esa fiesta de novedad á los investigadores genuínos é íntegros de la verdad.

El vegetarianismo y el anti-viviseccionismo son probablemente resultados de un sentimiento ternísimo, y tienen por su principal objeto el humanizar y dulcificar toda la raza, y sin embargo con demasiada frecuencia encontramos publicados los discursos y escritos de los vegetarianos y anti-viviseccionistas, justamente como si fuesen tan beligerantes como aquellos hombres en general, que acostumbran tontamente caracterizar una muy considerable proporción de discursos y ensayos, consagrados á la excelente causa del sufragio equitativo. «Oh, cómo

disputan en una reunión por la paz», provocando así naturalmente la risa, á causa de los absurdos incongruentes de la situación; pero los que buscamos el verdadero avance de la causa de la paz y la buena voluntad entre las naciones de la tierra, debemos considerarlo con más seriedad que con esa horrible anomalía de reirnos de esa noble causa.

En nombre de la razón, cómo vamos á echar abajo la guerra fomentando las feroces pasiones de mutua hostilidad que sólo puede hacer posible el conflicto? Debemos comprender muy bien que estamos tratando de llenar una misión divina, siempre que protestamos de medidas que equivalen á una infracción del Noveno Mandamiento, y que debe ser combatida por la adopción de una nueva manera de salvación que es contraria de condenación. Sépase una vez por todas, que el regañar no corrige los males ó dulcifica las disposiciones, y admítase también que esparcir el mal no es destruirlo; entonces estaremos en camino de llevar á cabo las grandes y gloriosas reformas que comienzan á asomar en el horizonte de nuestros ideales, y á que todos debemos cooperar para que se realicen lo más pronto posible.

Alentar de cualquier modo al calumniador y al que habla mal, es apoyar la mentira más de lo que muchos creen. El único medio estrictamente seguro es poner oído totalmente sordo á todos los rumores dañosos que pueden llegar á nosotros. No es reprender á un calumniador el aparecer sorprendido y exclamar: «Oh, no digáis eso!» ó «Nunca podría creerlo!»

Se necesita un tratamiento severo para el difa-

mador y ninguna medida es más efectiva que hacer conocer al que propaga el escándalo, que miramos con desprecio todo rumor maligno ó insinuación poco honrada. Los que practicaban las curaciones mentales son impotentes para efectuar ningún mejoramiento en las condiciones morales, mientras pinten cuadros de inmoralidad y los contemplen en su propia conciencia.

Ningún muchacho vagabundo vuelve jamás al hogar como un pródigo arrepentido, porque alguien cante: «Dónde está mi muchacho que vagaba anoche?»; pero miles de vagos pueden ser atraídos al hogar por tales padres como el que fué elemento en la historia del hijo pródigo, que estuvo pronto en el camino para recibir y dar la bienvenida á su hijo cuando éste se presentó. Sentencias como estas: «Una vez él fué puro» y «Decidle que á pesar de sus desvíos le amo todavía», son palabras generadoras de sentimientos hermosos y eficaces sugerencias que ayudan verdaderamente al débil y vacilante á resistir á la tentación y crecer fuerte para vencerla en el futuro, si en una hora de debilidad pudo ceder ignorantemente.

Si dais á un joven ó á una joven una buena reputación en la vida, aún cuando no la merezca completamente, le servirá con seguridad para atraer esa alma joven á más nobles conquistas, al paso que una mala reputación que la deprima, es la más grande maldición que un carácter en desarrollo pueda tener para la lucha. Muchas personas tenidas como piadosas se mantienen en acecho, espionando cada movimiento de los que están bajo su cuidado,

y después propagan los cuentos más vergonzosos, por lo regular muy exajerados, aún cuando no haya ningún fundamento en un hecho real para ese cuento.

Un joven, de cinco pies nueve pulgadas de alto, como de veintidós años de edad, que llevaba un paletó claro, fué visto entrando en un salón de licores á una luz indecisa. Inmediatamente una madre, cuyo hijo podía responder vagamente á esa descripción, fué informada que su hijo querido, el ídolo de su corazón, se estaba volviendo pronto un borracho confirmado, jugador y algo más que le haría un desgraciado. El miserable que dijo esto á la madre fué un «piadoso diácono» ó una de las mujeres superlativamente santificadas, sin cuya influencia y auxilios valiosos muchas iglesias militantes se habrían hecho pedazos. Porque la «querida señora Fulana», ó el «piadoso señor Zutano» contó este terrible suceso, es aceptado como una verdad; siendo así que la pobre «señora Mengana» fué destrozada en su corazón. Por supuesto es en vano que «Carlitos» proteste, cuando se le hacen los cargos de haber despedazado el corazón de su madre viuda: «Ha debido ser algún otro joven que se me parezca, porque yo he estado fuera de la ciudad en esa noche por asuntos de la casa que me emplea». Cualquiera confesión de inocencia de parte de «Carlitos», no es sino un nuevo dardo que se clava en el lacerado costado de su madre, porque en su torcida visión obsesionante, aquélla es una nueva prueba de que su hijo *catdo* (antes virtuoso) es tan mentiroso como

borracho, jugador, y el cielo (más bien el infierno) solamente sabe qué otra cosa más terrible.

El falso testimonio muy pronto sería extinguido, la mentira muy presto caería en inofensivo desuso, si hubiese más miembros en la santa congregación de las «Vivoras Sordas» cuando el escándalo vibra en el aire. Pero muchos dicen: alguno seguramente hace el mal en el mundo, pues de otro modo no podrían ser perpetrados los ultrajes. Ciertamente, ese es el caso, pero el culpable Esterhazy y Paty du Clam, no el inocente Alfredo Dreyfus, son los que suscitan ultrajantes acusaciones. Generalmente el acusador, no el acusado, es el culpable; será un día feliz para la moral cuando el mundo despierte al conocimiento de esta certidumbre.

Las mentiras se dicen para cubrir ofensas, la cobardía sugiere ofensores para desviar la censura con la esperanza de escapar al castigo. Los juicios de Dios no son en verdad los juicios del hombre, porque el hombre mira sólo la superficie, mientras que Dios es el supremo lector de los corazones. Un niño ó una niña en la escuela tira la tinta y mancha un escritorio ó una alfombra. El temor del castigo que se seguirá sin duda al descubrimiento ó á la confesión, ocasiona en muchos niños tímidos y temblorosos el buscar alguno sobre quien echar la falta, y como los animales son mudos (á lo menos en lenguaje humano) un gato ó un perro sirve como una eficaz víctima de sacrificio. «Señor maestro (ó señora maestra) el gato subió á la mesa y regó la tinta», es excusa plausible; así el pobre gatito viene á ser la víctima propiciatoria, y el pobre maestro

ciego masculla la escritura: «Estad seguros de que vuestro pecado será perdonado»; pero á causa de su falta de penetración, algún niño ha tenido su primera lección en la intcua doctrina del sacrificio propiciatorio.

Con mucha frecuencia también los castigos no están en proporción con las faltas; y á causa de esto muchos débiles y pusilánimes acusan á una inocente persona que no puede defenderse bien, no por deliberada malicia, sino únicamente para escapar á un irrazonable, aunque no enteramente inmerecido, castigo.

La corrección que puede bastar para conducir á un niño á evitar errores en lo futuro, es benéfica y sirve de remedio, pues una amable reprobación nunca engendra falsedad, sino que sirve para desarrollar el sublime espíritu encarnado en el hermoso personaje «Feraz», de la admirable novela de María Corelli titulada *El Alma de Lilith*, en la que un joven altamente estimable y amable está representado predicando que él puede recibir voluntaria participación en todo castigo que sea necesario.

La falsedad no puede resistir la presencia de la verdad. La insolente desvergüenza no puede sostener la mirada serena é investigadora de unos ojos completamente sinceros. El maestro que pueda afirmar justamente: «Yo conozco la verdad cuando la oigo» es aquel cuya influencia para el bien entre la juventud sería inmensa. El chismoso y el que no la escucha son suficientes para hacer imposible el desarrollo de la clarividencia y de la psicometría, porque el *sub-yo* (más correctamente el *super-yo*) que es el

asiento de la percepción psíquica, nunca es conocido ó atendido por aquellos que dependen de los medios exteriores de información respecto de los que les rodean.

En cuanto á referencias, testimonios, etc., no hay nada que aliente más la falsedad como el valerse de medios espúreos fácilmente manufacturados: Lo que se ha dado en llamar referencias de «floreo» ó «A. N.º 1», son trampas y lazos para los crédulos, pues muchos son tan ciegos á todo signo que revela el carácter á primera vista, que alientan positivamente el engaño en todas sus formas, sólo por su propia estupidez, para observar las indicaciones palpables.

Los espiritualistas levantan con frecuencia el grito contra los farsantes en sus filas, pero el fraude continúa floreciendo en muchos lugares justamente á causa de que la palabra de alguien en *pro* ó *contra* es tomada en cuenta en cada caso particular. Las Sociedades de Investigaciones Psíquicas están en capacidad de hacer una obra verdaderamente valiosa siguiendo sus investigaciones por medio de un examen científico desapasionado, pero ni aún Crookes, James, Hyslop, Hodgson, ó cualquier otro nombre honorable, es suficiente para atestiguar la evidencia, sino de la manera que estos hombres competentes han sabido buscarla para sí mismos.

No queremos decir con esto que el testimonio evidente es inútil, lejos de ello; pero sostenemos que para ser verdaderos científicos, necesitamos aprender á usar nuestra facultad individual de discernimiento, cultivando así la facultad profética que es

inherente á cada uno de nosotros. El vilipendiar simplemente la mentira y el falso testimonio, nunca acabará con estas malas yerbas, porque la gente que más se permite estas abominaciones es la menos noble y heroica de la sociedad, y, á causa de su falta de sentimiento moral, no le alcanza la simple condenación de una ofensa contra el orden social. Mas, hágase conocer desde luego á los culpables que es en vano que digan falsedades, y entonces el simple interés propio les conducirá á dar los primeros pasos hacia su progreso moral, cesando en la perniciosa práctica que antes se permitían.

El falso testimonio se emplea con frecuencia más bien para amparar á un ofensor, que con el dañado fin de condenar á un inocente. La cobardía—y nada realmente es peor que la cobardía—descansa en la raíz de una inmensa suma de testimonios falsos, y un cobarde sólo necesita que se le diga que su falsedad no le es de provecho alguno ante una vista espiritual penetrante, que conoce la inocencia en cualquiera parte que la vea, y que por consiguiente no cree que el delito esté á la puerta del que es inofensivo.

No es absolutamente bueno castigar de una manera arbitraria por decir falsedades, porque esos castigos, aplicados generalmente por personas irascibles (particularmente á los niños), sólo sirven para alentar las maniobras clandestinas de hacer el mal evitando ser descubiertos. El tratamiento moral y mental sugiere á cualquiera que habla falsamente: «amad la verdad en vuestro interior, podéis y debéis hablar la verdad y sólo la verdad en lo sucesivo.

Amad á vuestro prójimo como os amáis á vosotros mismos, pues sabéis muy bien que todos los intereses humanos están servidos por la verdad y sólo por la verdad».

No es necesario limitarse, cuando se administra un tratamiento mental, á alguna fórmula estricta que esté impresa ó á palabras que deban ser recordadas, pero las anteriores frases sencillas pueden servir de guía para muchos que están procurando con empeño conducir á los niños (y también á los adultos), fuera del ciénago de la falsedad y hacia la elevada cumbre de la verdad pura. El amor y la verdad deben preceder al que habla verdad, por tanto, sólo el educador moral puede ejercer decidida influencia para librar al mundo de la amarga maldición de hablar mal, que es la fuente fecunda de inmensa miseria.

«Yo consagro todos mis órganos vocales al servicio de la verdad pura», es una afirmación muy benéfica. Cualquiera jaculatoria mental será de gran valor, en innumerables casos, para ayudar á los que están viajando hacia la cima de Sión, á que alcancen la región más luminosa, en donde puedan exclamar con alegría: «Todos amamos el hablar la verdad acerca de nuestro prójimo».





## Conferencia XI

---

### El Décimo Mandamiento

---

NO CODICIARÁS NADA  
QUE SEA DE TU PRÓJIMO.

Hemos llegado á la cima del Decálogo, y estamos en el deber de considerar un Mandamiento cuya importancia es tan vasta que su carácter puramente espiritual ó metafísico es en absoluto evidente. Los otros nueve mandamientos pueden tener para los literalistas referencia única, ó principal, á la conducta externa, como la comprendida en las palabras y las obras, pero la codicia no es una ofensa exterior ó visible. Es de naturaleza interna, y pertenece al pensamiento y á la afección, no á la palabra ni á la acción. Es, por consiguiente, un pecado secreto, y como tal pasa frecuentemente sin ser notado ni condenado, cuando las ofensas de carácter notorio ó público son rápidamente denunciadas por los encargados de la observancia literal de las leyes. Cuando leemos en una de las epístolas del Nuevo Testamento las tremendas palabras: «Aquel que in-

fringe la Ley en un punto es culpable en todos», nos hallamos inclinados á creer que el escritor de esa acusación especial debe haber tenido presentes los Diez Mandamientos.

Una ofensa secreta es siempre la que mina más completamente la virtud, porque lleva en sí una oculta tarea destructiva no sospechada. No levantamos una acusación escarnecedora contra los que pecan con el pensamiento, porque muchas veces ellos no conocen que esas iniquidades mentales son de serias consecuencias. Debido á esa intensa y en verdad bárbara devoción que todavía se paga á las meras exterioridades, se deja crecer á los niños, por regla general, sin una idea adecuada de la importancia del pensamiento como un modelador de las condiciones externas. «Como un hombre piensa en su corazón así es él», significa claramente no sólo que Dios ve y lee en el corazón y que todos los juicios espirituales pasan por el discernimiento interior, en vez de la observación exterior, sino que además de esto significa que todo pensamiento secreto insospechable labra su expresión exterior, como que teje su vestido característico, y hace inevitable, por el incesante trabajo de la ley de las correspondencias, un cuerpo exterior que es semejante á la mente que lo ha formado.

Partiendo de los aspectos estricta y severamente morales del pecado de la codicia, debemos, como pensadores científicos, tratar mucho acerca del efecto del pensamiento, no sólo sobre la salud del cuerpo, sino también sobre las ulteriores circunstancias. Hace como veinte años, cuando el «frenesí» por las

curas mentales estuvo en toda su fuerza en los Estados Unidos, innumerables personas fueron arrebatadas por una teoría superficial de tratamiento que comenzó y terminó con la esperanza de que, de una manera misteriosa, podía encontrarse una panacea para los males físicos en un extraño sistema de pensamiento y práctica que deleitaba tanto más á la multitud por su novedad é incomprendibilidad. Miles de hombres y mujeres pagaban grandes precios por un curso de instrucción que consistía en doce lecciones de «Ciencia Cristiana», y después iban á curar á todo el que estuviese enfermo, y todos sabemos el gran éxito y también los lamentables fracasos que fueron narrados por las crónicas.

Ahora hay un grande interés en combatir tanto la pobreza como la enfermedad, y muchos maestros y practicantes metafísicos no vacilan en decir que la pobreza y la enfermedad son una misma cosa, de modo que si la una puede ser curada también la otra lo sería. Hay una continuidad lógica é histórica que se revela en este asunto especial, en los dos dominios de la acción mental tan distintos, pero íntimamente relacionados: el triunfo sobre la enfermedad y la pobreza. Grande significación se atribuye al hecho de que fué primero la enfermedad y después la pobreza lo que se ha tratado de desterrar por los métodos mentales, porque debemos en primer lugar hacernos superiores, dentro de nosotros mismos, á la acción de las condiciones adversas, antes de que estemos aptos para dominar las circunstancias que nos rodean.

La codicia es uno de los más grandes obstáculos

anticipados para prosperar en toda empresa, porque la persona codiciosa está constantemente mirando fuera de sí misma y deseando apropiarse lo que es propiedad de algún otro ser humano. Se necesita especialmente un lenguaje lo más llano posible, fuerte, investigador y que enseñe sobre este asunto. La paja indica en qué sentido se agita la corriente del aire, así muy notables y sugestivas «pajas» se ponen casi siempre en evidencia cuando escuchamos las señales casuales de personas que están deseando continuamente, aunque fuese sin malicia, el poseer alguna cosa que es actualmente propiedad de otro. Es lastimoso observar en el mundo la clamorosa injusticia, que nadie sabe, al parecer, cómo rectificar, á menos que sean unos pocos persistentes metafísicos que están clamando desesperados con gritos de angustia por las fraternidades, porque insisten en creer que no gritando contra la actual desigualdad jamás se establecerá una condición de igualdad. Aunque podamos ser iguales esencial y potencialmente, al presente somos en extremo desiguales en nuestra posesión de los grandes principios fundamentales de la ley y el orden universales. Siempre que uno codicia lo que otro posee se acusa á sí mismo de insuficiencia é incompetencia, porque confiesa que le falta algo que no puede adquirir, desarrollar ó atraer legalmente. No hay mezquindad en el sistema de la Naturaleza ni en la naturaleza de las cosas; ningún gran maestro ha enseñado nunca el egoísmo ó ha aconsejado la envidia.

Leemos en los evangelios que cuando algunos miles de hombres, mujeres y niños estuvieron con

hambre, Jesús multiplicó el pan y el pescado en tal cantidad, que cuando todos estuvieron completamente satisfechos, los discípulos de este admirable maestro que hacía tales maravillas recogieron doce canastas de sobrantes, y de ese modo proveyó abundante alimento para la multitud en el desierto.

Sabemos muy bien que la «alta crítica» trata de arreglar la letra de todo pretendido milagro y descuida la lección espiritual que puede transmitir una fábula ó un poema significativo. No disputamos con los «altos críticos» á este respecto, porque comprendemos perfectamente como ellos que la letra de una historia antigua no es de gran valor para la gente de hoy. Al mismo tiempo no vemos la razón para negar la posibilidad de las ocurrencias literales, no necesariamente sobrenaturales, pero tan extraordinarias que aparecen como tales para los que presencian los fenómenos misteriosos. Una tendencia tonta, que se ha generalizado, de limitar á la Naturaleza es fuente de interminables controversias y disputas.

El Psiquismo moderno está arrojando nueva luz sobre la antigua magia y la alquimia, y estamos comenzando á desnudar al Supernaturalismo del misterio con que se le ha cubierto por largo tiempo. Pero nuestra inmediata tarea no es profundizar en el siempre fecundo tópico de los «milagros», sino mostrar solamente cómo podemos alcanzar, desarraigando la codicia, un saludable y feliz estado de relativa opulencia, en lugar de permanecer fijos en la rufna crónica de una pobreza sin esperanza, en la que está hoy mucha gente de sanas intenciones.

La codicia es en sí suficiente para explicar la causa de esa gran cantidad de desastres y ruinas que afligen á la raza humana. «Yo deseo tener su pelo», dice una inocente muchacha, que asomada á la ventana ve pasar una radiante joven cuyos magníficos rizos están libremente expuestos á la vista de los transeuntes. La muchacha de la ventana no tiene intención de apropiarse subrepticamente el objeto de su admiración, ese exuberante pelo, pero sí está debilitando inconscientemente sus propias delgadas trenzas arrojando una porción de su fuerza ó energía en un deseo tonto y antisocial de poseer los rizos de otra joven. A medida que los años pasan, es alguna otra cosa, como un coche, una casa, la fortuna, los amigos, la reputación y aún el esposo de alguna otra mujer lo que codicia, y la pobre codiciosa está vaciando sin saberlo su propio tesoro y desperdiciando sus oportunidades de enriquecerse legítimamente, á causa de desear con vehemencia las pertenencias de otra persona, en lugar de proponerse estudiosamente el trabajar por elevar su propio carácter hasta obtener para sí misma la salud, la felicidad y el poder de ser útil á los demás. Los crímenes atroces son cometidos con frecuencia como un resultado final de la codicia; pero aún cuando no se trate de ningún acto criminal, hay una constante pérdida de vitalidad como efecto del deseo de tomar de los otros, en vez de elevarse hasta ser como un imán que nos atraiga todo lo que deseemos.

Las naciones comienzan á debilitarse internamente en el mismo instante en que empiezan á codiciar el territorio de otras naciones. El descontento

y la atrofia, en unión de muchas inmoralidades flagrantes, resultan prontamente cuando se trata de subyugar otros países en vez de hacer avanzar el nativo. En nuestra opinión, América ha cometido recientemente algunos serios errores, y aunque no hacemos ninguna grave acusación al Presidente ni á ninguna administración pasada, no vacilamos en decir que, si en el ánimo de los Estados Unidos se alimentase el deseo de anexionar otros pueblos contra su voluntad, ello equivaldría á una espina clavada en el costado de Colombia, que embarazaría su avance hacia su misión de riqueza interna y de luminosa civilización. Aunque parece que algunos hijos nacen con mejor destino que otros, tienen por lo mismo que operar su engrandecimiento más rápidamente que los otros, pues hay suficiente vitalidad en cada uno de nosotros para llevar á efecto un considerable número de sucesos prósperos, si abandonamos una vez por todas el antiguo y ruinoso espíritu de depender del acaso, de la suerte, de la fortuna, que es para muchos como el genio del mal.

La grande prosperidad comercial del pueblo judío, es en gran parte debida á su convicción general de que tiene en sí mismo una habilidad poco común para dirigir las finanzas y conducirse científica, literaria y artísticamente. Los agitadores antisemíticos y sus imbéciles secuaces son una partida de enclenques que tienen la profunda percepción de su impotencia innata para hacer una eficaz competencia á los Hijos de Israel; es por eso que dicen falsedades, arrojan cieno y llaman «parásito» á un hombre que tiene más plena confianza en sí mismo

que sus bajos detractores. Los judíos son con frecuencia opresivos y no siempre amistosos, pero tienen entera confianza en sí mismos, son perseverantes é industriosos y procuran más bien elevarse ellos mismos que deprimir á sus semejantes. El apego de familia ó de tribu, del cual el típico «Ghetto» judío, que ha sido constantemente acusado, es en sí mismo una muestra de fuerza, porque está basado en la cooperación y la reciprocidad, que es lo contrario del odio y del desprecio mutuos.

Ningún pueblo está completamente libre de codicia, así sean los pobres fracasados judíos como los gentiles, pero la herencia de Israel ha sido siempre el Torah, del que el Decálogo es la verdadera quinta-esencia. Hablando científicamente, todo pensamiento ó deseo fijo sobre algún objeto exterior, que está en posesión actual de otro, produce una vibración en el sistema del que codicia, y el efecto de todo desacuerdo es destructivo para la propia fibra ó tejido del organismo humano.

La música puede ser empleada con el mejor éxito como agente curativo por algún músico elevado que siente la armonía y la reproduce exteriormente. La energía se pierde, la fuerza se deteriora permitiéndose, aunque sea en el menor grado, el pensamiento dañoso de que nuestro buen éxito en cualquier asunto significa el fracaso de otro, ó que el triunfo de cualquier otro es señal de nuestra derrota. En el jugador hay un deterioro fisiológico continuo y creciente acompañado de otro igual psicológico; todos los juegos de azar son debilitantes, porque engendran la esperanza de adquirir algo de otro

por la suerte, en vez de obtenerlo por un honrado esfuerzo. Todos los grandes profetas de la antigüedad rechazaban indistintamente á los altos empleados de la iglesia y del Estado. Josías veía la más grosera perversidad en los más altos puestos y no vacilaba en decirlo así. Por consiguiente, no debemos sorprendernos de que los lugares «santos» sean con frecuencia los criaderos del mal y los incubadores de los peores vicios que infestan la sociedad. Qué daño hay en la rifa de una colcha ó de un cuadro de fantasía? es una pregunta que nos han hecho muchas veces. No hay en ella una falta de honradez ni un proceder indigno, con tal de que la rifa sea efectuada honorablemente; pero en su forma más correcta y menos ofensiva, inculca una doctrina diametralmente opuesta á la moral social más elevada. Por qué desearé yo que noventinueve personas después de mí paguen un chelín ó veinticinco centavos por un objeto que vale 5 libras ó 25 dollars, que yo espero llevar á mi casa para adorno de mi habitación, cuando yo no he hecho nada para ganar esos 25 dollars, excepto el poner mis 25 centavos, como lo han hecho los otros noventinueve, en la lotería? Es verdad que cada una de las cien personas corre la misma suerte, pero no podemos construir un noble carácter ni un negocio próspero sobre una base estable mientras apelemos á la suerte. «Esa es mi suerte», «Oh, sois un perro sin fortuna» y otras expresiones semejantes, al parecer inocentes, todas deben ser rechazadas para que podamos construir una base donde levantar el edificio, ó trabajar desde el centro á la circunferencia en la evolución de la



prosperidad. Todo deseo de adquirir algo por nada debilita la fibra moral y obra aún contra la opulencia financiera. El «pariente pobre», ó el pariente ocioso que depende de cualquier hogar, se degrada muy pronto, y así sucede con toda persona que está continuamente obrando por medio de los otros, quienes nunca creen que esos pobres puedan trabajar honorablemente por sí mismos.

La ingratitud no siempre es tan baja como parece; esto se muestra en el patético incidente de Beethoven y su sobrino. Pagar las deudas de un joven jugador ó criar á una joven en la ociosidad, no es bondad ni caridad; por consiguiente, si uno que ha sido educado inmoralmente, le paga con ingratitud al educador, si ha de recaer censura por ese hecho, ambos lados tienen su parte en ella, aunque para los observadores superficiales aparece el uno como la encarnación de la bondad y el otro de toda maldad. Si Enrique Ibsen hubiese estudiado más profundamente la psicología, habría sido menos pesimista en sus dramas, y aún así, sus obras más tristes son sólo comentarios tétricos de estas antiguas palabras verdaderas: «lo que sembramos, cosechamos».

La codicia mina la energía porque desvía la corriente de la fuerza vital del individuo hacia un extraño y ajeno conducto. Si estáis mirando constantemente á la casa vecina, deseando que sea vuestra en vez de que siga siendo propiedad de su actual poseedor, vuestra energía física cruza la calle y se acumula en el otro lado; si hacéis esto durante mucho tiempo y os permitís esa práctica con fre-

cuencia, podréis ver que vuestro vecino aumenta con persistencia su salud mientras más estáis deseando que su casa sea vuestra. Por otra parte, si razonáis de este modo con vos mismo: «El vecino tiene una buena casa y me alegro que la tenga, pero yo voy á tener también otra buena casa», seréis positivamente alentado por el buen éxito y vuestras facultades permanecerán despejadas, haciéndose cada vez más vigorosas, y pronto comenzaréis á dar pasos más prácticos para haceros con una casa.

Los que prosperan son reconcentrados, no importa cuál sea la línea de trabajo que se emprenda, y están muy ocupados en sus negocios ó sus empleos para que pierdan su tiempo en codiciar las cosas de sus prójimos. Las iglesias son amenudo ambiciosas, pero siempre que la ambición invade á una congregación religiosa, brotan las disensiones, declinan las rentas, hay un sentimiento general de desagrado y se despierta un deseo en la mayor parte de los miembros de buscar alguna otra filiación, mientras tanto los extraños que visitan el edificio son repelidos más bien que atraídos por su «atmósfera», por más hermoso que sea el edificio, más deliciosa la música y más elocuente el sermón.

Un cierto *Dr. Wolf* (Lobo) predica en su iglesia llena, y el *Dr. Bear* (Oso) dirige la palabra á sus oyentes en una casi desierta iglesia. El *Dr. Bear* comienza á argüir directamente acerca de que el *Dr. Wolf* es su enemigo, porque, en su visión mental torcida, si el *Dr. Wolf* pudiese ser removido ú obligado al silencio, la congregación de él vendría á ser suya. Nada de eso, señor; estáis completamente

equivocado. Cada predicador atrae sus propios secuaces, y hay muchos que se ausentarían de la predicación hecha por el Dr. Wolf, á menos de que el sucesor que llenase su lugar diese al público la misma clase de alimento mental y espiritual. Los predicadores no se hacen populares porque prediquen en determinadas localidades. El obispo Phillips Brooks no era escuchado por constantes multitudes porque predicaba en Boston, ó porque su púlpito estaba en la iglesia de la Trinidad, en Copley Square, pues él era seguido por las multitudes á donde quiera que iba, tanto que, cuando los párrocos de varias localidades se quejaban á él de la escasez de sus auditorios, les contestaba ingenuamente: «Juzgo que las iglesias están bien concurridas, porque á donde quiera que voy encuentro una grande congregación». —Era muy numeroso el público que iba á escuchar al Rev. M. J. Savage cuando estaba en Boston, aunque predicaba en una vieja iglesia de la calle West Newton, que poco después fué demolida, porque tan pronto como ese brillante unitario se fué á New York, el antiguo edificio de Boston vino á quedar casi vacío.

Durante treinta años el Dr. Joseph Parker atraía vastas multitudes al City Temple, Helborn Viaduct, aunque los londonenses no eran particularmente aficionados á ir á la iglesia de esa localidad en los Domingos, porque ese es un centro esencialmente comercial en los días de trabajo. El Dr. Emilio Hirsch, de Chicago, es la atracción de Sinat Temple, y si hubiese aceptado una oferta para ir á New York ó á alguna otra ciudad, á menos que algún

otro hombre igualmente poderoso y enérgico hubiera ocupado su lugar, la esquina de Avenida Indiana y calle Veintidós, no habría continuado siendo la tan conocida esquina judía. Estas ilustraciones son en extremo cansadas, pero son oportunas, porque sirven (entre cientos de otras), para convencer á toda inteligencia reflexiva, de que el codiciar la posición de otro es el acto de un consumado simpletón. Podrías llenar el lugar de otro aún cuando se os permitiese el ocuparlo? He ahí una pregunta dura. Si somos prudentes no deseemos cargar con los deberes, obligaciones y responsabilidades de otros, porque tenemos ya bastante que hacer para atender á nuestros compromisos, que son suficientemente onerosos y que se aumentan cada vez más.

Helena Wilmans, en su libro «Una Conquista de la Pobreza» ha predicado bien sobre el Décimo Mandamiento, aún cuando tal vez no lo ha mencionado, pero en todas sus exhortaciones á sus lectores para desarrollar su carácter individual, les dirige una homilia tomando el texto: «No codiciarás». Los borroneadores superficiales acerca de las contradicciones de la Biblia, han llegado actualmente al punto de imbecilidad cuando han dicho que Pablo, escribiendo á los Corintios acerca de los dones del espíritu, ha guiado á las gentes á codiciarlos. Qué risa debe provocar esa tonta afirmación entre los teólogos, sin decir nada de los profesores de la lengua griega, de la que se ha hecho una mala traducción al inglés. Si este discurso cayese en las manos de alguno que ignorase completamente la significación del pasaje aludido (I, Cor. XII, 31), que recuerde

cuando lo lea, que «desear con ahinco», ó «tratar con vehemencia de obtener», sería una buena versión del original, y está en perfecto acuerdo con todo el tenor de los versículos y capítulo concernientes á los dones espirituales. (Versión ampliamente revisada para la mayor exactitud posible). Pero aún cuando un hombre tan ilustre como Pablo apóstol hubiese aconsejado la codicia, ello solamente probaría la inferioridad de algunas de las enseñanzas de Pablo al contenido del Decálogo de Moisés. Sería una locura andar vagando en busca de las inexactitudes lingüales de las epístolas del Nuevo Testamento para apoyar en ellas la Ley divina que no necesita de ningún apoyo. Propongámonos todos una nueva resolución, una determinación sagrada de no permitir jamás que la más pequeña partícula de codicia invada el santuario de nuestros pensamientos. Imaginaos ahora la bendición que sería para el mundo, si mañana se levantase cada uno de sus habitantes, libre de todo deseo de tomar algo de las propiedades de su prójimo, sino que cada cual apareciese inflamado con el ardiente deseo de una aspiración á ser grande, noble, próspero, honorable por medio de su industria individual bien dirigida. La reciprocidad (no la competencia), es el honrado negocio de la vida. La cooperación universal podrá sólo sumergir todos los trusts (sociedades monopolistas) de hoy en un gran Trust del porvenir, en el cual todos los habitantes de la tierra estarán mutuamente interesados. Bellamy y otros profetas del siglo XIX alcanzaron á ver destellos de la Edad de Oro del futuro, pero los «Clubs Nacionalistas», aunque comen-

zaron con un gran vigor de trompetas, pronto llegaron á ser absorbidos por otras empresas, porque el espíritu de monopolio no estuvo ausente de su manejo interno. Nos contentamos con tener «corifeos», porque muchos de nosotros creemos demasiado en el poder de los corifeos y (aquí en secreto) deseáramos ser corifeos nosotros también.

El *corifeísmo* es fomentado por los que desean á su vez ser corifeos de otros, aunque les desagrade personalmente el tener sobre sí corifeos. En todas partes los falsos sistemas son la causa de la agitación y de la profunda miseria que prevalecen y que la Ciencia Espiritual está en el deber de combatir, no apelando á las falsas medidas externas que están en boga, sino adhiriéndose firmemente á esos principios sublimes de acción por los cuales deben estar sin reservas todos los genuínos metafísicos. «No codiciarás» puede ser transformado en Sión, como todos los demás Mandamientos, y cuando oigamos desde las alturas de Sión la nueva forma del antiguo Mandamiento, entonces sonará en nuestros oídos esta bendita enunciación: «Siempre te regocijarás del bienestar de tu prójimo, y comprenderás en tu corazón que la humanidad es una como Dios es UNO».

De cualquier modo que bendigas á tu prójimo te bendices á tí mismo, y lo que adelantase tu propio interés eso mismo hará avanzar el bienestar de tus hermanos. En la sentencia anterior está perfectamente compendiado el espíritu del Décimo Mandamiento.



## Conferencia XII

---

### Sobre la altura de Sión

---

#### LA LEY SALDRÁ DE SIÓN

En esta última conferencia trataremos de resumir en lenguaje sencillo unas pocas proposiciones fundamentales de la Ciencia Divina, que hemos expuesto brevemente en las once conferencias anteriores. Comenzamos la primera por una consideración general respecto del plan ó designio de una revelación, que podemos hallar aplicable á nuestra propia época y relacionada con nuestra propia vida.

Proseguimos después, en los diez discursos consecutivos, á tratar uno por uno de los Mandamientos, sin adherirnos de ningún modo á su significación literal estricta, que no puede tampoco ser del todo rechazada. Ningún comentador cristiano parece alarmado de la audacia de Pablo cuando dice: «No estamos bajo la ley sino bajo la gracia» y «la ley fué un maestro de escuela para conducirnos hasta Cristo». Discurriendo sobre las glorias del Monte Sión el mismo escritor dice: «No estamos en el Siná» y

compara entonces el monte que arde y que tiembla con la «asamblea é iglesia del primo-génito, cuyos nombres están escritos en el Cielo».

Aunque la convicción puede compelerarnos á diferir radicalmente de algunas enseñanzas que hace mucho tiempo están pasando como evangélicas, no estamos dispuestos á protestar en lo más mínimo contra una sola línea de lo que concebimos fué la intención del apóstol Pablo, cuando escribió esas conmovedoras palabras poéticas que han sido causa de que muchos le miren como el real fundador del reconocido Cristianismo.

Henry Wood, en *Victor Sirenius* nos ha dado un retrato de Saúl de Tarso, el intrépido discípulo del eminente rabino Gamaliel, que ha demostrado que el carácter fogoso ha sido originariamente propio del judío fanático y ultraortodoxo. Los setenta ancianos que constituían el Sanhedrím, el cual fué sin duda en ese período histórico uno de los más liberales y suaves de lo que sus traductores le hacen aparecer, pero aún cuando Henry Wood es siempre un escritor pulido, que jamás se permite la diatriba ó la invectiva hiriente, consideramos que en *Victor Sirenius* ha sido innecesariamente severo al tratar del Judaísmo convencional del tiempo de Saúl de Tarso.

Siempre ha habido varios partidos entre los judíos. Todos estamos familiarizados con los nombres de Fariseos y Saduceos que ocurren con frecuencia en los evangelios y todos los teólogos hablan de los Esenios ó Esenianos como un tercer partido, no menos activo, aunque comparativamente más tran-

quilo. El venerable Rabbi Wise, por muchos años Presidente del Seminario de la Unión Teológica en Cincinnati, dice que Jesús y sus inmediatos discípulos fueron Fariseos, y siendo así miembros del cuerpo de Fariseos, fueron los más vehementes en denunciar sus hipocresías que cualesquiera agitadores extraños á ese cuerpo.

Un hombre como el Profesor Geo Herron, en sus importantes libros sobre el actual estado social é industrial de la civilización, dice cosas más fuertes respecto de las iglesias y colegios, que las que dicen generalmente quienes nunca han sido profesores y que sólo han espigado de pública notoriedad lo que afirman acerca de la vida académica y eclesiástica.

Es únicamente un Savonarola, ó algún otro de espíritu semejante, el que puede azotar internamente á la iglesia y reprenderla por sus corrupciones y volverla á su primitivo amor, á fin de que no sea barrida de la faz de la tierra á causa de sus transgresiones. La más grande lección que puede obtenerse fácilmente de la conversión de Saúl en Pablo, se reduce para la gente de hoy á lo siguiente: No deis por más tiempo mayor importancia á las voces externas y apasionadas de los sacerdotes y magistrados, sino que debéis emprender vuestro propio camino desde Damasco ó Jerusalém, y una vez en ese camino veréis una luz y oiréis una voz, y si sois prudentes os volveréis hacia esa luz y contestaréis á esa voz y diréis al divino interlocutor que está expresando un conocimiento nuevo de la verdad para vosotros: «Hablad, Señor, que vuestro siervo os oye», y también: «Lo que vos queráis, eso haré».

Las voces exteriores están en conflicto, y, aunque los eclesiásticos pueden disputarse por la uniformidad, esa unidad es completamente imposible cuando la conciencia y la razón están igualmente encadenadas, y uno no puede ó no se atreve á decir que su alma es suya propia. «Esto es exactamente lo que no es», exclama el teólogo desde luego, «porque todas las almas pertenecen á Dios y sois responsable al Todopoderoso por vuestra alma que no es vuestra, sino de vuestro Creador». Si eso fuera todo lo que nos dicen los teólogos, no nos rebelaríamos contra su dicho, pero ellos en el acto proceden á levantar un edificio solfístico compuesto de sutilezas casuísticas, en las que tratan de aprisionar á todo librepensador en asuntos religiosos. Porque dicen: «El librepensamiento es abominable y la herejía es la peor de las ofensas». Los pensadores del mundo siempre han hecho una terrible acusación contra las jerarquías de los prelados, á causa de que subvierten la moral y hacen de ningún efecto la palabra de Dios con vanas tradiciones.

Como educadores morales, no podemos simpatizar de ningún modo con los sistemas que exaltan el credo sobre las obras, y hacen depender la salvación de la creencia en los dogmas y del cumplimiento de ordenanzas, antes que de levantar un noble y firme carácter moral. La sociedad puede marchar perfectamente sin sacerdotes ni ritos, pero caería en pedazos si le faltase un sentimiento moral interno. La Noconformidad Inglesa ha desarrollado una raza mucho más vigorosa de pensadores que la que ha levantado la Iglesia Anglicana, tomando en conjunto las

dos secciones de la sociedad inglesa. Y por qué ha sucedido ésto? Seguramente porque desde 1662, y aún antes de esa grande fecha histórica, el elemento no-conformista ha sido independiente.

Saúl de Tarso no rechazó ó repudió el Judaísmo espiritual cuando comenzó á predicar á «Cristo crucificado», él solamente se declaró libre de una multitud de tradiciones de los antepasados, que son, aún en el día de hoy y en muchos lugares, la ruina de judíos y gentiles igualmente. Si las fórmulas y ceremonias son miradas como adoptables, no hay objeción que hacer, porque nadie tiene derecho para decir á su prójimo que no practique tales ejercicios religiosos si los hace con gozo y conscientemente. Dos elogios podrían ser pronunciados en el mismo día y por el mismo orador sin que sea incongruente; uno sobre Oliverio Cromwell, el otro sobre Sir Thomas Moore, siempre que el panegirista esté suficientemente equipado en el asunto general de la nobleza humana, que le habilitaría para tratar de los inalienables derechos del congregacionista por una parte, y del católico romano por otra. Cada cual debe hallar á Dios á su manera. El Santo Espíritu es un iluminador interior, no un maestro exterior. El espíritu que está dentro, no la institución que está afuera, es el infalible guía de la fe y de la práctica, y en cuanto á la Biblia, los hombres escribieron los libros que la componen según fueron inspirados para escribir, pero los libros no podrían existir si no fuese por la actividad mental de sus autores.

La confianza en sí propio y la confianza en Dios

son en último término idénticas, porque aún cuando hay un ateísmo superficial jactancioso, que se imagina vanamente que para adquirir una idea de Dios es menester haber llegado á la cima de la libertad humana, la razón surge ante semejante superficialidad y considera la idea de una Suprema Inteligencia como el único terreno firme para asegurar todo lo que es bueno, no habiendo en realidad ningún mal permanente en el Universo.

Los «Cristianos Científicos» están repitiendo con frecuencia las palabras de la señora Eddy: «Dios es un principio, no una persona». Nosotros preferimos decir: «Dios es un principio revelado por la persona». Las negaciones son siempre embarazosas; nada encadena tanto la inteligencia ó empequeñece la razón que se levanta y expansiona—como se ha dicho enfáticamente por alguien que cree saber más que los otros—como ese *no es así*; y aunque en la práctica de las curaciones mentales y espirituales, tanto las negaciones como las afirmaciones han ocupado hace mucho tiempo un prominente lugar, ha sido siempre parte de nuestra enseñanza el sustituir las proposiciones afirmativas á las negativas en lo posible.

Tomad como ejemplo la tonta y maligna práctica antigua de atemorizar á los niños. Los padres y ayes perezosos, impacientes, irritables encuentran más expedito y fácil abofetear al niño, tirarle las orejas, amenazarle con un castigo por una falta trivial, que razonar con el pequeñuelo é indicarle la más excelente manera. El reputado «demonio» puede siempre citar la escritura según un proverbio

mencionado ya una vez. Así el Sr. Abofeteador y la Sra. Tira-oreja acostumbran derivar la sanción divina para su conducta egregiamente errónea del libro de los Proverbios: «Economizad la vara (azote) y habréis echado á perder al niño», es un adagio repetido, pero completamente erróneo. La antigua idea judía de la «vara» fué la educación; el Talmud en muchos lugares habla de los tremendos castigos que se siguen al descuido de los padres en la educación de los hijos.

En el Salmo XXIII nos hemos familiarizado con esta lectura: «Tu vara y tu báculo me confortan». Seguramente ninguna persona sana podrá suponer que se puede derivar confortación de una *vara* ó azote de varillas, pero como la vara es también una *medida* y la intención de la educación es habilitar al educando á medir las cosas con exactitud, podemos ver fácilmente que la «vara» con que se mide la ciudad santa descrita en el Apocalipsis, puede ser idéntica á aquella vara que no debe ser economizada en la educación de los niños.

El suicidio es una cuestión formidable en muchos lugares. No es benéfico decir á un pobre naufrago de la vida que algún dogma teológico le sentencia á un infierno eterno si se atreve á arrojarse en los dominios de lo invisible. En el acto puede contestarse, de una ó dos maneras, á muchos arzobispos y otros dignatarios de la iglesia. Aquel que está pensando en el suicidio arguirá: «yo no creo absolutamente en vuestro infierno» ó en el colmo de su desesperación exclamará: «si hay un infierno en el más allá, no creo que pueda ser peor que el

en que estoy aquí en la tierra». La Francia, que hace mucho tiempo profesa ser un país cristiano, encarceló á Dreyfus por cinco años en la Isla del Diablo, sometiéndole á la más cruel tortura, aunque nada absolutamente se habfa probado contra él, y ha habido muchísima gente de iglesia que ha tratado de paliar ó de atenuar la enormidad no sólo de esa ofensa sino también de otras muchas. El Cristianismo, tal como está organizado, no es un evangelio de buenas obras para toda clase de gentes. Por el contrario, no es sino un conjunto de novedades agradables para todos aquellos que no se someten enteramente á sus arbitrarias exigencias; pero esa doctrina esotérica que Pablo promulgó, y que es la verdadera Teosofía, es el alma ó el espíritu que anima al Cristianismo, como es la doctrina secreta de todas las religiones, el «misterio» de todas las edades por cuyo conocimiento pueden únicamente ser interpretados todos los credos y explicada la esencia de todas las doctrinas. De una cosa debe estar seguro el escéptico, esto es, que con la decadencia de las doctrinas de la religión exotérica, el escepticismo no será aceptado como un sustituto de la religión. La doctrina agnóstica puede ser un paso, un medio, como dijo hace algún tiempo Félix Adler, pero no es una finalidad. La investigación psíquica no es, simplemente una novedad ó una moda del día, es una determinación profunda é invariable de los que buscan con ahinco la verdad, para mirar bajo la superficie y descubrir los *sub* y *super* planos de la conciencia humana. Para el adelanto espiritual es esencial un valor absoluto, pero no queremos decir con

esto que se toque en la temeridad ó la imprecación. Sólo una persona animosa comprende lo que significa «el temor de Dios», porque esa persona puede entender la importancia espiritual de las palabras: «Con la cabeza recta y la conciencia clara temed á Dios y no conozcáis otro temor»; «El temor del hombre trae una acechanza»; «El temor tiene su tormento»; «El amor perfecto desecha el temor», y muchas otras citas igualmente bien conocidas sugieren una doble línea de razonamiento por parte de los maestros espirituales de la humanidad; las discrepancias pueden aparecer en la superficie de su lenguaje, pero no hay contradicciones en el sentimiento. El temor en su noble sentido moral es simplemente «reverencia».

Reverenciar á Dios es estar animado del más profundo respeto ó reverencia por la rectitud y la justicia, una palabra que, como *santidad* y otras de igual importancia universal, significa nada menos que todo lo que es bueno, puro, noble, digno y por consiguiente adorable.

La verdadera adoración es el reconocimiento de lo que es digno. Culto, veneración ó adoración (cualquier término que se use), significa devoción á un ideal; no estamos aterrorizados ó espantados, sino inspirados de temor respetuoso en presencia de la incalculable sublimidad. Hay planos más altos y más bajos de desenvolvimiento humano que deben ser debidamente reconocidos, pero jamás confundidos unos con otros. Con frecuencia se habla de la Ley y del Evangelio como si ambos fuesen distintos, hasta el punto de que el uno debe ser separado

y reemplazado por el otro. Esa concepción errónea de la letra y el espíritu es radicalmente falsa; porque el espíritu está dentro de la letra; la corteza literal sólo requiere ser rota ó abierta para que se revele el espíritu interior.

Las bienaventuranzas están contenidas en los Mandamientos y las bendiciones lo están verdaderamente en las maldiciones. En el libro inglés de Oraciones comunes hay un «Servicio de Amenazas» que debe leerse en las iglesias el Miércoles de Ceniza (el primero de la Cuaresma). Este servicio contiene una lista de maldiciones, como el pueblo las llama, tomadas palabra por palabra del Pentateuco. Entre ellas están estas sentencias: «Maldito aquel que remueve la línea divisoria del terreno de su vecino» y «Maldito cualquiera que hace salir al ciego de su camino». Muchos cristianos de buen corazón han combatido este servicio y han procurado que se suspenda, y algunos han ido hasta clasificar estos severos preceptos de moral como las cláusulas igualmente condenatorias y reprehensibles del Credo de Atanasio. Aunque queremos admitir que las Bienaventuranzas pueden serle sustituidas, somos de opinión que hay todavía en la actualidad gentes que pueden ser beneficiadas con la recitación de estas tremendas palabras de condenación dirigidas contra los que cometen injusticias. La mente que identificara esa severa y equitativa enseñanza moral con las odiosas cláusulas de un credo que todo escéptico condena audazmente como un insondable misterio de eterna perdición, y enseguida cita á Jesús que dice: «Los que han hecho el bien irán á la vida eter-

na», debe ser muy débil y singularmente deficiente en habilidad para razonar, porque la conducta moral y las sutilezas teológicas no tienen la más remota conexión. Si estáis listos para Sión, ya no tenéis necesidad del Sinaí, pero si no estáis prontos para el espíritu interior, tendréis todavía necesidad de oír enunciada la letra exterior.

Se ha suscitado algunas veces por los educadores modernos esta cuestión: Según cuál de los dos vivís, la Ley ó el Evangelio? Si se ha de dar una respuesta inteligente, será ésta: Según la Ley de la cual el Evangelio es la esencia.

Consideremos ahora las Nueve Bienaventuranzas y comparémoslas con los Diez Mandamientos.

El Sermón de la Montaña presupone la elevación espiritual, porque según la tradición él fué predicado solamente á unos pocos discípulos que habían hecho los esfuerzos necesarios para subir la cuesta á fin de oirlo. El maestro, en la cima de esa montaña, comienza desde luego con una sorprendente declaración de bendición suprema, que bien traducida se lee: «Bienaventurados son los que piden luz; de ellos es el reino de los cielos».

«Bienaventurados son los pobres de espíritu» es una frase dudosa que, ó se ha de hacer concordar en esencia con el verdadero original, ó se la puede tomar como un premio á la cobardía más bien que al valor.

«Pobreza de espíritu» significa para muchos que la oyen nada menos que una insuficiencia moral, y por consiguiente sugiere una humilde sumisión á la

injusticia existente, en lugar de un fuerte é independiente apego á la convicción á todo trance.

«Bienaventurados son los que imploran luz», que es el exacto equivalente del texto griego según muchos respetables teólogos, da una significación exactamente acorde con toda la enseñanza atribuída por los sinópticos al gran Maestro de la rectitud y la justicia. Es fácil justificar una interpretación altamente moral de la frase convencional «pobres de espíritu» en estricta consonancia con el espíritu que hace por voluntad y arbitraje que no se sancione la guerra; pero se sugerirá mayor extensión al Sermón de la Montaña por una atenta comparación de los antiguos Manuscritos que la versión ya citada. Siguiendo directamente á la primera bienaventuranza, encontramos una segunda que armoniza con ella. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». El consuelo en los sufrimientos es la segunda nota en el inimitable sermón del gran predicador. Si en vuestro ministerio no hay el bálsamo del Monte Gilead sois ciertamente un pobre predicador, porque, aunque podáis esparcir destellos de luz, aunque vuestra retórica y oratoria sean irreprochables, habréis hecho uso de la cabeza, no del corazón; estáis en el caso *del que cura*. Sin el amor, que es el alma en las curaciones, podéis pareceros muy bien á campanas que suenan ó timbales que redoblan. La tercera bienaventuranza es un enigma para muchos.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra». El tiempo futuro del verbo debe aparecer grande en esta bienaventuranza ó no tiene

importancia literal; pero en su profundo significado es una declaración admirablemente prevista de que los verdaderos poseedores de la tierra son aquellos que la gozan en verdad. Si alguien es un enfermo crónico, se alimenta con gachas de agua, y lo sacan en una silla de mano, no pudiendo gozar en toda extensión del hermoso escenario de la naturaleza, no tiene ventaja alguna en ser propietario, en sentido legal, de una vasta posesión. Aunque somos defensores del Impuesto Territorial y recomendamos á todos nuestros estudiosos las obras de Henry George, cuando nos ocupamos del propio desarrollo y de la verdadera individualidad, decimos invariablemente: el carácter es lo primero; las posesiones después. El impedimento más grande en el camino de las reformas útiles y necesarias, es la tendencia, que es muy fuerte en la mayor parte de las gentes, de partir en todo con un fin erróneo. Apropiémonos primero de la tierra, dicen, después podemos tratar de desarrollar el carácter; á lo que replicamos: *sofismas*. Cómo os proponéis adquirir algo sin desarrollar primeramente la fuerza interior que os habilitará para obtenerlo? El lamentable fracaso de cientos de empresas nobles es debido enteramente al falso concepto, tan generalizado, de que debemos primero *adueñarnos* de alguna cosa para después *ser* algo, y así podremos proceder á apropiarnos de todo lo que sea deseable poseer. Mucha propiedad privada se hace pronto una carga, porque tan luego como uno ha acumulado mucho más de lo que es suficiente para el uso y el bienestar, las posesiones aumentadas de una naturaleza personal, equivalen

tan sólo á un cuidado adicional y mayor gasto de energía en pertenencias inútiles, cuidado y energía que podían hacerse más agradables y provechosas consagradas á cosas más elevadas.

La cuarta bienaventuranza es muy profunda: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán llenados». La deducción clara de esto es que, el buscar la equidad debería ocupar toda nuestra energía y ser el colmo de nuestro deseo. Entregaos enteramente á la tarea de establecer la justicia interior y la justicia exterior aparecerá como un inevitable resultado; de ese modo los que estéis llenos de justicia despediréis emanaciones de equidad, y seréis los centros benditos de donde, por contagio de salud y de virtud, saldrá una corriente de ella en todas direcciones.

La quinta bienaventuranza, «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia», es otra sentencia probatoria que no parece concordar con la común experiencia humana. Pero cuando consideramos un hecho tan sencillo como el eco, no podemos dudar que, en el verdadero sentido, nosotros mismos nos labramos en nuestras propias naturalezas exactamente lo mismo que estamos dando á los otros. Será completamente imposible para cualquiera que se halle entre resonantes rocas y colinas, gritar en alta voz y en medio de la soledad: amor, verdad, paz, y recibir en respuesta: odio, falsedad, guerra. Si es del todo evidente en el plano material que el eco responde devolviéndonos precisamente lo mismo que arrojamos al aire; en el plano espiritual de nuestra existencia la ley necesita obrar

de igual modo, esto es, que lo que mandemos en el silencio ó en el canto, por la palabra hablada ó en las corrientes silenciosas é invisibles del pensamiento, debe retornar hacia nosotros y con crecidos intereses.

La sexta bienaventuranza que dice: «Bienaventurados los de puro corazón, porque ellos verán á Dios», significa infinitamente más que la supuesta vista de la Divinidad, como una introducción ante la majestad de un gobernador personal en los lejanos cielos. La vista ó visión beatífica de Dios no necesita estar asociada á la idea de ver al Sér Supremo de una manera antropomórfica ú otra definida, sino que, usando un amor perfectamente puro, nos habilite para ver con una clara visión la Gran Realidad como el bien y sólo el bien, todas las concepciones diabólicas de nuestras creencias cesarán concernientes á la naturaleza esencial del universo y llegaremos á conocer que el bien está todo en todo. Que no es sólo el destructivo ateísmo el que rechaza profesar una fe en aquello que no entiende; la infidelidad es un vicio muy diferente de su definición eclesiástica, porque no es infiel el que ama la verdad y nadie está privado de una percepción de la Divinidad si quiere y desea promover la vibración de la justicia. Ver en Dios y todo en Dios, es hallarse libre de toda ilusión, haber penetrado el velo del sentido hasta llegar al *Santa Santorum* del templo universal. La perfecta pureza en la afección es la única clave para la bendición inefable.

La séptima bienaventuranza, «Bienaventurados los pacíficos», es ciertamente muy importante, y si

nos fuera posible nos detendríamos aquí lo suficiente para dar una extensa conferencia sobre esta sentencia; pero sin el espacio necesario tenemos que limitarnos á pedir á todo lector que medite con frecuencia y profundamente sobre la pregunta: Qué es ser pacífico? Si la paz estuviese ya hecha no seríamos llamados á hacerla. La paz es la excepción, no la regla, al presente en la tierra; pero si amamos la paz y deseamos por consiguiente que se establezca, debemos estar preparados para hacerla efectiva viviendo en paz nosotros mismos, aun en medio del torbellino.

El antiguo dicho de que se ha menester de dos para tener una disputa, es muy exacta, porque una persona sola no puede pelear consigo misma. No os permitáis en vuestra conciencia el pensar en la desarmonía que os rodea, porque cada vez que permitís que una vibración inarmónica exterior penetre en el santuario de vuestro interior, os habéis comunicado con el espíritu de discordia y habéis dejado que en vuestra propia habitación el demonio de la disputa trate de exorcizaros desde el mundo exterior. Las sociedades de la paz no hacen todo el bien que pudieran, porque combaten contra la guerra en vez de procurar con persistencia crear el espíritu de paz que apagará las llamas de la guerra y atraerá los corazones, las conciencias y las mentes de los hombres y de las naciones á buscar la paz en vez de una continua guerra.

Los metafísicos declarados deben estar decididamente por la paz. Los datos publicados en las Cortes de las querellas entre los «Científicos cristianos»,

sólo sirven para convencer al público que razona é investiga, de que la idolatría personal, ya sea que se dirija á la señora Eddy ó á cualquiera otra persona, haciendo á la vez de la verdad un artículo apropiable, es enteramente errónea y diametralmente opuesta á los fundamentos de toda enseñanza pura y saludable. Los litigios jamás arreglan las disputas espiritualmente, y aunque uno pueda reclamar su propiedad literaria ó cualquiera otra cuestión legal en las Cortes, ninguna victoria obtiene la ciencia genuina por medio de la privada animosidad que se ventila en los periódicos. Entre las personas que no apoyan ni patrocinan los juicios legales, las groseras invectivas y mutuas denuncias hacen con frecuencia más daño que las rupturas jurídicas; los pacíficos son los que viven en medio de las continuas luchas y disputas y permanecen inalterables, y son, por consiguiente, conducidos imperceptiblemente á una comprensión de la octava bienaventuranza.

«Bienaventurados son los que sufren persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Junto á esto sigue lógicamente la novena y última bienaventuranza.

«Bienaventurados seréis vosotros cuando los hombres os injuriarán, y perseguirán y dirán falsamente todo mal contra vosotros». La fuerza de estas dos bienaventuranzas está claramente en el hecho de que hay la más notoria distinción entre la simple persecución y la persecución á causa de la justicia. Un mártir verdadero es un testimonio para la verdad, cualquiera que se mantiene firme contra la persecución á causa de su convicción. Nadie tiene dere-

cho al rango de mártir si es perseguido por peculiaridades, cuando sólo un capricho tonto, y quizás una completa falta de consideración por los sentimientos de los otros han atraído sobre él el reproche. Nunca podré ser bendecido porque me han condenado por faltas cometidas, mas ser perseguido á causa de la justicia asegura la diadema del mártir. Muchos trastruecan las bienaventuranzas diciendo: «yo no me preocupo mucho de si ellas son verdad respecto de mí», mientras que para las mentes reflexivas el hecho de que no es verdad quita su acritud de todo veneno porque no hay veneno que pueda tocar á nuestras vidas íntimas á menos que nosotros mismos seamos venenosos. Jesús dice: «No temáis á aquellos que pueden destruir la carne y eso es todo lo que pueden hacer», lo que significa claramente que todos podemos permanecer seguros con la conciencia de nuestra integridad, sin cuidarnos de lo que el mundo haga ó de que el opresor pueda amenazar. Cuando estemos en la cima de Sión no nos preocuparemos por los aplausos del mundo, ni temeremos su desprecio. Como los profetas, tenemos que llevar un mensaje, pues somos los oradores del Cielo y nuestro premio está en el Eterno. Todos necesitamos que se nos hable de las inevitables consecuencias del error, hasta que alcancemos á esa elevación espiritual donde perdamos de vista todo lo temporal y vivamos virtuosamente porque amemos la virtud.

Aquí suspendemos este magnífico asunto. Estos discursos pueden ser tomados como lecciones esquemáticas de los Diez Mandamientos, y con respecto á

cuántas sugerencias de valor puedan contener, pedimos á todo lector que recuerde que su autor no se ha propuesto otra cosa que dar una serie de Lecciones que ayuden al pueblo.

Que este libro provoque á pensar y estudiar y no habrá sido hecho en vano. La peregrinación inevitable de toda alma consiste en ir desde el Sinaí hasta Sión.



---

Del libro *Looking Backward*, de Bellamy, que cita varias veces con elogio el autor de este libro, acaba de hacer una edición económica la casa Carbonell y Esteva, de Barcelona, con el título de *Cien años después*, esmeradamente traducida y corregida.

# Índice

	Págs.
INTRODUCCIÓN. . . . .	5
CONFERENCIA I	
La aproximación al Sinal: <i>Una investigación acerca de la naturaleza y el método de la revelación divina. La eterna base de la ley moral.</i> . . . . .	9
CONFERENCIA II	
El Primer Mandamiento: <i>Tú no tendrás otro Dios que el Eterno.</i> . . . . .	29
CONFERENCIA III	
El Segundo Mandamiento: <i>No harás para ti ninguna imagen grabada.</i> . . . . .	53
CONFERENCIA IV	
El Tercer Mandamiento: <i>No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano.</i> . . . . .	79
CONFERENCIA V	
El Cuarto Mandamiento: <i>Acordaos de santificar el día del Sábado.</i> . . . . .	105
CONFERENCIA VI	
El Quinto Mandamiento: <i>Honra á tu padre y á tu madre.</i> . . . . .	127
CONFERENCIA VII	
El Sexto Mandamiento: <i>No matarás.</i> . . . . .	149
CONFERENCIA VIII	
El Séptimo Mandamiento: <i>No cometerás adulterio.</i> . . . . .	165
CONFERENCIA IX	
El Octavo Mandamiento: <i>No robarás.</i> . . . . .	179
CONFERENCIA X	
El Noveno Mandamiento: <i>No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.</i> . . . . .	195
CONFERENCIA XI	
El Décimo Mandamiento: <i>No codiciarás nada que sea de tu prójimo.</i> . . . . .	213
CONFERENCIA XII	
Sobre la altura de Sión: <i>La ley saldrá de Sión.</i> . . . . .	229

